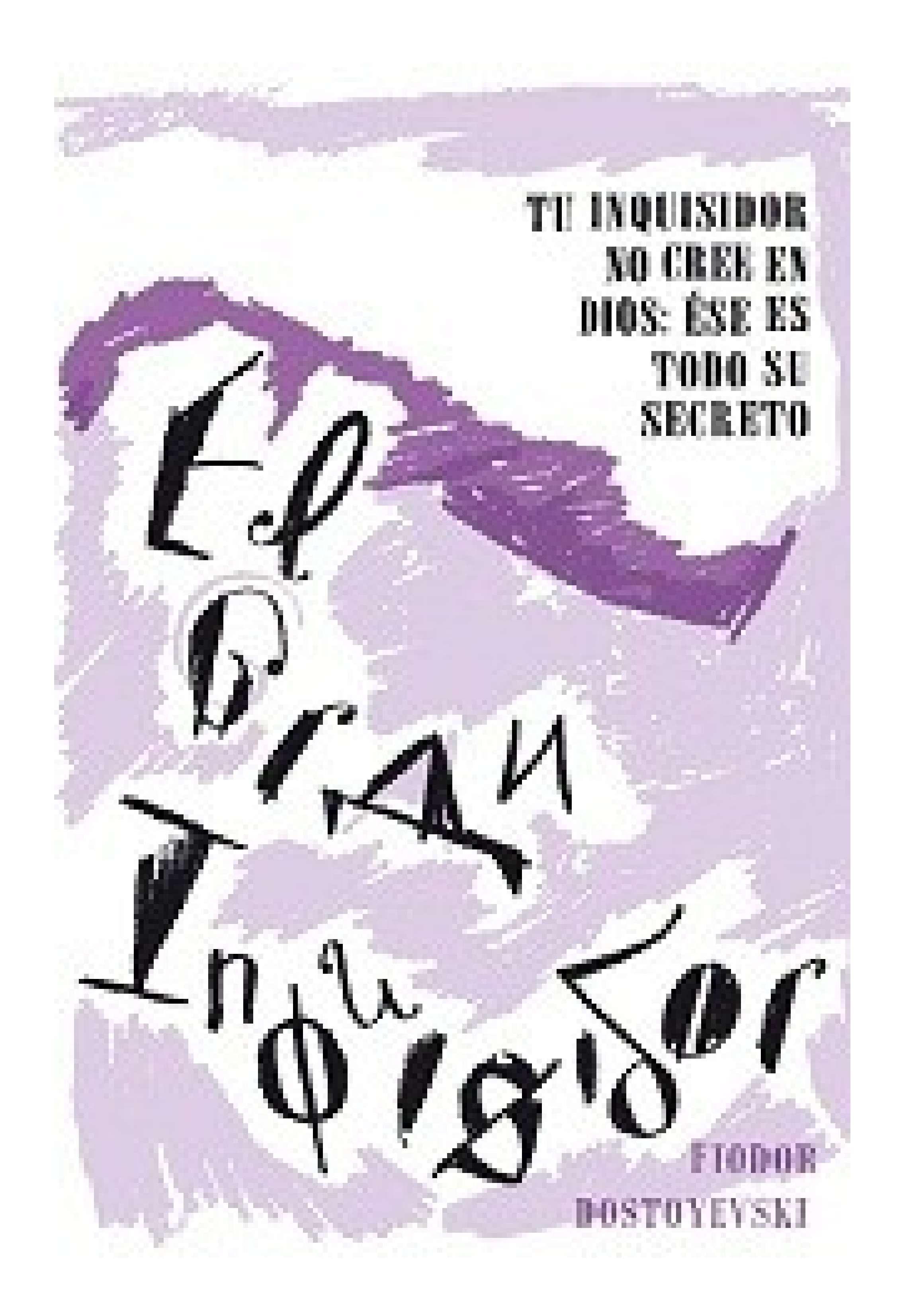

TU INQUISIDOR
NO CREE EN
DIOS: ÉSE ES
TODO SU
SECRETO
El Gran Inquisidor
FIODOR
DOSTOYEVSKI

Fiódor Dostoyevski

EL GRAN INQUISIDOR

Fiódor Dostoyevski, 2015

Traducción: Rafael Cansinos Assens

Nota

«El gran inquisidor» es un *poema*, o argumento narrativo contenido en el Libro V de *Los hermanos Karamazov*, que se centra en la idea de la libertad. En el capítulo anterior, Iván se lo presenta a su hermano Alíoscha:

«Mira, Alíoscha, no te rías; yo escribí una vez un poema, hace un año. Si quieres perder conmigo otros diez minutos, te lo referiré.

—¿Escribiste el poema?

—¡Oh, no, no lo escribí!… —rio Iván—. Nunca en la vida escribí un par de versos. Pero pensé el poema y lo recuerdo. Con calor lo imaginé. Serás mi primer lector, es decir, oyente. ¿Por qué, efectivamente, ha de perder un autor aunque sólo sea un único oyente?… —rio Iván—. ¿Te lo cuento o no?

—Soy todo oídos —dijo Alíoscha.

—Mi poema se titula "El gran inquisidor"; cosa absurda, pero quiero contártelo».

En «La casa muerta» Dostoyevski recrea el tiempo que pasó en un campo de prisioneros de Siberia a través de un narrador ficticio, Aleksandr Petróvich Goriánchikov.

El gran inquisidor

—Mira, aquí es indispensable un proemio…, es decir, un proemio literario. ¡Uf!… —rio Iván—. ¡Pero qué escritorazo soy! Mira: la acción se desarrolla en el siglo XVI, y entonces —tú, por lo demás, debes de saberlo desde las aulas—, entonces, como adrede, existía la costumbre de hacer intervenir en las obras poéticas a las potencias celestiales en las cosas de la Tierra. No digo nada de Dante. En Francia, los clérigos que actuaban de jueces, y también en los monasterios los monjes, representaban funciones enteras en las que sacaban a escena a la Madona, ángeles, santos, a Cristo y a Dios mismo. En aquella época sucedía así con toda ingenuidad. En *Notre Dame de Paris*, de Victor Hugo, para honrar el natalicio del Delfín de Francia, en París, en presencia de Luis el Onceno, en la sala del Hôtel de Ville, dan una función edificante y gratuita para el pueblo, intitulada *Le bon jugement de la très sainte et gracieuse Vierge Marie*, donde sale ella misma en persona y dicta su *bon jugement*. Entre nosotros, en Moscú, antiguamente, antes de Pedro[1], se dieron también representaciones dramáticas análogas, tomadas generalmente del Antiguo Testamento en aquellos tiempos; pero, aparte las representaciones dramáticas, en todo el mundo aparecieron entonces muchedumbres de cuentos y versos en los que intervenían, si era preciso, santos, ángeles y todos los poderes celestiales. Aquí, en los monasterios, también se llevaban a cabo traducciones, copias y hasta creaciones de tales poemas, y eso… en tiempos de los tártaros. Hay, por ejemplo, un poemita monacal, sin duda traducción del griego (*Tránsito de la Virgen de los Tormentos*), con cuadritos y una osadía nada inferiores a las dantescas. La Madre de Dios visita el infierno, siendo el Arcángel Miguel quien la conduce por entre los condenados. Ve a los pecadores y sus tormentos. Hay allí, entre otras cosas, una notable categoría de pecadores en un lago hirviendo; algunos de ellos se hunden de tal modo en las aguas, que ya no pueden salir más a flote, y *de ellos olvídase Dios…*, expresión sumamente profunda y fuerte. Y he aquí que, impresionada y llorosa, la Madre de Dios cae de hinojos ante el trono del Altísimo y le pide clemencia para todos cuantos allí ha visto, sin distinción alguna. Su diálogo con Dios es muy interesante. Porfía *ella*; no se va, y cuando Dios le señala las manos y los pies, traspasados por los clavos de *su* Hijo, y le pregunta cómo puede perdonar a sus verdugos…, *ella* va y les manda a todos los santos, a todos los mártires, a todos los ángeles y arcángeles se arrodillen junto a ella e imploran clemencia para todos sin distinción. Termina la cosa obteniendo *ella* de Dios la suspensión de todos los tormentos de toda índole desde el Viernes Santo hasta Pentecostés y los pecadores del infierno prorrumpen en exclamaciones de gratitud al Señor, y gritan: «Eres justo, Señor, al juzgar así». Bueno, pues de esa índole habría sido mi poemita, de haber aparecido en aquel tiempo. Yo saco a escena a Él. A decir verdad, Él nada dice en el poema, no haciendo otra cosa que mostrarse y pasar. Quince siglos van ya desde que Él prometió venir con su imperio; quince

[1]Pedro el Grande

siglos desde que su profecía anunció: «En verdad, vengo pronto. El día y la hora no los sabe ni el Hijo; sólo Mi Padre, que está en los Cielos», según dijo Él mismo, estando todavía en la Tierra. Pero la Humanidad lo aguarda con la misma fe antigua y el mismo antiguo fervor. ¡Oh, con más fe todavía, pues ya van quince siglos desde que el Cielo dejó de dar testimonios al hombre!

De aquello que el corazón dice,

testimonio no da el Cielo.

Y sólo queda la fe en el referido corazón. En verdad, había entonces muchos milagros. Había santos que operaban curaciones milagrosas; a algunos justos, según se lee en sus biografías, se les aparecía la Emperatriz Celestial. Pero el diablo no se duerme: la Humanidad ha empezado ya a dudar de la realidad de esos milagros. Como adrede, sobrevino entonces en el Norte, en Alemania, una horrible herejía. Una enorme estrella, semejante a una antorcha (o sea la Iglesia), cayó en las fuentes del agua, y éstas se volvieron amargas. Estos herejes dieron en la blasfemia de negar los milagros. Pero eso hizo que se avivase la fe de los demás. Las lágrimas de la Humanidad van a Él como antes. Lo aguardan. Lo aman, confían en Él, ansían sufrir y morir por Él, como en otros tiempos… Y cuántos siglos van ya que la Humanidad, con fe y fervor, implora: «¡Señor, ven a nos!», tantos siglos ha que se le invoca, que Él, en su piedad incomparable, se dignó descender hasta los que le imploraban. Había descendido y visitado ya antes a algunos justos, mártires y santos, viviendo éstos todavía, según en sus *vidas* está escrito. Entre nosotros, Tiuchev, profundamente creído de la verdad de sus palabras anunció que

Agobiado con la cruz

y disfrazado de siervo,

toda te ha reconocido,

tierra mía, bendiciendo.

Lo que irremisiblemente fue así, ya te contaré. Y he aquí que Él se dignó descender por un momento hasta el pueblo…, hasta el pueblo que padece, y sufre, y peca desaforadamente, y de un modo infantil. Lo ama. La acción de mi poema se desarrolla en España, en Sevilla, en la época más horrible de la Inquisición, cuando, para honra de Dios, en aquella tierra ardían diariamente las hogueras y

en magníficos autos de fe

quemaban a los herejes.

¡Oh! Cierto que no fue aquélla esa bajada en la que ha de aparecerse según

su promesa, al final de los tiempos, en toda su gloria celestial, y que será súbita como el relámpago que brilla de Oriente a Occidente. No; Él quiso, aunque fuese por un momento, visitar a sus hijos, y, sobre todo, allí donde, como adrede, ardían las hogueras de los herejes. Por su infinita misericordia volvió a aparecerse entre los hombres en la misma forma humana en que anduviera por espacio de tres años entre ellos, quince siglos antes. Desciende sobre el ardiente suelo de la meridional ciudad, en la que, como con toda intención, la víspera misma, en magnífico auto de fe, en presencia del rey y de la Corte, caballeros, cardenales y las más altas encantadoras damas de la Corte, ante el populoso gentío de toda Sevilla, habían sido quemados por el cardenal inquisidor mayor, de una vez, cerca de cien herejes, *ad majorem gloriam Dei*. Se presentó allí suavemente, inadvertido, y he aquí que todos, cosa rara, lo reconocieron. Sería éste uno de los mejores pasos del poema…, es decir, el explicar por qué precisamente lo reconocieron. El pueblo, con fuerza irresistible, corre hacia Él, lo rodea, se apiña en torno suyo, lo va siguiendo. En silencio pasa Él por entre ellos con una mansa sonrisa de dolor infinito. Un sol de amor arde en su corazón, raudales de luz, claridad y fuerza fluyen de sus ojos, y, vertiéndose sobre la multitud, conmueven sus corazones con amorosas réplicas. Él les tiende las manos; los bendice, y, al contacto con Él, aunque sólo fuere con sus vestiduras, emana un poder curativo. He aquí que entre la muchedumbre exclama un anciano, ciego desde niño: «¡Señor, cúrame, y que yo te vea!». Y he aquí que como una escama se le desprende de los ojos y el ciego lo ve. La gente llora y besa la tierra que Él pisa. Los niños arrojan a su paso flores, cantan y le gritan *Hosanna!* «Es Él, es Él mismo —repiten todos—; tiene que ser Él; no hay nadie como Él». Él se detiene en el atrio de la catedral de Sevilla en el preciso instante en que introducen en el templo, con llanto, un blanco féretro infantil, descubierto; dentro de él va una niñita de siete años, hija única de un conocido convecino. La nena, muerta, yace toda cubierta de flores. «Él resucitará a tu hija», le gritan en el gentío a la llorosa madre. El sacerdote de la catedral, que sale a recibir el féretro, mira perplejo y frunce el ceño. Pero he aquí que se eleva el clamor de la madre de la muertecita. Se arroja a sus pies: «Si eres Tú, resucita a mi niña», exclama, tendiendo hacia Él las manos. El cortejo se detiene; dejan el féretro en el atrio, a sus pies. Mira Él, apiadado, y su boca, una vez más, profiere el *thalita kumi…* («levántate muchacha»). La niña se incorpora en el féretro, se sienta y mira, sonriendo, con sus asombrados ojos abiertos, en torno suyo. En las manos tiene un ramillete de blancas rosas, el que le habían puesto en la caja. En el gentío, emoción, gritos, sollozos, y he aquí que en aquel preciso momento pasa por delante de la catedral, por la plaza, el propio cardenal, inquisidor mayor. Es un anciano de cerca de noventa años, alto y tieso, de cara chupada, de ojos hundidos, pero en los que todavía chispea, como una ascuita, brillo. ¡Oh! Él no viste sus magníficas ropas cardenalicias, con las que se pavoneara ayer ante el pueblo, cuando ardieron aquellos enemigos de la romana fe…; no; en aquel instante sólo llevaba puesto su viejo basto hábito monacal. Le seguían a cierta distancia sus lúgubres ayudantes y esclavos y la santa guardia. Se detiene ante el gentío y observa desde lejos. Todo lo ha visto; ha visto cómo ponían el féretro a sus pies; ha visto cómo ha resucitado la niña, y su rostro se ha ensombrecido. Frunce sus espesas cejas blancas, y su mirada

brilla con maligno fuego. Alarga el dedo y ordena a la guardia que lo prenda. Y he aquí que, tal es su fuerza y hasta tal punto está hecha a obedecerle, temblando, la gente, que en el acto la multitud se dispersa ante la guardia, la cual, en medio de un mortal silencio, sobrevenido de pronto, ponen sobre Él sus manos y se lo llevan. La muchedumbre toda, instantáneamente, como un solo hombre, se prosterna en tierra ante el anciano inquisidor, el cual, en silencio, la bendice y se aleja. Los guardias conducen al preso a un estrecho, sombrío y abovedado calabozo del antiguo edificio del Santo Tribunal, y allí lo encierran. Expira el día. Llega la cálida, ardiente e irrespirable noche sevillana. El aire huele a laurel y azahar. En medio de la profunda tiniebla se abre de pronto la férrea puerta del calabozo, y el mismo anciano inquisidor mayor, con un farolillo en la mano, penetra en ella lentamente. Viene solo; la puerta se cierra en el acto detrás de él. Se detiene en el umbral, y largo rato, uno o dos minutos, se está contemplando su rostro. Finalmente, se acerca despacio, deja el farolillo encima de la mesa y le habla: «¿Eres Tú? ¿Tú?». Pero, no obteniendo respuesta, se apresura a añadir: «No contestes; calla. Además, ¿qué podrías decir? De sobra sé lo que dirías. Y tampoco tienes derecho a añadir nada a lo que ya dijiste. ¿Por qué has venido a estorbarnos? Porque has venido a servirnos de estorbo, y harto que lo sabes. Pero ¿sabes lo que va a pasar mañana? Yo no sé quién eres Tú, ni quiero saberlo; eres Él o sólo una semblanza suya; pero mañana mismo te juzgo y te condeno a morir en la hoguera como el peor de los herejes; y ese mismo pueblo que hoy besaba tus pies, mañana, a una señal mía, se lanzará a atizar el fuego de tu hoguera, ¿sabes? Sí, puede que lo sepas» —añadió, con penetrante cavilosidad y sin apartar un instante sus ojos de los del preso.

—No comprendo, Iván, qué quiere decir eso —sonrió Alíoscha, que todo ese tiempo había estado silencioso—. Si se trata de una desenfrenada fantasía o de algún error del anciano, de algún imposible *quid pro quo*.

—Opta por eso último —dijo Iván riendo—, si ya se ha apoderado de ti el realismo contemporáneo hasta tal punto, que no puedes sufrir nada fantástico… y prefieres que se trate de un *quid pro quo*, pues que lo sea. Una cosa es verdad —tornó a reír—: se trata de un anciano de noventa años, y bien pudiera haber perdido el juicio por su idea. El preso pudo haberle chocado por su aspecto. Podría ser también, finalmente, un sencillo delirio, una visión del anciano nonagenario ante la muerte y exaltado, además, por el auto de fe del día antes, en que ardieran cien herejes. Pero ¿no nos da a ti y a mí lo mismo se trate de un *quid pro quo* o una desenfrenada fantasía? Aquí lo principal es únicamente poner de manifiesto al anciano, que, por fin, a los noventa años se desborda y dice lo que noventa años tuvo callado.

—¿Y el preso también calla? Lo mira y nada dice.

—Es que así tiene que ser en todo caso —volvió a reír Iván—. El anciano mismo le hace notar que no tiene derecho a añadir nada a lo que ya una vez dijo. Si quieres éste es el rasgo fundamental del catolicismo, a mi juicio cuando menos:

«Todo se lo diste al Papa, así que todo, ahora, está en poder del Papa, y no nos vengas ya con nada, no nos estorbes siquiera por algún tiempo». En este sentido no sólo hablan, sino que también escriben los jesuitas, por lo menos. Así lo he leído yo mismo en sus teólogos: «¿Tendrías Tú derecho a revelarnos uno solo de los misterios de ese mundo de donde vienes?», le pregunta mi anciano, y él mismo responde por Él: «No, no lo tienes, para no añadir nada a lo que ya una vez dijiste y no quitarle a la gente la libertad que tanto defendías cuando estabas en la Tierra. Todo cuanto de nuevo anunciases iría contra la libertad de creencia de la gente, porque aparecería como un milagro, y la libertad de creer en Ti era más preciada que todo entonces, hace mil años y medio. ¿No decías Tú entonces a menudo: "Quiero haceros libres…"? Pues he aquí que Tú ahora asombrarías a esa libre gente, añade de pronto el anciano con pensativa sonrisa». «Sí, esto es para nosotros preciado», prosiguió, mirándolo con severidad. «Pero nosotros hemos puesto, finalmente, remate a este asunto en tu nombre. Quince siglos nos hemos estado atormentando por esa libertad; pero ahora ya todo está terminado y bien terminado. ¿No crees Tú que está bien terminado?… Me miras con mansedumbre, y ni siquiera me honras con tu enojo. Pues has de saber que ahora, ahora precisamente, esa gente está más convencida que nunca de que es enteramente libre y, sin embargo, ellos mismos nos han traído su libertad y sumisamente la han puesto a nuestros pies. Eso hemos hecho nosotros. Pero ¿Tú era ésa la libertad que anhelabas?».

—De nuevo vuelvo a no entender —le atajó Alíoscha—. ¿Es que ironiza, que se burla?

—Nada de eso. Precisamente aduce como un mérito suyo y nuestro que, finalmente, ellos les han arrebatado su libertad a las gentes y han procedido así para hacerlas felices. «Porque ahora —él se refiere, sin duda, a la Inquisición— es posible, por primera vez, pensar en la felicidad de las gentes. El hombre fue creado rebelde. ¿Es que los rebeldes pueden ser felices? Ya te lo advirtieron —le dice—. No te faltaron advertencias e indicaciones; pero no hiciste caso de advertencias; rechazaste el único camino por el que era posible hacer felices a las gentes; pero, por fortuna, al morir, dejaste encomendada la cosa a nosotros. Prometiste, afirmaste bajo tu palabra, nos conferiste el derecho de atar y desatar, y ahora es indudable que no puedes pensar en quitarnos ese derecho. ¿Por qué has venido a estorbarnos?».

—Pero ¿qué significa eso de que no le faltaron avisos e indicaciones? —inquirió Alíoscha.

—En eso precisamente estriba lo que el anciano tiene que hacer resaltar.

—El terrible e inteligente espíritu, el espíritu de la propia destrucción y del no ser —prosiguió el anciano—, el gran espíritu te habló en el desierto, y a nosotros nos dicen los libros cómo te *tentó*. ¿Cómo eso? ¿Y podría decirse algo más

verídico que eso que él te planteó en tres cuestiones y Tú rechazaste, y que en los libros llaman tentaciones? Y, sin embargo, si hubo alguna vez en la Tierra un milagro verdaderamente grande, fue aquel día, el día de esas tres tentaciones. Precisamente en el planteamiento de esas tres cuestiones se cifra el milagro. Si fuese posible idear, sólo para ensayo y ejemplo, que esas tres preguntas del espíritu terrible se suprimiesen sin dejar rastro en los libros y fuese menester plantearlas de nuevo, idearlas y escribirlas otra vez, para anotarlas en los libros, y a este fin se congregase a todos los sabios de la Tierra —soberanos, pontífices, eruditos, filósofos, poetas—, sometiéndoles esta cuestión, imponiéndoles esta tarea: «Discurrid, redactad tres preguntas que, no sólo estén a la altura del acontecimiento, sino que, además, expresen en tres palabras, en tres frases humanas, toda la futura historia del mundo y de la Humanidad…». ¿Piensas Tú que toda la sabiduría de la Tierra reunida podría discurrir algo semejante en fuerza y hondura a esas tres preguntas que, efectivamente, formuló entonces el poderoso e inteligente espíritu en el desierto? Sólo por esas preguntas, por el milagro de su aparición, cabe comprender que se las ha uno con una inteligencia no humana, sino eterna y absoluta. Porque en esas tres preguntas parece compendiada en un todo y pronosticada toda la ulterior historia humana y manifestadas las tres imágenes en que se funden todas las insolubles antítesis históricas de la humana naturaleza en toda la Tierra. Entonces esto no podía ser aún tan evidente, porque lo por venir era desconocido; pero ahora que quince siglos han pasado, vemos que en esas tres cuestiones está todo hasta tal punto intuido y predicho, y hasta del extremo ha resultado justificado, que añadirle ni quitarle nada es imposible. Decide Tú mismo quién tenía razón: ¿Tú o aquel que te interrogaba? Recuerda la primera pregunta. Aunque no a la letra, su sentido es éste: «Tú quieres irle al mundo, y le vas, con las manos desnudas, con una ofrenda de libertad que ellos, en su simpleza y su innata cortedad de luces, ni imaginar pueden, que les infunde horror y espanto…, porque nunca en absoluto hubo para el hombre y para la sociedad humana nada más intolerable que la libertad. ¿Y ves Tú esas piedras en este árido y abrasado desierto?… Pues conviértelas en pan, y detrás de Ti correrá la Humanidad como un rebaño, agradecida y dócil, aunque siempre temblando, no sea que Tú retires tu mano y se le acabe tu pan». Pero Tú no quisiste privar al hombre de su libertad y rechazaste la proposición, porque ¿qué libertad es esa —pensaste— que se compra con pan? Tú objetaste que el hombre vive no sólo de pan. Pero ¿no sabes que en nombre de ese mismo pan terrenal se sublevará contra Ti el espíritu de la Tierra y luchará contigo y te vencerá, y todos irán tras él, exclamando: «¿Quién es semejante a esa bestia, que nos ha dado el fuego del Cielo?». ¿Sabes que pasarán los siglos y la Humanidad proclamará, por la boca de su saber y de su ciencia, que no existe el crimen y, por consiguiente, tampoco el pecado, que sólo hay hambrientos? «¡Dales de comer, y entonces podrás exigirles que sean buenos!». He aquí lo que escriben en las banderas que enarbolan contra Ti y con las cuales echan abajo tu templo. Pero, en lugar de tu templo, se alza un nuevo edificio, vuelve a erguirse la terrible torre de Babel, y, aunque ésta tampoco llegue a su término como la otra, a pesar de todo, Tú podrías evitar esa nueva torre y abreviar en mil años el sufrir de las gentes…, porque ellas vendrán a nosotros

después de haber perdido mil años con su torre. Nos buscarán de nuevo bajo la tierra, en las catacumbas, escondidos (porque de nuevo nos expulsarán y martirizarán); nos hallarán y nos dirán: «Dadnos de comer, porque aquellos que nos habían prometido el fuego de los Cielos no nos lo han dado». Y entonces también nosotros les edificaremos una torre hasta su remate, porque sólo construye del todo el que da de comer, y de comer sólo damos nosotros en tu nombre, y mentimos al decir que en tu nombre. ¡Nunca, nunca sin nosotros hubieran tenido qué comer! Ninguna ciencia les dará el pan mientras continúen siendo libres, sino que acabarán por traer su libertad y echarla a nuestros pies y decirnos: «Mejor será que nos impongáis vuestro yugo, pero dadnos de comer». Comprenderán, por fin, que la libertad y el pan de la Tierra, las dos cosas juntas para cada uno, son inconcebibles, porque nunca, nunca sabrán ellos repartírselos entre sí. Se convencerán asimismo de que tampoco pueden ser nunca libres, porque son apocados, viciosos, insignificantes y rebeldes. Tú les prometiste el pan del Cielo; pero vuelvo a repetirlo, ¿puede ese pan compararse a los ojos de una raza de gentes débiles, eternamente viciosas y eternamente ingratas, con el de la Tierra? Y si tras de Ti, en nombre del pan de los Cielos, iban miles y decenas de miles, ¿qué viene a ser eso comparado con los millones y decenas de miles de millones que no están capacitados para dejar el pan de la Tierra por el de los Cielos? ¿Es que a Ti sólo te son queridos las decenas de miles de grandes y fuertes, y los demás millones, numerosos, como las arenas del mar, débiles, pero llenos de amor a Ti, están obligados a servir únicamente de instrumento a los grandes y fuertes? No, a nosotros también nos son queridos los débiles. Son viciosos y rebeldes; pero, a lo último, también ellos se someterán. Nos admirarán y nos tendrán por dioses, por habernos avenido, estando a la cabeza de ellos, a soportar la libertad que ellos temían y señorearlos… ¡Tan terrible habrá de ser para ellos, a lo último, eso de ser libres! Pero nosotros decimos que somos siervos tuyos y gobernamos en tu nombre. Volveremos a engañarlos, porque ya no te permitiremos que te nos acerques. En ese engaño se cifrará también nuestro dolor, porque nos veremos obligados a mentir. He ahí lo que significa esa primera cuestión del desierto, y he aquí lo que Tú rechazaste en nombre de la libertad, a la que pusiste por encima de todo. Y, sin embargo, en esa cuestión se encerraba un magno secreto de este mundo. De haber optado por el *pan*, habrías respondido al general y sempiterno pesar humano, lo mismo como individuo aislado que como Humanidad completa…; es decir, ¿ante quién adorar? No hay desvelo más continuo y doloroso para el hombre que, luego que deja la libertad, buscar a toda prisa a quién adorar. Pero busca el hombre inclinarse ante aquello que es ya indiscutible, tan indiscutible, que todo el mundo, de golpe, ha convenido en la general adoración de ello. Porque la inquietud de esas lamentables criaturas no se reduce sólo a buscar aquello ante lo que yo u otro nos prosternamos, sino a buscar aquello en que todos crean y se prosternan, e irremisiblemente *todos juntos*. Pues he ahí que esa necesidad de la *generalidad* de la oración es también el tormento más grande de cada hombre suelto y de toda la Humanidad junta, desde el comienzo de los siglos. Por esa general adoración se exterminaron unos a otros con la espada. Crearon dioses y se desafiaron entre sí: «Dejad vuestros dioses y venid a adorar a

los nuestros; de lo contrario, moriréis, igual que vuestros dioses». Y así será hasta el fin del mundo, hasta cuando desaparezcan del mundo los dioses. Es lo mismo, se arrodillarán ante los ídolos. Tú sabías, Tú no podías ignorar este fundamental misterio de la naturaleza humana; pero Tú rechazaste la única bandera absoluta que te propusieron para obligar a todos a prosternarse ante Ti sin discusión…, la bandera del pan de la Tierra, y la rechazaste en nombre de la libertad y del pan de los Cielos. Pero mira lo que, además, hiciste. Y todo también en nombre de la libertad. Te digo que no hay para el hombre preocupación más grande como la de encontrar cuanto antes a quién entregar ese don de la libertad con que nace esta desgraciada criatura. Pero sólo se apodera de la libertad de las gentes el que tranquiliza su conciencia. Con el pan te daban una divisa indiscutible. «Da pan, y el hombre se prosternará, porque no hay nada más indiscutible que el pan; pero si al mismo tiempo alguien se apodera de su conciencia a espaldas tuyas…, ¡oh!, entonces dejará tu pan y correrá detrás de aquel que halaga su conciencia». En esto tenías razón. Porque el misterio de la vida del hombre no estriba solamente en el hecho de vivir, sino en vivir para algo, sin una noción firme de para qué vive, el hombre no se resigna a vivir, y se apresura a suprimirse antes que continuar en la Tierra, aunque a su alrededor todo sean panes. Esto es así, ¿y qué pasó? Pues que en vez de apoderarte de la libertad de los hombres, lo que hiciste fue encarecérsela más a sus ojos. ¿Es que te olvidaste de que la tranquilidad, y hasta la muerte, son más estimables para el hombre que la libre elección con el conocimiento del bien y del mal? No hay nada más seductor para el hombre que la libertad de su conciencia; pero tampoco nada más doloroso. Y he aquí que, en vez de firmes cimientos para la tranquilidad de la conciencia humana, de una vez para siempre…, fuiste y cogiste todo cuanto hay de inusitado, enigmático e indefinido; cogiste todo cuanto no estaba al alcance de los hombres, portándote así como si no amases a los hombres…; y eso, ¿quién lo hizo? Pues Aquel que había venido a dar por ellos su vida. En vez de incautarse de la libertad humana, Tú la aumentaste y cargaste con sus sufrimientos el imperio espiritual del hombre para siempre. Tú querías el libre amor del hombre, para que, espontáneamente, te siguiese, seducido, y cautivado por Ti. En vez de la recia ley antigua: «Con libre corazón ha de decidir en adelante el hombre lo que es bueno y lo que es malo, teniendo por única guía tu imagen ante él». Pero ¿es que no pensaste que acabaría rechazando y poniendo en tela de juicio tu propia imagen y tu verdad, si lo cargabas con peso tan terrible como la libertad de elección? Acabarán por decir que la verdad no está en Ti, porque sería imposible sumirlos en un estado de agitación y tormento mayores que aquel en que Tú los sumiste, al dejarles tantas preocupaciones y enigmas insolubles. De esta suerte, Tú mismo pusiste los cimientos para la destrucción de tu propio imperio, y no culpes más a nadie de ello. Y, sin embargo, ¿qué era lo que te proponías? Existen tres fuerzas, sólo tres fuerzas en la Tierra, capaces siempre de dominar y cautivar la conciencia de esos débiles rebeldes, para su felicidad…, y esas fuerzas son: milagro, misterio y autoridad. Tú rechazaste la una y la otra y la tercera, y diste ejemplo de ello. Cuando el terrible y sapientísimo espíritu te elevó a lo alto del templo y te dijo: «Si quieres saber si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque se ha dicho de Aquél que los ángeles lo cogerán y lo

sostendrán y no caerá en tierra ni se destrozará, y demostrará así cuánta es tu fe en tu Padre». Pero Tú, después de oírlo, rechazaste la proposición, y no accediste a ella, y te tiraste. ¡Oh! Sin duda que te condujiste en eso de un modo orgulloso y magnífico, como Dios; pero los hombres, esa débil raza rebelde…, ¿son acaso dioses? ¡Oh! Tú comprendiste entonces que, al dar un solo paso, con solo que hicieras ademán de tirarte abajo, en el acto habrías tentado a Dios y perdido en Él toda tu fe; te hubieses estrellado en la Tierra, que habías venido a salvar, y se habría alborozado el inteligente espíritu que te había tentado. Pero, lo repito: ¿hay muchos como Tú? ¿Y es que Tú tampoco, en el fondo, puedes admitir, ni por un minuto, que también los hombres puedan resistir tentación semejante? ¿Es que la naturaleza del hombre es de tal índole como para rechazar el milagro y que en momentos tan terribles de la vida, momentos de las más pavorosas, fundamentales y torturantes cuestiones espirituales haya de quedar abandonado a la libre resolución de su corazón? ¡Oh! Tú sabías que tu hazaña se perpetuaría en los libros, alcanzaría las honduras del tiempo y los últimos límites de la Tierra, y te hiciste la ilusión de que, al seguirte a Ti, también el hombre se volvería dios y no habría menester del milagro. Pero Tú sabías que en cuanto el hombre rechaza el milagro, inmediatamente rechaza también a Dios, porque el hombre busca no tanto a Dios como al milagro. Y, no siendo capaz el hombre de quedarse sin milagro, fue y se fraguó él mismo nuevos milagros y se inclinó ante los prodigios de un mago o los ensalmos de una bruja, no obstante ser cien veces rebelde, herético y ateo. Tú no bajaste de la cruz cuando te gritaron: «¡Baja de la cruz y creeremos que eres Tú!». Tú no descendiste, tampoco, porque también entonces rehusaste subyugar al hombre por el milagro y estabas ansioso de fe libre; no por el milagro ansiabas libre amor, y no por el fervor servil, involuntario, obtenido mediante la fuerza, amedrentándolos de una vez para siempre. Pero también ahí juzgaste demasiado altamente a los hombres, pues sin duda son serviles, aunque también, por naturaleza, rebeldes. Mira y juzga; quince siglos han pasado; anda y míralos. ¿A quién elevaste hasta Ti? Te lo juro: el hombre es una criatura más débil y baja de lo que Tú imaginaste. ¿Es posible, es posible que él hiciera lo que Tú? Al estimarlo en tanto, Tú te condujiste como si dejases de compadecerlo, pues le exigías demasiado…, y eso Aquel que lo amaba más que a sí mismo. De haberlo estimado en menos, menos también le hubieses exigido, y esto habría estado más cerca del amor, porque más leve habría sido su peso. Él es débil y ruin. ¿Qué significa el que ahora, en dondequiera, se rebele contra nuestro poder y se ufane de su rebelión? Es la rebeldía de un niño y de un colegial. Son chicos díscolos que se sublevan en la clase y echan de ella al profesor. Pero ya se les acabarán los bríos a los muchachos, y caro les costará su plante. Destruyen los templos y manchan de sangre la tierra. Pero comprenderán, finalmente, esos chicos estúpidos que, aunque sean unos rebeldes, son unos rebeldes de poca fuerza, que no pueden mantener su plante. Derramando estúpidas lágrimas, reconocerán, por fin, que el que los crió rebeldes, sin duda quiso burlarse de ellos. Lo dirán así, de puro desesperados, y lo por ellos dicho será una blasfemia, que los hará aún más desdichados, porque la naturaleza del hombre no aguanta la blasfemia y, al fin y al cabo, siempre se venga de ella. A propósito de esto, inquietud, turbación y desdicha…, he ahí el actual patrimonio

de los hombres después de tanto como Tú sufriste por su libertad. Tu gran profeta en visión y alegoría dice que vio a todos los participantes en la primera resurrección y que había de ellas, de cada generación, doce mil. Pero si tantos había, no serían hombres, sino dioses. Habían padecido tu cruz; habían padecido decenas de años de hambre y desnudez en el desierto, sustentándose con saltamontes y raíces…, y claro que Tú podías, ufano, mostrar estos hijos de la libertad, del libre amor, libres y magníficas víctimas de tu nombre. ¿Y en qué son culpables los demás hombres débiles que no pudieron aguantar lo que los fuertes? ¿En qué es culpable el alma débil que carece de fuerzas para reunir estos terribles dones? Pero ¿es que Tú viniste francamente sólo para los selectos y por los selectos? Pero, si así fue, entonces hay ahí un secreto, para nosotros incomprensible. Pero si hay misterio, en ese caso teníamos nosotros derecho a divulgar ese misterio y enseñarles que no eran lo principal la libre resolución de los corazones ni su amor, sino el misterio, en virtud del cual habrían de ser culpables a ciegas, aun a hurtadillas de su conciencia. Y eso hemos hecho. Hemos justificado tu proeza y la hemos basado en *el milagro, el secreto y la autoridad*. Y las gentes se alegraron de verse nuevamente conducidas como un rebaño y de que les hubiesen quitado por fin de sobre el corazón un don tan tremendo que tantos tormentos les acarreara. ¿Estuvimos en lo cierto al enseñar y hacer eso? Di. ¿Es que nosotros no amábamos a la Humanidad, al reconocer con tanta humildad su desvalimiento, aligerarla con amor de su carga y absolver su flaca naturaleza hasta del pecado, pero mediante nuestra venia? ¿Por qué vienes ahora a estorbarnos? ¿Y por qué en silencio y de un modo tan penetrante me miras con esos tus ojos? Enfádate, no quiero tu amor, porque yo no te amo. ¿Y por qué me habría de ocultar ante Ti? ¿Es que no sé con quién hablo? Cuanto me atrevo a decirte, todo lo sabes Tú ya; leo en tus ojos. Pero es que yo te oculto nuestro secreto. Puede que Tú, precisamente, quieras oírlo de mis labios, pues escucha: nosotros no estamos contigo, sino con *Él*, ya va para ocho siglos. Ocho siglos justos hace que aceptamos de Él lo que Tú, con indignación, desairaste: ese último don que te ofreció, al mostrarte el imperio terrenal; nosotros le aceptamos Roma y la espada del César y nos declaramos solamente emperadores de la Tierra, únicos señores, aunque, hasta ahora, no hayamos podido dar cumplido remate a nuestra empresa. Pero ¿quién tiene de ello la culpa? ¡Oh! Esa empresa, hasta ahora, está sólo en mantillas, pero ya ha comenzado. Largo tiempo hemos de aguardar todavía su cumplimiento y mucho ha de padecer todavía la Tierra; pero lograremos nuestro fin y seremos césares, y entonces pensaremos ya en la universal felicidad de los hombres. Y, sin embargo, Tú habrías podido ya entonces aceptar la espada del César. ¿Por qué desairaste ese último don? Si hubieras seguido ese tercer consejo del poderoso espíritu habrías realizado cuanto el hombre busca en la Tierra, a saber: a quién adorar, a quién confiar su conciencia y el modo de unirse todos, finalmente, en un común y concorde hormiguero, porque el ansia de la unión universal es el tercero y último tormento del hombre. Siempre la Humanidad, en su conjunto, se afanó por estructurarse de un modo universal. Muchos fueron los pueblos grandes con una gran historia; pero, cuanto más grandes, tanto más felices fueron esos pueblos, por sentir con más intensidad que los otros el anhelo de la fusión universal de los

hombres. Los grandes conquistadores Timur y Gengis Jan cruzaron en un vuelo, como un torbellino, la Tierra, ansiando conquistarla toda; pero aun ésos, inconscientemente, expresaban el mismo magno anhelo de Humanidad, de una fusión universal y común. Si hubieras aceptado el mundo y la púrpura del César, habrías fundado el imperio universal y dado la paz al mundo. Porque ¿quién ha de dominar a las gentes sino aquellos que dominan sus conciencias y tienen en sus manos el pan? Nosotros aceptamos la espada del César, y, al cogerla, sin duda, te rechazamos a Ti y nos fuimos con *él*. ¡Oh! Pasarán todavía siglos de desordenada y libre razón, de sus ciencias y su antropofagia, porque al proponerse edificar su torre de Babel sin nosotros, acabarán en la antropofagia. Pero entonces se llegará a nosotros la bestia y se pondrá a lamernos los pies y nos los regará con lágrimas de sangre que verterán sus ojos. Y montaremos sobre la bestia y alzaremos un cáliz, y en él estará escrito: «¡Misterio!». Pero entonces, sólo entonces llegará para los hombres el reinado de la paz y la dicha. Tú te enorgulleces de tus elegidos; pero Tú sólo tienes tus elegidos, en tanto nosotros a todos daremos la paz. Y, además, otra cosa: ¡cuantísimos de esos elegidos, de los fuertes, que habrían podido ser elegidos, no se cansaron, aguardándote, y aplicaron y seguirán aplicando las energías de su alma y el ardor de su corazón a otro campo, concluyendo por enarbolar aun contra Ti su *libre* bandera! Pero Tú mismo levantaste esa insignia. Con nosotros, todos serán felices y dejarán de ser rebeldes; no se exterminarán unos a otros, como con tu libertad, en todas partes. ¡Oh! Nosotros los convenceremos de que sólo serán libres cuando deleguen en nosotros su libertad y se nos sometan. ¿Y qué importa que digamos verdad o mintamos? Ellos mismos se persuadirán de que verdad decimos al recordar los horrores de la servidumbre y confusión a que tu libertad los condujera. La libertad, el libre espíritu y la ciencia los llevarán a tales selvas y los pondrán frente a tales prodigios e insolubles misterios, que los unos, rebeldes y enfurecidos, se quitarán la vida; otros, rebeldes, pero apocados, se matarán entre sí, y los demás, débiles y desdichados, vendrán a echarse a nuestros pies y clamarán: «Sí, tenéis razón: sólo vosotros estáis en posesión de su secreto y a vosotros volvemos. ¡Salvadnos de nosotros mismos!». Al recibir de nosotros el pan habrán de ver harto claro que nosotros les damos el mismo pan que ellos con sus manos amasaron; verán que se lo repartimos, sin nada de milagro; verán que no convertimos las piedras en pan, pero, en realidad, más que el pan mismo, estimarán el recibirlo de nuestras manos. Porque tendrán sobrado presente que antes, sin nosotros, ese mismo pan ganado por ellos convertíase en sus manos en piedras, mientras que cuando se volvieron con nosotros, las mismas piedras convirtiéronse en sus manos en pan. Sobrada, sobradamente estimarán ellos lo que significa someterse para siempre. Y en tanto los hombres no lo comprendan, habrán de ser desdichados… ¿Quién ha contribuido más que nadie a esa incomprensión, dilo?… ¿Quién desbandó el rebaño y lo desparramó por senderos desconocidos? Pero el rebaño volverá a reunirse, y otra vez se someterá, y ya para siempre. Entonces, nosotros le proporcionaremos la felicidad mansa, apacible, de los seres apocados como ellos. ¡Oh! Nosotros les persuadiremos finalmente, a no enorgullecerse, porque Tú los levantaste y así les enseñaste a enorgullecerse; les demostraremos que carecen de bríos; que son tan sólo niños dignos de lástima;

pero que la felicidad infantil es la más gustosa de todas. Se volverán tímidos y nos mirarán y se apretujarán a nosotros con miedo, como los polluelos a la clueca. Se asombrarán de nosotros; nos tendrán miedo y se envanecerán de vernos tan poderosos y sabios, como para haber podido amansar un rebaño de miles de millones. Se echarán a temblar, decaídos, ante nuestra cólera; se volverán tímidos; los ojos se les tornarán propensos al llanto, como los de los niños y las hembras; ¡pero qué fácilmente, a una seña nuestra, pasarán a la alegría y risa, al claro alborozo y a las felices tonadillas y canciones infantiles! Sí, nosotros les obligaremos a trabajar; pero en las horas de asueto, ordenaremos su vida como un juego de chicos, con infantiles canciones, coros e inocentes bailes. ¡Oh, los absolveremos de sus pecados; son débiles y sin bríos, y nos amarán como niños, por consentirles pecar! Les diremos que todo pecado será redimido si lo cometieron con nuestra venia; les permitiremos pecar, porque los amamos; el castigo de tales pecados, cargaremos con él. Y cargaremos con él y ellos nos idolatrarán como a bienhechores, que respondemos de sus pecados delante de Dios. Y no tendrán secreto alguno para nosotros. Les consentiremos o les prohibiremos vivir con sus esposas y queridas, tener o no tener hijos (todo contando con su obediencia), y ellos se nos someterán con júbilo y alborozo. Los más penosos secretos de conciencia…, todo, todo nos lo traerán, y nosotros les absolveremos de todo, y ellos creerán en nuestra absolución con alegría, porque los librará de la gran preocupación y las terribles torturas actuales de la decisión personal y libre. Y todos serán dichosos; todos esos millones de criaturas, excepto los cien mil que sobre ellos dominen. Porque sólo nosotros, los que guardaremos el secreto, sólo nosotros seremos infelices. Habrá miles de millones de seres felices y cien mil que padecerán, que habrán cargado con la maldición de la ciencia del bien y del mal. Dulcemente morirán ellos, dulcemente se extinguirán en tu nombre, y más allá de la tumba sólo hallarán la muerte. Pero nosotros guardaremos el secreto y, para su dicha, los embaucaremos con el galardón celestial y eterno. Porque si hubiera algo del otro mundo, no sería, desde luego, para criaturas como ellos. Dicen y profetizan que Tú vendrás y vencerás de nuevo; vendrás con tus elegidos, con tus orgullosos y poderosos; pero a eso replicaremos que ésos no hicieron más que salvarse ellos mismos, mientras que nosotros los salvamos a todos. Dicen que confundida será la meretriz que va montada en la bestia y llevando en sus manos *misterio*; que volverán a sublevarse los apocados, desgarrarán su púrpura y desnudarán su *sucio* cuerpo. Pero yo entonces me levantaré y te mostraré los miles de millones de chicos felices que no conocieron el pecado. Y nosotros, los que cargamos con sus pecados, por su desdicha, nos plantaremos delante de Ti y te diremos: «Júzganos, si puedes y te atreves». Has de saber que no te temo. Has de saber que yo también estuve en el desierto y me sustenté de saltamontes y raíces; que también yo bendije la libertad que Tú habías concedido a los hombres y me apercibí a ser del número de tus elegidos, del número de los fuertes y poderosos, ávidos de *completar el número*. Pero recapacité y no quise servir a un absurdo. Me volví atrás y me incorporé a la muchedumbre de aquellos que *han corregido tu obra*. Me aparté de los orgullosos y me volví con los humildes para la felicidad de estos mortales. Lo que te digo se cumplirá, y nuestro imperio se afianzará. Te lo repito:

mañana mismo verás ese dócil rebaño, que a la primera señal que les haga, se lanzará a atizar las brasas de tu hoguera, en la que he de quemarte por haber venido a estorbarnos. Porque si alguno mereció nuestra hoguera, eres Tú. Mañana te quemo. *Dixi*.

Iván hizo una pausa. Se había exaltado al hablar y hablaba embebecido; al terminar se sonrió de pronto.

Alíoscha, que le había escuchado en silencio, a lo último también, con extraordinaria emoción, intentó muchas veces atajar a su hermano, pero haciéndose visible violencia, rompió de pronto a hablar, como si saltase de su sitio:

—¡Pero… eso es un absurdo! —exclamó, ruborizándose—. Tu poema es un elogio de Jesús y no una blasfemia…, como tú querías. ¿Y quién te creerá lo de la libertad? ¿Es así, es así como hay que interpretarla? ¿Es que es ésa quizá la teoría de la Iglesia ortodoxa?… Eso es aplicable a Roma, y aun así, no a toda Roma; eso no es verdad…, ésos son los peores católicos, los inquisidores, ¡los jesuitas!… Y, además, que no puede haber un personaje tan fantástico como tu inquisidor. ¿Qué es eso de tomar sobre sí los pecados de los hombres? ¿Quiénes son esos guardadores de secretos que cargan con esa maldición por la felicidad de las gentes? ¿Cuándo se ha visto eso? Conoces a los jesuitas, de ellos se habla mal, pero ¿son esos a los que tú te refieres? En absoluto, no; en absoluto, no… Ellos no son otra cosa que el ejército de Roma para el futuro universal imperio terreno, con un emperador…, el pontífice romano a la cabeza…: he ahí su ideal, pero sin nada de misterios ni exaltada tristeza… La más sencilla ansia de poder, de sucios bienes terrenales, de dominación… Algo así como un futuro derecho feudal, actuando ellos de señores… He ahí todo lo que anhelan. No creen en Dios, quizá. Tu sufriente inquisidor… es una fantasía…

—¡Para, para —dijo Iván—; cómo te sulfuras! ¡Fantasía, dices; bueno! Sin duda que es una fantasía. Pero permite, sin embargo: ¿es que tú, en el fondo, piensas que todo ese movimiento católico de los últimos siglos no representa en realidad sino un simple anhelo de dominio mirando sólo a los viles bienes terrenales? ¿Es el padre Paisii quien te ha enseñado eso?

—No, no; por el contrario, el padre Paisii es algo así como tú…, aunque sin duda no lo es; en absoluto, no —encareció de pronto Alíoscha con energía.

—Preciadísimo testimonio, no obstante tu *en absoluto, no*. Precisamente te he preguntado eso, pregunto: ¿por qué tus jesuitas e inquisidores se han unido a los solos fines de los asquerosos bienes terrenales? ¿Por qué entre ellos no podría encontrarse uno solo que sufriese, que soportase grandes vejámenes y amase a la Humanidad? Mira: supón que hubiese uno solo de todos esos amantes exclusivos de los viles bienes materiales…, uno solo que, como mi anciano inquisidor, se hubiese alimentado de raíces en el desierto, y encarnizándose consigo mismo,

venciendo su carne para hacerse libre y perfecto, pero que, sin embargo, hubiese amado toda su vida a la Humanidad y que de pronto cayese en la cuenta y comprendiese que ninguna gran beatitud moral puede cifrarse en alcanzar perfección de voluntad, teniendo que ver al mismo tiempo cómo los demás millones de criaturas de Dios quedan destinadas a la burla, que nunca serán capaces de avenirse a su libertad, que de esos lamentables rebeldes no saldrá nunca un gigante que ponga remate a la torre, que no fue para esos gansos para los que el gran idealista soñó su armonía. Habiendo comprendido todo esto, renegó y se incorporó a los listos. ¿Es que esto no podría suceder?

—¿A quién se incorporó, a qué gente lista? —exclamó Alíoscha casi con arrebato—. Ninguno de ellos tiene tanto talento, ninguno posee tales misterios y secretos… Quizá sólo el ateísmo sea todo su secreto. ¡Tu inquisidor no cree en Dios: ése es todo su secreto!

—¡Aunque así fuese! Por fin acertaste. Y, efectivamente, es así; efectivamente, a eso se reduce todo su secreto, pero ¿acaso ése no es un dolor, aun para un hombre como él, que toda su vida se estuvo matando con su ascetismo en el yermo y no se curó de su amor a la Humanidad? Al ocaso de sus días se convenció claramente de que sólo los consejos del terrible espíritu podrían introducir un orden pasadero en los apocados rebeldes, seres incompletos, de ensayo, creados para irrisión. Y he aquí que, al convencerse de ello, ve que es necesario seguir las instrucciones del espíritu de la muerte y la destrucción, y a ese fin valerse de la mentira y el engaño y llevar a los hombres, ya de un modo consciente, a la muerte y a la destrucción, y, además, llevarlos engañados por todo el camino, para que no se enteren de adónde los llevan, con objeto de que, siquiera durante el trayecto, esos seres lamentables se consideren dichosos. ¡Y, fíjate bien, engañarlos en nombre de Aquel en cuyo ideal tan apasionadamente creyó el anciano toda su vida! Y si siquiera uno así se encontrase al frente de todo ese ejército, ansioso de poder con miras a los solos sucios bienes terrenales únicamente… ¿Es que no bastaría con sólo uno así para que sobreviniese la tragedia? Además, ¿no bastaría con sólo uno así, al frente, para que resultara por fin la verdadera idea directriz de todo el negocio romano, con todos sus ejércitos y jesuitas, la idea superior de tal negocio? Te digo, con franqueza, que creo firmemente que ese único hombre no ha faltado nunca entre los que están a la cabeza del movimiento. Quién sabe, puede que se hayan dado esos hombres únicos entre los pontífices romanos mismos. Quién sabe, es posible que ese maldito anciano, tan amante a su modo de la Humanidad, exista también ahora con aspecto de un total íntegro de muchos de esos ancianos únicos, y no de un modo casual, sino que exista como convenio, como federación secreta, hace ya tiempo constituida para la custodia de los secretos, para guardarlos de los hombres infelices y apocados, con objeto de hacerlos dichosos. Irremisiblemente será así, no tiene más remedio que serlo. A mí me parece que hasta los masones reconocen por base algún secreto de esa índole, y eso porque los católicos odian tanto a los masones, que ven en ellos unos rivales, que rompen la unidad de la idea, cuando

tanta falta harían un solo rebaño y un solo pastor… Por lo demás, al defender mi idea, me estoy pareciendo a un autor que no pudiese resistir tu crítica. Dejemos esto.

—¡Puede que tú también seas masón! —dejó escapar, de pronto, Alíoscha—. Tú no crees en Dios —añadió, pero ya profundamente ofendido. Le parecía que su hermano se estaba burlando de él—. ¿Cómo termina tu poema? —inquirió, de pronto, mirando al suelo—. ¿O es que ya se acabó?

—Quería terminarlo de este modo: al callarse el inquisidor, se queda un rato aguardando que su Preso le conteste. Se le hace duro su silencio. Vio cómo el Cautivo lo escuchaba todo el tiempo, mirándole francamente a los ojos con los suyos mansos, con visible intención de no objetarle. El anciano querría que le dijese algo, por amargo y terrible que fuese. Pero Él, de pronto, en silencio, se llega al anciano, y dulcemente va y lo besa en sus exangües nonagenarios labios. He ahí toda su respuesta. El anciano se estremece. Algo se remueve en las comisuras de sus labios; se dirige a la puerta, la abre y le dice: «¡Vete y no vengas más!… ¡No vuelvas por acá!… ¡Nunca, nunca!». Y lo suelta en la oscura, cálida ciudad. El Preso sale.

—¿Y el anciano?

—Aquel beso le quema el corazón, pero sigue aferrado a su anterior idea.

—Y tú con él, ¿tú también? —exclamó Alíoscha con dolor.

Iván se echó a reír.

—Pero si todo eso es un desatino, Alíoscha; si todo esto es el absurdo poema de un absurdo estudiante que nunca ha escrito dos versos. ¿Por qué tú lo tomas tan en serio? No pensarías tú que yo me voy a ir ahora allá con los jesuitas, para sumarme a ellos, que han corregido las proezas de Él. ¡Oh Señor! ¿Qué me importa a mí eso? ¡Si ya te lo he dicho: yo sólo he de llegar a los treinta años; después…, la copa al suelo!

—¡Y las hojitas jugosas, y los caros sepulcros, y el cielo azul, y la mujer amada! —exclamó Alíoscha con dolor—. Con semejante infierno en el pecho, ¿es posible tener esto en la cabeza? ¡No, tú irás a incorporarte a ellos…, y si no te matarás, pero no podrás soportarlo!

—¡Hay una energía tal, que todo lo resiste! —dijo Iván con frío sarcasmo.

—¿Qué energía?

—La karamásoviana…, la energía de la vileza karamásoviana.

—¡Te ahogarás en el libertinaje, anegarás tu alma en la disipación, sí, sí!…

—Por mí, bueno…, sólo que quizá pueda evitarlo hasta los treinta años, luego…

—¿Cómo que lo evitarás? ¿Por qué medios? Eso no es posible con tus ideas.

—También karamásovianas.

—Eso quiere decir que *todo es lícito*. Todo es lícito, verdad; ¿no es eso?

Iván se amoscó y, de pronto, se puso intensamente pálido.

—Pero tú has retenido la frase de ayer que tanto ofendió a Miúsov… y que tan ingenuamente cogió y repitió Dmitrii —dijo con crispada sonrisa—. Pues bien: todo es lícito, ya que se ha pronunciado esa frase. No me retracto. ¡La versión de Dmitrii no era tan mala!

Alíoscha lo miró en silencio.

—Yo, hermano, al irme pensaba que tenía en el mundo por lo menos a ti —dijo, de pronto, Iván con inesperado sentimiento—; pero ahora veo que tampoco en tu corazón hay un sitio para mí, mi querido eremita. De la fórmula *todo es lícito*, no me retracto; pero qué, ¿por eso vas tú a retractarte de mí?

Alíoscha se levantó, se llegó a él, y en silencio, dulcemente, lo besó en los labios.

—¡Plagio! —exclamó Iván, pasando sin transición a cierto entusiasmo—. ¡Eso me lo has cogido de mi poema! Pero gracias, no obstante. Levántate, Alíoscha; vámonos, que es tarde para los dos.

Salieron, pero se detuvieron en la escalinata de la taberna.

—Oye una cosa, Alíoscha —dijo Iván con voz firme—: si, efectivamente, te has quedado con eso de las hojitas jugosas, las amaré sólo en recuerdo tuyo. Me bastará con que estés en algún sitio para no perderle el gusto a la vida. ¿Te basta a ti con esto? Si quieres, tómalo por una declaración de amor. Pero ahora, tú por la derecha; yo, por la izquierda…, y basta, ¿oyes?, basta. Es decir, que si no me fuera mañana (por lo visto me voy de veras) y nos volviésemos a encontrar en algún sitio, no hablaremos para nada de estos temas, encarecidamente te lo ruego. Y cuanto a Dmitrii, de un modo especial te suplico que no me vuelvas a hablar de él —añadió, de pronto, nervioso—. Todo está hablado, todo está dicho, ¿no? Y, por mi parte, te haré, en cambio, una promesa: cuando a los treinta me entren ganas de arrojar la copa al suelo, dondequiera que estés iré a buscarte para que hablemos

por última vez…, aunque tenga que venir de América, ya lo sabes. Ex profeso vendré. Será también muy interesante verte entonces; ¿cómo estarás para esa fecha? Ten presente que se trata de una promesa en serio. Y, en realidad, puede que no nos volvamos a ver en ocho, en diez años. Bueno; anda ahora con tu *Pater Seraphicus* que se está muriendo; se morirá en tu ausencia y te enfadarás todavía conmigo por haberte entretenido. Hasta la vista; dame otro besito; así, y vete…

Iván dio de pronto media vuelta y siguió su camino, sin volver ya la cabeza. Era aquello semejante al modo como la víspera se había separado de Alíoscha su hermano Dmitrii, aunque lo del día antes había sido muy distinto. Esta rara observación le cruzó como una flecha por la apesadumbrada alma a Alíoscha, pesaroso y ofendido en tal momento. Se quedó parado un rato, siguiendo a su hermano con la vista. Sin saber por qué reparó de pronto en que su hermano Iván andaba como tambaleándose, y que su hombro derecho, visto de espaldas, parecía más bajo que el izquierdo. Nunca antes se había fijado en semejante pormenor. Pero de pronto también él dio media vuelta y echó casi a correr en dirección al monasterio. Ya hacía rato que oscureciera, y casi sintió miedo; algo nuevo se incubaba en él, aunque no pudiera precisarlo. Se levantó también, como la víspera, viento, y los seculares pinos promovieron un lúgubre rumor en torno suyo al penetrar en el bosquecillo del cenobio. Iba casi corriendo. *Pater Seraphicus…* Ese nombre lo habrá tomado de algún sitio… ¿De dónde? —le cruzó por la mente a Alíoscha—. «Iván, pobre Iván, ¿y cuándo ahora volveré a verte?… ¡Pero aquí está el cenobio, Señor! ¡Sí, sí, es él; es el *Pater Seraphicus*, él me salvará… de él y para siempre!».

Luego, con gran perplejidad, recordó varias veces en su vida cómo pudo de pronto, a raíz de separarse de Iván, olvidarse tan por completo de su hermano Dmitrii, al que por la mañana, sólo unas horas antes, se había propuesto buscar sin falta y no irse sin eso, aunque tuviera que no aparecer en toda aquella noche por el monasterio.

La casa muerta

Nuestro penal se alzaba en el linde de la fortaleza, en su mismo baluarte. Si se te ocurría mirar por los resquicios del muro hacia la luz de Dios, no veías nada…; es decir, veías únicamente un cachito de cielo por encima del alto baluarte de tierra, sacudido por los huracanes; pero delante y detrás del baluarte, día y noche, paseaban los centinelas; y de pronto piensas que pasarán años enteros y tú mirarás por las hendiduras del muro y sólo verás el baluarte, los mismos centinelas y ese mismo cachito de cielo, no de ese cielo de sobre la prisión, sino de otro cielo, lejano y libre. Figuraos una gran casona, de doscientos pasos de larga por ciento cincuenta de ancha, cercada todo alrededor de un alto muro en forma de hexaedro irregular; es decir, por una valla de altos pilares (postes) hincados profundamente en la tierra, reciamente ligados unos a otros por medio de cuerdas reforzadas con triángulos transversales y apuntando hacia arriba: he ahí la clausura exterior del presidio. En uno de los lados de ese recinto estaba la puerta del fuerte, siempre cerrada, siempre, día y noche, guardada por centinelas; la abrían tan sólo cuando era menester para salir al trabajo. Allende aquella puerta, estaba el mundo luminoso y libre, vivía la gente normal. Pero aquende aquel lado del recinto, se nos antojaba ese mundo algo así como una historia inverosímil. Allí dentro estaba nuestro mundo particular, que no se parecía ya en nada al otro; allí teníamos nuestras leyes especiales, nuestras ropas, nuestras reglas y costumbres y una casa muerta de ultravida, y una vida… como en lugar alguno, y gentes singulares. Pues ese rinconcillo especial es el que me propongo describir.

Al entrar en el recinto veis en su interior algunos edificios. A entrambos lados del ancho patio interior se alzan dos largas jaulas de madera de un solo piso. Son los pabellones. Allí se alojan los presos, distribuidos por categorías. Luego, allá en lo hondo del recinto, otra jaula análoga: es la cocina, dividida en dos departamentos; más allá otra barraca, donde, bajo el mismo techo, se hallan la bodega, los almacenes y la cuadra. El centro del patio, vacío, representa un descampado llano y bastante espacioso. En él forman los presos para que los cuenten y les pasen lista, por las mañanas, a mediodía y por la tarde, y, a veces, no pocas veces también, durante el resto del día…, según la desconfianza de los celadores y su aptitud para contar aprisa. Alrededor, entre los barracones y la tapia, queda todavía un espacio bastante grande. Allí, junto al barracón trasero, algunos de los reclusos, de carácter más arisco y adusto, gustan de retraerse en los ratos de ocio, a hurtadillas de todas las miradas, y ponerse a pensar para sus adentros. Al encontrarme con ellos en la hora de aquellos paseos placíame contemplar sus rostros huraños y surcados de cicatrices tratando de adivinar lo que pensaban. Había un deportado cuya ocupación favorita en el tiempo que tenía libre consistía en contar los postes de la empalizada —eran mil ciento cincuenta— y siempre los estaba contando y mirando. Cada poste significaba para él un día;

cada día apartaba uno, y de ese modo, por el número de ellos que le quedaban, podía a simple vista saber cuántos días le faltaban aún que pasar en el presidio hasta el término de sus trabajos. Se llenaba de sincera alegría cuando cumplía algún bando del hexágono. Algunos años había de aguardar aún; pero en el presidio había tiempo sobrado para aprender paciencia. Vi en cierta ocasión despedirse de sus compañeros a un recluso que se había pasado en el penal veinte años, y al cabo de ellos alcanzaba por fin su libertad. Había quienes recordaban cómo había entrado en la cárcel la primera vez, joven, despreocupado, sin pensar lo más mínimo en su crimen ni en su castigo. Salió de ella luego hecho un verdadero anciano, con un semblante agrio y adusto. En silencio atravesó todos nuestros seis pabellones. Al entrar en cada uno de ellos, rezaba por fórmula, y después, bajo, por la cintura, abrazaba a los camaradas, rogándoles no guardasen de él mal recuerdo… También, en cierta ocasión, a un preso que antes había sido un acaudalado campesino siberiano hubieron, ya anochecido, de llamarle a la puerta. Medio año antes de esto había recibido la noticia de que su mujer se había vuelto a casar, lo que le hizo una gran impresión. Ahora ella en persona se presentaba en el penal, lo llamaba y le entregaba un donativo. Estuvieron hablando dos minutos, los dos lloraban y se despedían para siempre. Yo pude verle a él la cara cuando volvía al pabellón… Sí, en aquel lugar podía aprenderse a ser paciente.

Cuando empezaba a oscurecer, nos metían a todos en las cuadras, donde permanecíamos encerrados toda la noche. A mí siempre se me hacía duro transponer los umbrales de nuestra cuadra. Era ésta una sala larga, baja de techo y ahogada, turbiamente alumbrada por luces de sebo, que despedían un tufo pesado y sofocante. No comprendo ahora cómo he podido vivir allí diez años. En los petates ocupaba tres tablas; eso era todo. En esos petates dormían, en cada cuadra, treinta hombres. En invierno nos encerraban temprano; cuatro horas tardaban en enchiquerarnos a todos. Y, entre tanto…, voces, ruidos, risas, disputas, fragor de cadenas, rostros con cicatrices, ropas en jirones, insultos, con palabras ofensivas… Sí, hombres duros. El hombre es un ser que a todo se acostumbra, y ésta es, a mi juicio, la mejor de sus cualidades.

Nos albergamos por junto en el penal doscientos cincuenta hombres, cifra casi constante. Unos ingresaban, otros cumplían sus condenas y salían, estotros aún morían allí dentro. ¡Y qué clase de tipos eran, tan diversos! Pienso que cada gobierno, cada comarca de Rusia tenía allí a sus representantes. Había también extranjeros; había incluso algunos deportados de las montañas caucásicas. Toda aquella humanidad estaba dividida, según los grados de su delincuencia, y, por consiguiente, según el número de años que le habían impuesto de condena. Es de suponer que no habría delito alguno que no estuviera allí representado. La principal categoría de toda la población carcelaria la componían los deportados-presidiarios del orden civil (los *forzados*, como ingenuamente los llamaban los

mismos reclusos)[2]. Eran delincuentes totalmente privados de derechos civiles, radicalmente separados de la sociedad, con las caras señaladas, en testimonio eterno de su repudio les habían enviado a trabajos forzados por espacio de ocho o doce años, cumplidos los cuales los destinaban a algún lugar de la legión siberiana como colonos… Había también delincuentes del fuero de guerra, no privados de derechos civiles, como es general en las compañías de presos militares rusos. Estaban deportados por un breve espacio de tiempo, cumplido el cual, volvían a enviarlos a los puntos de procedencia como soldados de los batallones siberianos de línea. Muchos de ellos, casi inmediatamente volvían al penal con reincidencias graves; pero ya no por un período de tiempo breve, sino por veinte años. A esta categoría de presos la llamaban la *perpetua*. Pero estos *perpetuos* no estaban tampoco enteramente privados de derechos civiles. Finalmente, había aún otra categoría de delincuentes, sumamente extraños, en su mayoría militares, bastante numerosa. La llamaban la *sección especial*. De toda Rusia venían delincuentes a formarla. Ellos mismos se tenían por perpetuos, y no conocían el límite de su condena. Con arreglo a la ley, debían duplicar y triplicar el término de los trabajos. Realizaban en los presidios, antes del descubrimiento de Siberia, los trabajos forzados más duros. «Vosotros tenéis un límite; pero nosotros tenemos penal para rato», decían, hablando con los otros, a modo de conclusión. Supe luego que habían suprimido esta categoría. Además, suprimieron también en nuestro fuerte la categoría civil, pero establecieron una compañía general de presos militares. Ni que decir tiene que también allí se notaba la mano de la Administración. Pero estoy describiendo algo viejo, hace ya tiempo cambiado y pretérito…

Hace ya tiempo que todo eso fue; todo eso lo veo yo ahora como en sueños. Recuerdo todavía mi entrada en el penal. Era por la tarde, una tarde del mes de octubre. Ya estaba oscureciendo; la gente volvía del trabajo; se disponía a hacer el recuento. Un bigotudo suboficial me abrió, por fin, las puertas de esta extraña casa, en la que había de pasar tantos años y de experimentar tantas emociones, que, de no haberlas experimentado yo mismo, no podría tener ahora de ellas idea ni aproximada. Por ejemplo, nunca he podido comprender este hecho extraño y misterioso de que, durante, los diez años justos de mi encierro, nunca, ni una vez siquiera, ni por un minuto, me encontrase solo. En el trabajo, siempre iba en convoy; en la casa, siempre con mis dos compañeros, uno a cada lado, y ni una vez siquiera, ni una sola vez… solo. Aunque también a eso tuve que acostumbrarme.

Había allí criminales ocasionales y criminales de profesión; bandidos y capitanes de bandoleros. Había, sencillamente, ladrones de bolsas y vagabundos, *caballeros de industria* de toda índole, y los había también que lo dejaban a uno perplejo. ¿Por qué estarían en el penal?… Pero todos tenían su historia, turbia y densa cual vapor de bruma vespertina. Por lo general, hablaban poco de su pasado, no gustaban de evocarlo, y visiblemente se esforzaban por no pensar en él. Conocía yo a algunos de estos delincuentes, de tan alegre humor, hasta tal punto

---

[2]Confundían *ssilno* (deportado) con *silno* (forzado).

despreocupados, que habría podido apostarse a que nunca, a sabiendas, se les escapaba ningún reproche. Pero veíanse también caras sombrías, casi siempre silenciosas. Por lo general, rara vez contaba nadie su vida, ni estaba tampoco de moda, ni era costumbre, la curiosidad. Acaso alguna vez se pusiese alguno a hablar de su vida, de puro aburrido, y otro le escuchase fríamente y con gesto hosco. Nadie podía allí mover a admiración a nadie. «Nosotros sabemos leer y escribir», decían, a veces, con una rara vanidad. Recuerdo cómo, sin embargo, cierto bandido, borracho (en el presidio a veces se puede beber), se puso un día a contar cómo había estrangulado a un chico de quince años, cómo al principio le había ceñido el cuello; jugando y conduciéndolo a un lugar desierto, le había dado allí muerte. Toda la cuadra, que hasta entonces lo había tenido por su bufón, alzó el grito como un solo hombre, y el bandido se vio obligado a callar; y no movida de disgusto alzó la cuadra el grito, sino por que *no hacía falta hablar de aquello*, porque no era costumbre hablar de *aquello*. Haré constar que, efectivamente, aquellos hombres sabían leer y escribir, y no en sentido figurado, sino en el literal. En verdad, más de la mitad de ellos sabían leer y escribir. ¿En qué otro lugar, donde la gente rusa se reúna en grandes masas, podríais apartar un grupito de doscientos cincuenta hombres, la mitad de los cuales sepa leer y escribir? He oído decir después que no sé quién, fundándose en datos semejantes a éstos, hubo de decir que la instrucción pierde a los hombres. Eso es un error; existen otras causas muy distintas, aunque no se puede menos de convenir en que la instrucción fomenta en el pueblo el espíritu de suficiencia. Por eso abunda en todas partes.

Se distinguían todas las secciones en el traje; llevaban unas la capita corta, la mitad de color oscuro y la otra mitad amarilla, y lo mismo los pantalones; un pernil amarillo y el otro oscuro. Una vez, en el tajo, una chica, que vendía tortas a los presos, me estuvo mirando largo rato, y de pronto se echó a reír:

—¡Oh, qué notable! —exclamó—. ¡No tenían bastante paño amarillo, ni tampoco les alcanzaba el negro!

Había también presos que llevaban todo el capotillo de un solo color: amarillo; pero, en cambio, las mangas las llevaban negras. También la cabeza la llevaban afeitada de modo distinto: unos tenían rapada la mollera a lo largo; otros, de través.

A primera vista era fácil advertir ciertos rasgos comunes en toda aquella peregrina familia: la misma voz tajante, la misma estrafalaria distinción que se oponía involuntariamente y hacía que todos procurasen adoptar el tono general en la penitenciaría. En general, diré que toda aquella gente, salvo algunas excepciones, contadas, de individuos de una jovialidad inagotable, y que por ello se acarreaban el general desprecio de todo el penal…, era una gente arisca, envidiosa, quisquillosa, jactanciosa, irascible y en alto grado formalista. El don de no admirarse de nada era allí la mayor virtud. Todos estaban preocupados con el modo de conducirse en lo exterior. Pero no pocas veces el aspecto de mayor

arrogancia se transformaba, con la rapidez del relámpago, en el más humilde. Había allí algunos individuos de verdadera reciedumbre: eran sencillos y no gritaban. Pero, cosa rara: de aquellos individuos, fuertes, constantes, algunos eran quisquillosos en grado sumo, casi morboso. Generalmente, la arrogancia, el aspecto exterior, ocupaban el primer término. La mayoría estaba pervertida y se rebajaba de un modo extraño. Chismorreos y juicios temerarios eran continuos; era aquél el infierno, un verdadero trasunto del tártaro. Pero contra las leyes interiores y las costumbres vírgenes en el presidio nadie iba a sublevarse; todos las acataban. Había caracteres que se resistían a acatarlas; que las acataban a duras penas y con mucho trabajo; pero que al fin las acataban. Había en el penal quienes habían premeditado su delito y lo habían consumado con toda voluntad; pero los había también que cometieron el suyo cual si no estuvieran en su juicio, como sin saber ellos mismos por qué, como en estado de delirio, a lo niño. Parte por irritabilidad, delicada y sensible hasta lo inverosímil. Pero allí enseguida los contenían, no obstante haber sido algunos, hasta su ingreso en el presidio, el terror de campos y ciudades. Mirando en torno suyo, el novato no tardaba en notar que allí no podía imponerse, que allí a nadie admiraban; así que en seguida entraban en razón y se sometían al tono general. Este tono general consistía en cierta apariencia de especial y personal dignidad, común a casi todo vecino de la penitenciaría. Precisamente, después de todo el mismo nombre de presidiario constituía algo así como un cargo, y hasta honorable. ¡Ni rastro de vergüenza, ni arrepentimiento! Por lo demás, había también cierta serenidad exterior, oficial, por decirlo así; cierto razonamiento tranquilo. «¡Somos gente perdida!», decían. «Quien no supo vivir en libertad, apechugue ahora con esto». «Por no haber querido obedecer a nuestros padres, obedeceremos ahora al redoble del tambor». «Por no haber querido bordar en oro, partimos ahora piedras con el mazo». Todo esto lo decían, a veces, a modo de refranes y en son de proverbios y frases convenidas; pero nunca en serio. Todo eso eran, sencillamente, palabras. Dudo que uno solo siquiera de ellos sospechase en su interior de su delincuencia. Si se propasara alguien a dirigirle reproches a un preso, con motivo de su delito; a censurarlo (aunque, después de todo, no está en el alma rusa el acusar al delincuente)…, los insultos no tendrían fin. Insultan ellos de un modo perfecto, artístico. El insulto lo han elevado a la categoría de una ciencia: se esfuerzan por herir, no tanto con una palabra ofensiva como con un pensamiento ofensivo, con un espíritu, una idea vejatoria…: pero del modo más concluyente y cáustico. Continuas reyertas han ido refinando entre ellos esa ciencia. Toda esa gente trabajó antes a palos, luego era haragana, luego estaba pervertida; y si no lo estaba antes, al entrar en el presidio se maleó. Ninguno estaba allí por su voluntad; todos eran, el uno para el otro, extraños.

«Cuatro pares de *lapti*[3], por lo menos, gastó el diablo para acarrearnos aquí», decían.

Pero luego, chismorreos, enredos, cuentos de faldas, envidias,

[3] Especie de alpargatas hechas, por lo general, de corteza de abedul

malquerencias, ocupaban siempre el primer plano de esa vida infernal. Mujer alguna habría podido ser tan hembra como algunos de aquellos desalmados. Repito que había entre ellos caracteres enérgicos, acostumbrados en su vida a aguantarlo o soportarlo todo, templados, duros. A ésos, aun contra su voluntad, los respetaban; y ellos, por su parte, aunque a veces también muy celosos de su fama, ponían empeño en no serles gravosos a los demás, no se metían en reyertas inútiles, se conducían con dignidad inusitada, eran respetuosos y casi siempre obedecían a los jefes, no por espíritu de sumisión ni por considerarlo su deber, sino como en virtud de no sé qué contrato mutuo que a unos y otros reportase ventajas. Por lo demás, los trataban con circunspección. Recuerdo que una vez hubieron de imponerle un castigo, por no sé qué falta, a uno de esos reclusos, hombre enérgico y fuerte, conocido de los jefes por sus bestiales inclinaciones. Era un día de verano, en una hora de asueto. El mayor, el jefe más próximo e inmediato del penal, se constituyó en persona en el cuerpo de guardia, sito a nuestras mismas puertas, para presenciar la ejecución del castigo. Era aquel mayor un ser fatal para los presos. Los trataba de un modo que los hacía temblar. Era de una severidad rayana en la locura; *atropellaba a la gente*, como decían los presos. Lo que más les intimidaba a los reclusos era su penetrante e inquisitiva mirada, a la que nada podía sustraerse. Lo veía todo, como sin mirar. Al entrar en el presidio, ya sabía todo lo que estaban haciendo en el otro extremo del mismo. Los penados lo llamaban *Ocho Ojos*. Seguía un sistema falso. Sólo lograba empeorar a hombres ya maleados, con sus procedimientos vejatorios y malignos, y de no haber tenido sobre sí al comandante, hombre bueno y sensato, que suavizaba a veces sus salvajes disposiciones, habría provocado con su conducta graves catástrofes. No me explico cómo pudo acabar bien; se retiró del servicio, bueno y sano, aunque por lo demás, le formaron causa.

El referido recluso perdió el color en cuanto lo llamaron. Por lo general, se ofrecía en silencio y con decisión a los vergajazos; en silencio aguantaba el castigo, y luego se erguía como sacudiéndoselo, y tomando serena y filosóficamente el percance sufrido. Con él, dicho sea de pasada, usaban siempre mucha severidad. Pero aquella vez se consideraba con algún derecho. Se puso pálido, y, apartándose despacito del convoy, pudo coger y guardarse en la manga una afilada chaveta inglesa de zapatero. Cuchillas, así como todo instrumento cortante, estaban severamente prohibidas en el penal. Los registros eran frecuentes, inopinados y escrupulosos, y los castigos, terribles; pero es tan difícil descubrir a un ladrón cuando se propone esconder una cosa, que los cuchillos e instrumentos cortantes no faltaban nunca en el penal, a despecho de los registros, que no daban con ellos. Y si se los quitaban a los reclusos, no tardaban éstos en hacerse con otros. Todos los presos se salieron al patio, y con la mayor tranquilidad se pusieron a atisbar por entre las rejas de madera. Todos sabían que aquella vez Petrov no se prestaba de buen grado a la zurra, y que al mayor le había llegado su fin. Pero en el instante decisivo, el mayor montó en su coche y se fue, delegando en otro oficial el cuidado de hacer ejecutar el castigo.

—¡Dios mismo lo ha salvado! —exclamaron luego los reclusos.

Cuanto a Petrov, soportó pacientemente el castigo. La rabia se le había ido con la ausencia del mayor. El preso es dócil y sufrido hasta cierto límite; pero de ese límite no es prudente pasar. Efectivamente, nada puede haber más curioso que esos extraños arrebatos de impaciencia y hostilidad. Es lo corriente que el hombre aguante algunos años, se resigne, soporte los castigos más duros, y de pronto se revuelva airado por alguna futesa, por una nonada, casi sin motivo. Un extraño podría tenerlos por locos, y, con efecto, así hay quien lo hace.

Ya dije que en el transcurso de algunos años no tuve ocasión de advertir en estos hombres un pequeño indicio de arrepentimiento ni la menor pesadumbre de alma, y que la mayoría de ellos teníanse en su interior por perfectamente inocentes. Ése es el hecho. Sin duda que la vanidad, los malos ejemplos, los pocos años, la falsa vergüenza, son las principales razones que tal hecho explican. De otra parte, ¿quién puede decir que ha penetrado en lo profundo de esos corazones desgarrados y visto en ellos lo que tan recatado guardan de todo el mundo? Parece posible, en el decurso de observar algún detalle, sorprender, calar en esos corazones algún que otro rasgo que diese fe de una congoja anterior, de un sufrimiento. Pero no fue así, por lo que a mí respecta; decididamente, no fue así. Sí; el delito, a lo que parece, no puede definirse con arreglo a puntos de vista determinados y establecidos, y su filosofía es más difícil de lo que se piensa. Cierto que los presidios y el sistema de los trabajos forzados no mejoran a los delincuentes, a los cuales sólo castigan poniendo a la sociedad a recaudo de sus ulteriores tentativas de hacer daño, en atención a su propia tranquilidad. En el delincuente, el presidio y los mismos trabajos forzados no hacen sino fomentar el encono, la sed de placeres vedados y una terrible ligereza de espíritu. Pero yo estoy convencido de que con el famoso sistema celular sólo se obtienen fines falsos, mendaces, aparentes. Ese sistema le extrae al hombre el jugo vital, le enerva el alma, se la debilita, se la intimida, y luego nos presenta a una momia moralmente seca, a un medio loco, como la obra de la corrección y el arrepentimiento. Sin duda que el delincuente, al rebelarse contra la sociedad, la odia y casi siempre se considera a sí propio inocente y a ella culpable. Luego que sufrió el castigo que aquélla le impuso, se considera ya limpió, absuelto. Se puede juzgar, finalmente, desde ese punto de vista, que casi sería mejor absolver al delincuente. Pero, a despecho de todos los puntos de vista posibles, todos están de acuerdo en que hay delitos que siempre y en todas partes, dentro de todas las leyes posibles, desde el principio del mundo, se consideraron delitos indiscutibles, y por tales serán tenidos hasta tanto que el hombre deje de ser hombre. ¡Cuántas historias no escuché en el presidio de los casos más terribles y antinaturales, de los más crueles crímenes, relatadas con la sonrisa más inocente y más infantilmente jovial! Particularmente grabado en la memoria se me ha quedado el recuerdo de un parricida. Era de familia aristocrática; había servido y hecho luego con su padre, setentón, el papel de hijo pródigo. Observaba una conducta perfectamente licenciosa; estaba entrampado hasta los ojos. Su padre lo refrenaba, lo reprendía;

pero el padre tenía una casa, una alquería, se le suponía adinerado, y… su hijo lo mató, ansioso por heredarlo. El crimen tardó un mes en descubrirse. El mismo parricida fue a darle parte del suceso a la Policía, diciendo que su padre había desaparecido de su casa, sin que se conociera su paradero. Todo ese mes se condujo de la manera más desarreglada. Hasta que, finalmente, en su ausencia, fue la Policía y encontró el cadáver. En el corral, a lo largo de él, corría un canal para la conducción de la basura, cubierto con tablas. Pues en aquel canal yacía el cadáver. Estaba vestido y peinado; tenía la canosa cabeza, casi cercenada, unida al tronco, y debajo de la cabeza el parricida había puesto una almohada. No confesó; era noble, funcionario, y lo condenaron a veinte años de trabajos forzados. Todo el tiempo que viví con él se mantuvo en una disposición de ánimo excelente, jovialísimo. Era un individuo atolondrado, aturdido, insensato en grado sumo, aunque nada tonto. Yo jamás le noté ningún indicio de crueldad personal. Los reclusos lo tenían en menos: no por causa de su crimen, del cual no hacían mención siquiera, sino por su ligereza de cascos, por no saber conducirse. En sus conversaciones, solía a veces recordar a su padre. Una vez, hablando conmigo de la sana constitución, hereditaria en su familia, añadió:

—Ya ve usted, *mi padre*, hasta el último día de su vida no se quejó nunca de ninguna dolencia.

Tan brutal insensibilidad resulta naturalmente inverosímil. Se trata de un fenómeno, de alguna deficiencia ingénita, de una monstruosidad moral y física, aún ignorada de la ciencia, y no de un simple crimen. Como es lógico, yo no creía en ese crimen. Pero sus paisanos, que no tenían más remedio que conocer todos los detalles de su historia, me la refirieron íntegra. Los hechos eran tan evidentes, que no había más remedio que creer.

Los presos le oyeron gritar una noche, en sueños:

—«¡Sostenlo, sostenlo! ¡La cabeza; córtale la cabeza, la cabeza!…».

Los presos, casi todos, hablan por las noches y deliran. Insultos, palabras entrecortadas, cuchillos, hachas, es lo que con más frecuencia se les viene a la boca en sus delirios.

«Somos gente deshecha —decían—. Estamos muertos por dentro, y por eso gritamos por las noches».

Los trabajos forzados eran, no una ocupación, sino un deber. Los presos despachaban su tarea o cumplían las horas legales de trabajo y se volvían al penal. Al trabajo lo miraban con odio. A no ser por su ocupación personal, particular, a la que se entregaban con toda el alma y con todo su empeño, no habría hombre que hubiera podido vivir en el presidio. ¿Y cómo, si no, toda aquella gente, desarrollada, que había vivido intensamente y ansiaba vivir, congregada allí a la

fuerza para formar una pandilla, y a la fuerza separada de la sociedad y de la vida moral, habría podido vivir normal y rectamente por su propia voluntad e impulso? De la sola ociosidad se desarrollarían allí, en el hombre, cualidades delictuosas, de que hasta entonces no habría tenido idea. Sin el trabajo y sin cualidades legales y normales, no puede vivir el hombre: degenera, y se convierte en una fiera. Así que todos, en el presidio, siguiendo un impulso instintivo y obedeciendo a cierto sentimiento de propia conservación, tenían su ocupación y su oficio. Durante los largos días de estío, todo el tiempo se lo llevaban los trabajos forzados; en la brevedad de las noches apenas si quedaba tiempo para dormir. Pero en el invierno, con arreglo a las ordenanzas, los reclusos, no bien oscurecía, tenían que estar ya encerrados. ¿Qué hacer en las largas y tristes veladas invernales? Así que cada cuadra, pese a los cerrojos, se convertía en un taller inmenso. El trabajo particular, tener una ocupación, no estaba prohibido; pero sí lo estaba severamente el tener consigo en el penal herramientas, sin las cuales no había trabajo posible. Pero trabajaban a escondidas, y los jefes, en algunas ocasiones, hacían la vista gorda. Había presos que entraban en el penal sin saber nada; pero allí encontraban quien les enseñase, y luego, recobrada la libertad, salían hechos unos maestros en su oficio. Había allí zapateros, y sastres, y carpinteros, y cerrajeros, y orfebres, y plateros. Había un hebreo, Isai Bumschtein, joyero, y usurero también. Todos trabajaban, y ganaban copeicas. Los encargos de trabajo les venían de la ciudad. El dinero es libertad amonedada, y por eso, para el hombre totalmente privado de libertad, resulta diez veces más preciado. Con sólo sentírselo en el bolsillo, ya está medio consolado, aunque no lo pueda gastar. Pero el dinero siempre y dondequiera hay que gastarlo, tanto más cuanto que ya, fruta prohibida, es doblemente sabrosa. Pero en el penal había modo hasta de introducir aguardiente. El tabaco estaba severísimamente prohibido; pero todos fumaban. El dinero y el tabaco lo libraban a uno del escorbuto y de otras enfermedades. El trabajo, por su parte, lo salvaba del crimen; a no ser por el trabajo, los presos se habrían comido unos a otros como arañas en un bote. A pesar de lo cual, el dinero y el tabaco estaban prohibidos. De cuando en cuando, por las noches, practicaban inopinadas requisas, confiscaban todo lo vedado y… por muy escondido que tuviesen los reos el dinero, solían dar con él los pesquisadores. De ahí el que no ahorrasen los reclusos, sino que se diesen prisa a gastar; de ahí también el que se bebiera aguardiente en la penitenciaría. Después de cada requisa, al culpable, además de privarlo de todo cuanto poseía, le imponían, por lo general, un severo castigo. Pero, después de cada requisa, inmediatamente se colmaban los vacíos, inmediatamente se introducían nuevos objetos, y todo volvía a estar como antes. Y los jefes lo sabían, y los presos no murmuraban contra los castigos, no obstante parecerse aquella vida a la de los que habitan en las laderas del Vesubio.

El que no sabía ningún oficio, se las ingeniaba de otro modo. Había reclusos bastante originales. Algunos ideaban, por ejemplo, un trapicheo, y ofrecían a veces objetos tales, que a nadie, fuera de los muros del penal, podía ocurrírsele, no sólo comprarlos ni venderlos, sino ni siquiera considerarlos objetos. Pero el recluso era muy pobre y extraordinariamente ingenioso. El último pingo tenía allí su valor y

servía para algo. En razón de la pobreza, también el dinero tenía en el presidio un valor muy distinto del que posee en la libertad. Con grande y complicado esfuerzo podía vestirse uno por unos groschi. Aquéllos practicaban con éxito la usura. El preso que se encontraba en la penuria o en la miseria completa se llevaba su última prenda al usurero y recibía de éste algunos cobres, a un tanto por ciento feroz. Si luego no desempeñaba las prendas en el plazo debido, el usurero, despiadado e inexorable, las vendía; la usura llegaba hasta el extremo de admitir al empeño incluso objetos imprescindibles para todo recluso en todo instante. Pero en esos empeños solían producirse contratiempos, no enteramente inesperados: el individuo que había empeñado los efectos, luego de embolsarse los cuartos, iba a contarle lo ocurrido al suboficial, jefe inmediato del presidio, y aquél se apresuraba a quitarle al prestamista los objetos de reglamento empeñados sin más explicaciones y sin darle parte siquiera al jefe superior. Es curioso que en semejantes casos no surgieran discusiones; el prestamista, muy callado y serio, se apresuraba a devolver las prendas, cual si ya hubiera contado de antemano con el percance. Puede que en su interior pensase que, de haberse encontrado en el pellejo de su cliente, hubiera hecho otro tanto. Y aunque alguna vez que otra protestase, lo hacía sin encono, sólo por cubrir las formas.

En general, todos se robaban los unos a los otros de una manera horrible. Casi todos tenían su correspondiente cofre con cerradura y todo para guardar en él los objetos reglamentarios. Estaba permitido tenerlos; sólo que los tales cofres no servían de nada. Pienso que ya os figuraréis los rateros tan finos que allí habría. A mí, cierto recluso, que me profesaba sincero afecto (hablo sin exageración), me robó una vez una Biblia, que era el único libro permitido en el penal, y si aquel mismo día me lo confesó, no fue porque estuviera arrepentido, sino porque le dio lástima verme buscándolo con tanto afán. Había taberneros que traficaban con aguardiente, y subían como la espuma. De esta clase de tipos hablaré con algún detalle, pues es una gente bastante curiosa. En el penal había también quienes se dedicaban al contrabando, y por ello no es de admirar que, con ocasión de revistas y convoyes, introdujesen aguardientes en el presidio. Ahora bien: el contrabando, por su propia índole, es un delito enteramente especial. ¿Es posible, por ejemplo, imaginarse que el dinero, el lucro, sólo represente para el contrabandista algo secundario, algo que no ocupa el primer término? Pues así es, en realidad. El contrabandista trabaja por placer, por vocación. Es hasta cierto punto un poeta. Se expone a todos los peligros, se coloca en un trance de terrible inquietud, tiembla, se devana los sesos, sale como puede del apuro; a veces, hasta tiene inspiraciones. Esta afición es tan fuerte como el juego de cartas. Conocí en el presidio a un recluso, de una apariencia física gigantesca, pero tan ingenuo, apacible y mansurrón, que no podía uno figurarse por qué causa habría ido a parar a una penitenciaría. Tan pacífico era y tan comedido con todos, que en todo el tiempo que estuvo en el penal nunca riñó con nadie. Pero era de la frontera occidental; se había dedicado al contrabando, y, como es natural, no podía reprimirse y se dio traza de introducir allí aguardiente. ¡Cuántas veces no lo castigaron por ello, y cuánto miedo no les tenía a las baquetas! Y diz que el contrabando que allí ejercía

con el aguardiente le producía unas ganancias verdaderamente insignificantes. Con aquel mosto sólo se enriquecía el contrabandista. Aquel pobre chico amaba el arte por el arte. Era tan tímido como una hembra, y ¡cuántas veces, después de sufrir el castigo, juraba y perjuraba que no volvería a las andadas! Y haciendo un gran esfuerzo lograba cumplirse la palabra por espacio de un mes; pero a lo último, la tentación podía más… Gracias a esos individuos, no escaseaba el aguardiente en el presidio.

Había, en fin, también otra fuente de ingresos, que no enriquecía a los penados, pero que era de índole real y benéfica. Me refiero a los donativos. La clase alta de nuestra sociedad no tiene idea de cómo velan por los *desgraciados* los comerciantes, los artesanos y todo nuestro pueblo. Los donativos eran constantes, y casi siempre consistían en pan, té y bollitos, y muy rara vez en dinero. A no ser por aquellos donativos, muchas veces el preso, sobre todo si está pendiente de juicio y sometido, por tanto, a un régimen muy severo, lo pasaría bastante mal. Los donativos se distribuyen con religiosa equidad entre todos los presos, y cada uno de ellos recibe irremisiblemente su parte. Recuerdo que yo, la primera vez, recibí un donativo en metálico. Era a poco de haber ingresado en el presidio. Volvía del trabajo matinal, solo, separado del convoy. En dirección contraria venían una madre y una hija; esta última, una chica de diez años, linda como un angelito. Yo ya las había visto otra vez. La madre era viuda de un militar. A su marido, joven soldado, le formaron causa y murió en el hospital, en la cárcel, en ocasión de estar yo allí también enfermo. La mujer y la hija habían ido a despedirse de él; ambas estaban hechas un mar de lágrimas. Al verme, la chica se puso muy colorada, y le dijo, por lo bajo algo a la madre. Ésta en seguida se detuvo, buscó en su bolso un cuarto de copeica y se lo dio a la niña. Ésta echó a correr tras de mí.

—Ande, *desgraciado*; tome, por amor de Dios, este ochavico —gritó plantándose delante y poniéndome la monedita en la mano.

Yo cogí la moneda, y la niña se volvió al lado de su madre, muy ufana. Aquella monedita la llevé mucho tiempo conmigo.

Primeras impresiones (1)

El primer mes y, en general, los primeros tiempos de mi vida de presidiario, los conservo muy vivos en mi imaginación. Los siguientes años se han desvanecido mucho en mi memoria. Algunos casi se han borrado por completo y se han confundido entre sí, dejándome tan sólo una impresión total, pesada, monótona, sofocante.

Pero todo aquello que viví durante los primeros días de mi vida carcelaria perdura aún en mi imaginación cual si hubiera ocurrido ayer. Así debía ser, y así

es.

Recuerdo con toda claridad que a mi primer paso en esa vida hubo de sorprenderme el ver que no me sorprendía nada de aquello; que en esa vida no hallaba nada de particularmente notable, nada de extraordinario o, por mejor decir, de inesperado. Todo aquello parecía haberlo visto ya antes con la imaginación, cuando, camino de Siberia, me afanaba por adivinar mi porvenir. Pero pronto una sima de cosas sumamente insólitas, de hechos los más maravillosos, empezaron a hacerme detener a cada paso. Y hasta mucho después, hasta que no hube vivido bastante en el presidio, no pude darme cuenta cabal de todo lo que había de exclusivo, de inesperado en aquella existencia, y cada vez sentía mayor asombro. Confieso que esta admiración no me dejó durante todo el largo tiempo de mi condena; nunca pude ahuyentarla de mí…

Mi primera impresión, al entrar en el penal, no pudo ser más repulsiva; pero, no obstante —¡cosa extraña!—, me pareció que en el presidio se habría de vivir mucho mejor de lo que en el camino imaginara. Los presos, aunque con cadenas, iban y venían libremente por todo el penal, reñían unos con otros, entonaban canciones, trabajaban por su cuenta, fumaban cigarrillos y hasta bebían aguardiente, aunque unos pocos nada más; y por las noches algunos jugaban a las cartas. El trabajo mismo, por ejemplo, no se me antojaba nada penoso, ni *forzado*, y sólo al cabo de mucho tiempo vine a caer en la cuenta de que lo pesado y *forzado* de aquel trabajo no se cifraba tanto en su dificultad y continuidad como en ser *impuesto*, obligado, a golpes de vara. El campesino en libertad trabaja, incomparablemente más, a veces día y noche, sobre todo en verano; pero trabaja para sí; trabaja con una finalidad racional, y el trabajo le resulta mucho más ligero que al presidiario el suyo, forzoso y perfectamente inútil para él. A mí me sucedía a veces pensar que si me diera alguna vez por acabar del todo, por aniquilar a un hombre, por castigarlo con el más horrible castigo, un castigo que metiese miedo e hiciera temblar por anticipado al criminal más terne, no tendría que hacer otra cosa que darle a su trabajo el carácter de una inutilidad y carencia de sentido total y absoluta. Aunque el actual trabajo forzado esté exento de todo interés y aliciente para el preso, es con todo y de por sí, y como tal trabajo, razonable; el preso hace ladrillos, amontona tierra, forma mezcla, edifica; en todo este trabajo hay una idea y una finalidad. El trabajador forzado se aficiona a veces a su faena; aspira a hacerla con más destreza, más aprisa, mejor. Pero si lo obligarais a trasegar agua de esta tina a la otra y de ésta a aquélla; a apisonar arena, a trasladar montoncitos de tierra de este sitio al otro, y viceversa, pienso que el recluso se suicidaría al cabo de unos días o cometería mil desaguisados, para, aunque fuese a costa de su vida, verse libre de humillación, bochorno y burla semejantes. Desde luego que tal castigo sólo podría imaginarse con fines de tortura o venganza, y aun así sería absurdo, porque no se le ocurriría a ningún ser sensato. Pero aunque alguna partícula de ese tormento, de ese absurdo, de esa vejación y de ese bochorno haya irremisiblemente en todo trabajo forzado, el trabajo del preso resulta incomparablemente más penoso que el del hombre libre, precisamente por ser

forzado.

Por lo demás, yo ingresé en el presidio en invierno, en el mes de diciembre, y aún no podía tener idea del trabajo estival, diez veces más pesado. En invierno, en nuestro fuerte, solía escasear el trabajo reglamentario. Los presos iban al Irtich, a calafatear viejas barcas del Estado; trabajaban en los talleres, barrían de los edificios oficiales la nieve que sobre ellos lanzaban las ventoleras; asaban albatros, etcétera. En invierno, los días son cortos, el trabajo terminaba pronto y toda nuestra gente regresaba temprano al penal, donde apenas había nada que hacer, como no quisierais dedicaros a trabajos particulares. Pero al trabajo particular solamente se dedicaban tres presos, siendo los demás unos zánganos que se ponían a andulear sin objeto de una a otra cuadra, reñían y tramaban enredos entre sí, contaban historias y empinaban el codo como dispusieran de algún dinero; por las noches se jugaban a las cartas hasta la blusa que llevaban puesta, y todo ello por puro desasosiego, por pura gandulería, por puro no hacer nada. Andando el tiempo hube de pensar que, aparte la privación de la libertad, existe en la vida carcelaria una paradoja, quizá más fuerte que todas las demás. Y es la *forzosa general convivencia*. Esa general convivencia existe, sin duda alguna también en otros sitios, pero en penal se encuentran individuos de tal jaez, que no a todo el mundo puede gustarle el convivir con ellos, y convencido estoy de que todo preso siente esta burla que se le hace, aunque, naturalmente, en su mayoría se lo callan.

También la comida me parecía a mi suficientemente abundante. Los presos creían que no la había igual en los presidios de la Rusia europea. De éstos no me atrevo a juzgar, pues no los conozco. Algunos presos tenían, además, medios de procurarse una comida especial. La carne de vaca estaba allí a un grosch la libra, y en verano, a tres copeicas. Pero comida particular se la hacían traer únicamente aquellos reclusos que contaban con dinero fijo; los demás comían el rancho. Por lo demás, los presos, al ufanarse de su comida sólo hablaban del pan y ponderaban especialmente el hecho de que nos dieran panes enteros y no al peso, partidos a trozos. Esto último les infundía pavor; dándolo al peso, siempre alguno se quedaba con hambre, mientras que por cuadras, alcanzaba para todos. Era nuestro pan particularmente sabroso, y por ello tenía fama en toda la ciudad. Atribuían este éxito a la habilidad de los penados panaderos. También las sopas de coles eran exquisitas. Las hacían en una caldera común, sazonaban ligeramente la masa y, sobre todo, al día siguiente estaba fluida, clara. A mí me asustaba la enorme cantidad de cucarachas que se encontraba uno en ellas. Pero los presos no ponían la menor atención en tal detalle.

Los primeros tres días no salí a trabajar; así hacen siempre con todo recién venido: le permiten descansar del viaje. Pero al otro día me sacaron del presidio para ponerme los hierros. Eran mis cadenas informes, enormes y *de voz de bajo*, según decían los presos. Se llevaban por fuera. Las cadenas de forma, que se gastaban en el presidio, dispuestas para no entorpecer el trabajo, no se componían de eslabones, sino de cuatro varillas de hierro, del grosor aproximadamente de un

dedo, unidas entre sí por tres broches. Era menester llevarlas debajo de los calzones. Por medio de un eslabón se sujetaba una correa, que a su vez se sujetaba a la cintura por medio de otra que se prendía directamente de la blusa.

Recuerdo mi primera mañana en el presidio. En el cuerpo de guardia, a las puertas del penal el tambor repicó diana, y diez minutos después procedió el oficial de los centinelas a abrir las cuadras. Empezó la gente a despertarse. A la turbia luz de una vela de sebo iban levantándose los presos, tiritando de frío, en sus petates. En su mayoría, se mostraban taciturnos y malhumorados de sueño. Bostezaban, se desperezaban y fruncían sus estigmatizadas frentes. Algunos se persignaban, otros empezaban a armarles camorra a los otros. Hacía un calor horrible. El fresco aire invernal entraba por las puertas, no bien las abrían, y nubes de vapor se formaban en la cuadra. En un cubo con agua se lavaban los presos; por turno, cogían el cubo, sacaban de él una buchada de agua y, con la boca, se espurreaban las manos y la cara. El agua estaba dispuesta desde la tarde anterior por el *paraschnik*. En cada cuadra, por orden superior, había un recluso, elegido entre todos, para el servicio de la cuadra. Se le designaba con el nombre de *paraschnik*, y no salía al trabajo. Su ocupación se reducía a velar por la limpieza de la cuadra, lavar y asear los petates y los suelos, traer y llevar el bacín y acarrear dos cubos de agua fresca, por la mañana para lavarse y el resto del día para beber. Por el cubo, que era único, surgieron inmediatamente disputas.

—¿Adónde vas, cabeza de chorlito? —refunfuñó un preso de mala catadura y corpulento, enjuto y cetrino, con algo de extraña protuberancia en su rapada mollera, encarándose con otro, gordo y bajo, con una cara que rebosaba jovialidad y franqueza—. ¡Para!…

—¿Qué estás gritando? Por pararse aquí se paga dinero; detente tú, que eres un monumento de línea. Todo lo tienes en punta, hermanito.

Aquella salida produjo cierto efecto; algunos se rieron. Lo cual fue bastante a llenar de satisfacción al gordo, que, por lo visto, hacía en la cuadra algo así como el papel de bufón espontáneo. El preso alto lo miró con el mayor desprecio.

—¡Cerdo! —exclamó, como hablando consigo mismo—. ¡Cómo se ha cebado con el pan de munición! ¡Se le podían sacar una docena de jamones!

—¡Pues hay que ver tú qué pajarraco estás hecho! —exclamó, de pronto, el otro, poniéndose encarnado.

—¡Ya lo sé!

—Pero ¿qué clase de pájaro?

—Uno.

—Pero ¿cuál?

—Pues eso, uno.

—¡Pero di cuál!

Se comían con los ojos el uno al otro. El gordo aguardaba la contestación y apretaba los puños, cual si fuera a lanzarse a vías de hecho. Yo, a decir verdad, pensé que iban a acabar riñendo; para mí todo aquello era nuevo y lo contemplaba con curiosidad. Pero andando el tiempo pude convencerme de que tales escenas eran de todo punto inofensivas y se representaban, como en el teatro, para asombrar a la galería; casi nunca había riñas en el presidio. Todo aquello resultaba bastante característico y reflejaba la moral de la cárcel.

El preso alto se mantenía muy tranquilo y altanero. Sentía que lo estaban mirando y aguardando a ver qué hacía; si atinaba o no con una buena réplica; que era menester no ablandarse, demostrar que él, efectivamente, era un pájaro y concretar qué clase de pájaro. Con inexpresable desdén lanzó una mirada a su adversario, procurando, para que resultase más grave la ofensa, mirarlo por encima del hombro, de arriba abajo, como si mirase a algún escarabajo, y con lentitud y claridad pronunció:

—¡Una garza!…

¡O sea, que era una garza! Una estrepitosa carcajada premió la ocurrencia del preso.

—¡Tú eres un tunante, no una garza!… —replicó el gordo, comprendiendo que lo despreciaba en todos sentidos y su cólera rayaba en el colmo.

Pero en cuanto la cosa empezó a ponerse seria, se amansaron los brazos.

—¡Eh!, ¿qué es eso? —le gritaron todos los demás reclusos.

—¡Daos fuerte! —los azuzó uno desde un rincón…

—¡Sujetadlos para que no se peguen! —contestaron los otros—. Somos bravos, violentos; no les tenemos miedo a siete contra uno…

—¡Sí; los dos son buenos! El uno vino al presidio por una libra de pan, y el otro…, el muy tenorio, se bebió la leche agria de una mujer, y por eso probó el *knut*.

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Basta ya! —gritó el inválido, que estaba encargado de velar por el orden dentro de la cuadra, y por esa causa dormía en un rincón, en un

petate especial.

—¡Agua, hijitos! ¡Que ya se despertó Nevalid[4]Petróvich! ¡Nevalid Petróvich, hermanito!

—¡Hermanito!… ¿Por razón de qué soy yo hermano tuyo? ¡No nos hemos bebido un rublo juntos y vamos a ser hermanos! —refunfuñó el inválido, metiendo con dificultad el brazo por la manga de su capote…

Iba a procederse al recuento; empezaba a clarear; en la cocina se había apiñado un denso corro de individuos. Los presos se atropellaban, a medio vestir, y con sus gorros en dos pedazos, en busca del pan, que les iba repartiendo uno de los furrieles. Los furrieles los elegía la misma cuadra, dos para cada cocina. Eran también los encargados de guardar los cuchillos de cocina para cortar el pan y la carne, uno por cada cocina.

Por todos los rincones y alrededor de las mesas se distribuían los presos, con sus gorros y sus medios pellicos, ceñidos los cinturones, dispuestos ya para salir inmediatamente al trabajo. Algunos tenían delante cuencos de madera con *kvas*. En el *kvas* mojaban el pan y luego se lo engullían. El alboroto y el ruido eran insufribles; pero algunos, discreta y tranquilamente, conversaban por los rincones.

—¡Viejo Antónich, pan y sal, salud! —exclamó un preso joven inclinándose ante un recluso tristón y desdentado.

—Bueno; salud, si no es que bromeas —contestó aquél, sin bajar los ojos y pugnando por morder el pan con sus quijadas sin dientes.

—¡Mira, Antónich: yo pensaba que tú te habías muerto de veras!

—Pues no es así, porque primero te has de morir tú y luego yo…

Me senté junto a ellos. A mi diestra conversaban dos juiciosos reclusos, esforzándose por conservar su aire grave.

—A mí nunca me roban nada —decía uno—; yo mismo, hermanito, tengo que andar con cuidado para no robarles a los demás.

—Bueno; tampoco intentes tocarme a mí con la mano desnuda: ¡te quemaré!

—¿Por qué habías de quemarme? Eres verdaderamente un forzado; no nos queda más que el nombre… Pero ella te lo quita todo y ni siquiera te da las gracias. Mira, hermanito: también mis copeicas volaron. Hace poco estuvo ella… ¿Qué

[4] Deformación popular de *Invalid* (inválido).

hacerle? A lo primero pensé en requerir la ayuda de Fedka, el verdugo; éste tenía aún en el arrabal una casa que le compró a Solomonka, el judío piojoso, el mismo que luego se ahorcó.

—Lo sé. Tres años nos compró a nosotros aguardiente. Le llamaban *Grischka. La taberna a oscuras*, por mal nombre. Le conozco.

—Pues no lo conoces; ése es otro *Taberna a oscuras*.

—¡Cómo otro! ¡Tú te emperras siempre en ser el único que lo sabe todo! Pero yo puedo presentarte tantos testigos…

—¡Preséntamelos! ¿Quién eres tú y quién soy yo?

—¿Quién? Yo te he sentado ya a ti la mano; y tú todavía preguntas ¿quién?

—¡Que tú me has sentado a mí la mano! Quien a mí me toque el pelo de la ropa no ha nacido todavía, y si alguno se propasó a tanto está comiendo tierra.

—¡Que te lleve el cólera!

—¡Y que te coma a ti la peste siberiana!

—¡Que hable contigo un sable turco!…

Y se armó la trifulca.

—¡Vaya, vaya! ¡Queréis estaros quietos! —exclamaron en torno de ellos—. No supisteis vivir en libertad; gracias que aquí os dan un pan tierno…

Inmediatamente se aquietaron. Insultarse, *hacerse pupa* con la lengua, estaba permitido. Esto, en parte, constituía para todos una diversión. Pero a vías de hecho no llegaban nunca, y sólo, quizá, a título excepcional, surgían enemistades. De las riñas daban parte al mayor; instruían diligencias, acudía el mayor en persona… En una palabra: que a todos les acarreaban molestias; así que no consentían que hubiese riñas. Incluso los mismos enemigos se insultaban más bien por distraerse, por darle a la lengua. No pocas veces ellos mismos se engañaban, empezaban con un furor, un encono, que pensabas…: «Nada, van a comerse el uno al otro; lo que es ahora, se matan», pero luego de llegar al punto consabido, inmediatamente se soltaban. Todo esto a mí, al principio, me parecía muy raro. Con toda intención he transcrito aquí esas muestras de los diálogos más corrientes entre los presidiarios. No podía figurarme al principio que fuera posible insultarse por placer, encontrar en ello una distracción, un ejercicio grato, un deporte. Por lo demás, no debemos echar la vanidad en olvido. La dialéctica del insulto era objeto de estima. Al buen ofensor no le faltaban más que los aplausos, como a los actores.

Ya desde el día anterior había yo notado que me miraban de soslayo.

Recuerdo también algunas miradas sombrías. Por el contrario, otros presos andaban rondándome, como suponiendo que yo llevaría en mi poder algún dinero. Inmediatamente se desvivían por atenderme; me enseñaban a llevar los hierros flamantes; me ofrecían, claro, un cofrecito con llave para que guardase en él las prendas reglamentarias, que ya me habían entregado, y alguna ropa interior de mi propiedad que llevara al presidio. Pero al día siguiente me la robaron y se la bebieron. Uno de ellos llegó a ser después uno de mis más adictos, aunque no vacilaba en desvalijarme a las primeras de cambio. Lo hacía sin la menor perplejidad, casi inconscientemente, como por deber, y no era posible guardarle rencor.

Entre otras cosas, me advirtieron que era preciso que cada cual tuviera su té y que no estaría de más me procurase también una tetera propia; ellos me prestarían una por lo pronto, y me presentaron también a un furriel, diciéndome que por treinta copeicas al mes se encargaría de llevarme cuanto yo quisiera, si deseaba comer aparte y comprar por mi cuenta las vituallas… No hay que decir que me cogieron los dineros y todos ellos acudieron a mí aquel primer día, lo menos tres veces, en demanda de un préstamo.

Pero a los aristócratas en el presidio, generalmente, los miraban con malos ojos.

No obstante estar ya aquéllos privados de todos sus derechos civiles, y en un todo punto equiparados a los demás presos —éstos no los reconocían jamás como a sus camaradas—, no lo hacían así con ninguna intención deliberada de ofenderlos, sino de un modo totalmente ingenuo, inconsciente. Sinceramente nos consideraban aristócratas, no obstante complacerse ellos mismos en zaherirnos por nuestra caída.

—¡No; ahora basta; estate quieto! Los tiempos cambiaron; ayer Piotr cruzaba Moscú en triunfo; hoy Piotr tasca el freno muy mansito —y demás cosas igualmente amables.

Contemplaban, compadecidos, nuestro sufrimiento, que tratábamos de ocultarles. Particularmente, nos hacían ver al principio, en el trabajo, que no teníamos tantas fuerzas como ellos y que en modo alguno podíamos ayudarles. No hay nada más difícil que adquirir prestigio con la gente (sobre todo con gente como aquélla) y ganarse su afecto.

En el presidio había algunos reclusos procedentes de la aristocracia. En primer lugar, cinco polacos. De ellos hablaré en otra ocasión más especialmente. Los penados les tenían un odio feroz a los polacos, más que a los deportados rusos de sangre azul. Los polacos (me refiero únicamente a los delincuentes políticos)

eran con ellos de una cortesía refinada, de una delicadeza ofensiva, llena de despego, y jamás se atenían a disimular bien con los penados su diferencia de clase, lo que aquéllos comprendían claramente, pagándoles en la misma moneda.

Yo necesité cerca de dos años para vencer el desvío de algunos reclusos. Pero en su mayoría acabaron todos por cobrarme afecto y reconocer que yo era un *buen* hombre.

Aristócratas rusos, sin contarme a mí, había cuatro. Uno —un ser bajo y ruin, sumamente depravado, espía y soplón de oficio—. Me pusieron en guardia contra él desde mi ingreso en el presidio, y ya a los pocos días corté con él toda clase de relaciones. Otro, aquel parricida del que ya hablé a su tiempo. El tercero era Akim Akímich; difícilmente creo haber conocido nunca un individuo tan raro como el tal Akim Akímich. Su recuerdo se me ha quedado grabado fuertemente en la memoria. Era un tipo alto, enjuto, de pocos alcances, terriblemente analfabeto y tan cominero y ordenancista como un alemán. Los penados lo tomaban a risa; pero algunos rehuían su trato a causa de su carácter quisquilloso, discutidor y cominero. A cada paso estaba buscándoles camorra, insultándose y riñendo con ellos. Su sentimiento del honor era fenomenal. En cuanto observaba alguna irregularidad, ya estaba saliendo a la palestra, se tratare de lo que se tratare. Ingenuo hasta el colmo; por ejemplo, regañaba a los presos y les sermoneaba, afeándoles el ser ladrones, y muy en serio les aconsejaba no robar. Había servido en el Cáucaso con el grado de alférez. Hicimos amistad desde el primer día, y él me refirió todo el lance. Empezó su servicio en el Cáucaso con los *yunkers*, en un regimiento de Infantería, y tuvo que aguardar largo tiempo hasta que, por fin, lo hicieron oficial y lo destinaron a no sé qué fuerte en calidad de jefe. Cierto principito vecino, amigo de Rusia, hubo de prenderle fuego a su fortaleza, contra la que intentó, además, un ataque nocturno, el cual no tuvo éxito. Akim Akímich disimuló, y no dio a entender que supiese quién era el autor de la fechoría. Achacaron el suceso a los enemigos, y, pasado un mes, Akim Akímich invitó al principito a una fiesta. Inmediatamente acudió aquél, sin recelar en modo alguno. Akim Akímich mandó formar a su destacamento, y delante de las tropas echó en cara al principito su proceder, diciéndole que era una vergüenza que hubiese querido prenderle fuego a su fortín. Luego pasó a explicarle, con toda suerte de pormenores, el modo como debía conducirse un príncipe amigo de Rusia, y, por último, lo mandó fusilar, de lo que en seguida envió al mando el correspondiente parte con toda suerte de pormenores. Por todo eso le formaron Consejo de guerra y lo condenaron a muerte, aunque luego suavizaron la sentencia y lo mandaron a Siberia a trabajos forzados de segundo grado, en las fortalezas, por doce años. Confesaba él mismo que se había conducido arbitrariamente, y me declaró que, antes de mandar fusilar al principillo, ya sabía que a un jefe amigo había que juzgarlo con arreglo a las leyes, pero que, a pesar de saberlo, nunca acabaría de comprender su falta.

—¡Porque fíjese usted!… ¡Él me había querido incendiar el fuerte!… ¿Y qué iba yo a hacer: darle las gracias encima? —me decía respondiendo a mis

observaciones.

Pero, a pesar de burlarse los presos de Akim Akímich por sus pocas luces, lo respetaban, sin embargo, por su escrupulosidad y su destreza.

No había oficio que Akim Akímich ignorase. Era carpintero, zapatero, pintor de brocha gorda, platero, cerrajero, y todo eso lo había aprendido en el presidio. Era un autodidacta; veía una cosa, y en seguida la hacía. Construía también cajitas, cestitas, farolillos y juguetes infantiles, que vendía en la ciudad. De esta suerte, siempre tenía dinero, que en seguida empleaba en ropa interior fina; en cosméticos y en colchones plegables. Se alojaba en la misma cuadra que yo, y me prestó no pocos servicios en los primeros días de mi vida de forzado.

Al salir del presidio con destino al trabajo, formaban los presos ante el cuerpo de guardia, en dos filas; por delante y por detrás de los reclusos se alineaban los soldados del convoy, con los fusiles cargados. Estaban presentes un oficial de Ingenieros, el conductor y algunos ingenieros de condición subalterna, destinados a presenciar los trabajos. El conductor distribuía los presos y los iba enviando a los tajos donde hacían falta.

Juntamente con otros, me destinaron al taller de ingeniería. Consistía éste en un edificio de piedra, bajito, emplazado en el patio grande, atestado de materiales diversos. Había allí herrería, carpintería, taller de pintura, etcétera, etcétera. Allí trabajaba Akim Akímich: pintaba, cocía los óleos, mezclaba los colores y construía mesas y demás muebles de nogal.

En tanto me ponían los grilletes, me entretuve conversando con Akim Akímich acerca de mis primeras impresiones en el presidio.

—Sí; a los aristócratas no los quieren —observó él—, en particular a los presos políticos; de buena gana se los comerían, y no les falta razón. En primer lugar, ustedes son otra gente distinta de ellos, y, además, que ellos fueron antes o propietarios modestos o militares. Considere usted si es posible que los miren con simpatía. Aquí, créame usted, es difícil la vida. Y en las compañías de presos rusos, más difícil aún. Aquí tenemos muchos de allá que no saben ponderar bastante nuestro presidio, cual si hubiesen pasado del infierno a la gloria. El trabajo no es ninguna desgracia. Dicen que allí en el primer grado, el mando no se conduce de un modo enteramente marcial; por lo menos, actúa de otra manera que aquí. Allí, según dicen, pueden los deportados vivir en sus casas. Yo no he estado allí; hablo por referencia. No los rapan, no visten uniforme, aunque, después de todo, no está mal eso de que los de aquí vayamos uniformados y rapados; así resulta todo más ordenado y más grato a la vista. Sólo que a ellos no les hace gracia. ¡Pero fíjese usted qué revoltillo! Uno, de los cantones; otro, cherqués; el tercero, *raskólnik*; el cuarto, un campesino ortodoxo, que dejó su familia, a sus hijos queridos, en el terruño; el quinto, judío; el sexto, gitano; el séptimo, no se sabe qué, y todos ellos

vienen obligados a vivir juntos, a marchar de acuerdo, sea como fuere, los unos con los otros; a comer en el mismo plato, a dormir en los mismos petates. ¡Y qué libertad! Los buenos bocados sólo pueden comerse a escondidas; los cuartos tiene uno que guardárselos en las botas, y, al fin y al cabo, siempre resulta que el presidio es el presidio… Quieras que no, la locura se te sube a la cabeza.

Pero eso ya lo sabía yo. Yo tenía unas ganas especiales de interrogarle acerca de nuestro mayor. Akim Akímich no era hombre de andar con secretos, y recuerdo que la impresión que saqué de lo que me contó no fue muy buena.

Pero estaba condenado a pasar todavía dos años bajo su dominio. Todo lo que de él me refirió Akim Akímich se acreditó luego de verídico, con la diferencia de que la impresión directa es siempre más fuerte que la que se recibe a través de un simple relato. Extraño era aquel hombre, aunque más extraño aún era el que hombre semejante tuviera un poder casi ilimitado sobre doscientas almas. Era, por su naturaleza, un hombre duro y malo, nada más. A los presos los miraba como a sus naturales enemigos, y en esto consistía su primero y principal defecto. Poseía, sin duda, algunas aptitudes; pero todo, incluso lo bueno, presentaba en él un aspecto truncado. Rencoroso, malo, solía penetrar en el presidio por las noches, y si por casualidad veía a algún preso durmiendo sobre el lado izquierdo o boca abajo, al otro día, por la mañana, lo llamaba para decirle: «Oye, tú: a ver si duermes sobre el costado derecho, como tengo mandado». En el presidio todos le tenían antipatía, y le temían como a la peste. Tenía una cara coloradota y enfurruñada. Todos sabían que era enteramente un juguete en las manos de su asistente, Fedka. Pero a quien él quería más era a su perrito *Tresorka*, y poco le faltó para morirse una vez que su *Tresorka* estuvo enfermo. Decían que lloraba en aquella ocasión como por un hijo; llamó a un veterinario, con el cual, siguiendo su costumbre, por poco si viene a las manos; y habiendo sabido por Fedka que en el penal había un preso autodidacta que hacía curas extraordinarias, en seguida mandó a llamarlo.

—¡Sálvamelo!… ¡Te llenaré de oro como me salves a mi *Tresorka*! —le gritó al preso.

Era éste un siberiano, listo, hábil, efectivamente muy impuesto en veterinaria, pero todo un rústico.

—Yo miré a *Tresorka* —les dijo luego a los otros reclusos, aunque pasado bastante tiempo de su visita al mayor, cuando ya todo aquello se había olvidado—. Lo miro; está tendido el chucho en el diván, sobre un almohadón blanco, y veo que lo que tiene es una inflamación, que hay que hacerle una sangría para salvarlo. Y voy y pienso entre mí: «¡Vaya, y qué pasará si no lo curo, si lo dejo que reviente!». Nada; voy y le digo: «Excelencia, tarde me mandasteis llamar; todavía ayer o anteayer, no digo; pero lo que es hoy, ya no es posible…».

Y así fue como murió *Tresorka*.

A mí me contaron con toda suerte de detalles cómo una vez quisieron matar a nuestro mayor. Había en el penal cierto preso. Llevaba ya entre nosotros varios años, y se distinguía de todos nosotros por su ingenuo modo de conducirse. Hacían notar también que jamás hablaba con nadie. Lo tenían por algo tocado. Sabía leer y escribir, y todo el año anterior se lo había pasado leyendo constantemente la Biblia, leyéndola día y noche. Cuando todos estaban durmiendo, a medianoche, se levantaba él, encendía un cirio de iglesia, se encaramaba a la estufa, sacaba el libro allí escondido y se ponía a leer hasta que amanecía. Un día fue y le manifestó al suboficial que no quería ir al trabajo. Avisaron al mayor, el cual se puso hecho una furia, y acudió inmediatamente al galope. El preso le arrojó un ladrillo que a prevención llevaba; pero erró el golpe. Lo cogieron, le formaron causa y lo castigaron. Todo lo hicieron a la carrera. A los tres días fallecía el pobre en la enfermería. Al morir dijo que no había hecho aquello por odio a nadie, sino que únicamente quería sufrir. Desde luego que no pertenecía a ninguna secta. En el penal lo recordaban con respeto.

Por fin, me pusieron los hierros. Entre tanto, se habían ido presentando en el taller varias vendedoras de bollitos. Algunas eran enteramente unas chiquillas. Hasta que se hacían mujeres venían con sus bollitos; las madres los cocían, y los vendían ellas. Ya mujeres, seguían entrando, pero sin bollitos; tal era la costumbre. Las había también que no eran tan chiquillas. Los bollitos costaban un grosch cada uno, y casi todos los presos los compraban.

Observé a un recluso, carpintero, ya con el pelo canoso, pero mujeriego, que, sonriendo, no les quitaba ojo a las vendedoras. Poco antes de llegar ellas se puso al cuello un pañolito rojo. Una chica gordiflona y toda llena de pecas de viruela se le sentó en su banco, y entre ellos se entabló el siguiente palique:

—¿Por qué no fuisteis ayer? —le preguntó el preso con fatua sonrisa.

—¡Cómo! ¡Yo fui, sino quién los llamó a ustedes Mitka[5]! —respondió la chica con desparpajo.

—Eso es: nos requirieron; si no, hubiéramos estado allí sin falta… Pero anteayer acudisteis allí todas.

—Diga quiénes.

—Pues estuvo Máriaschka, estuvo Jávroschka, estuvo Chekunda, estuvo Dvugrosahévaya[6]….

—¿Qué quiere decir eso? —le pregunté yo a Akim Akímich—. ¿Es posible?

---

[5] Diminutivo de Dmitrii

[6] La *Dos grosches*.

—Sí, lo es —me respondió, bajando los ojos, pues era hombre muy austero.

Aquello, sin duda alguna, era posible, pero sólo alguna que otra vez y con grandes dificultades. Por lo general, había más aficionados a la bebida que a eso otro, no obstante lo pesado de la vida forzada. Hasta la mujer, era muy difícil llegar. Era preciso elegir hora, sitio, ponerse de acuerdo con ellas, concertar una cita, buscar la soledad, lo que era particularmente difícil; hurtar el cuerpo al convoy, lo que era más difícil aún y, desde luego, gastar sus buenos dineros, relativamente hablando. Pero, a pesar de todo, yo tuve ocasión después de ser testigo algunas veces de escenas de amor. Recuerdo que una vez, en verano, estábamos destacados en cierto cobertizo a orillas del Irtich, donde nos ocupábamos en encender un horno; los centinelas eran buenos. Finalmente, se presentaron dos *souffleuses*, como las llaman los reclusos.

—¡Hola! ¿Por dónde habéis andado? ¿Quizá con los Svérkoves?… —les preguntó uno de los presos, al cual se habían acercado, y que hacía largo rato ya las aguardaba.

—¿Quién? ¿Yo? Más tiempo se detiene la urraca en el árbol que yo con ellos —respondió con desparpajo la hembrezuela.

Era la tía más horrorosa del mundo. La acompañaba la *Dos grosches*. La cual era también de una fealdad superior a toda hipérbole.

—Tiempo hace que no os veía —continuó el galán, dirigiéndose a la *Dos grosches*—. ¿Cómo es que te has puesto tan flaca?

—Vaya usted a saber. Yo, antes, estaba muy gorda, y ahora, en cambio…, como si me hubiera tragado una aguja.

—¿No habéis andado con los soldados?

—¡Quia! ¡Eso se lo habrá dicho a usted alguna mala lengua!; aunque, después de todo, ¿qué? ¡Aunque nos quedemos sin camisa, los soldados nos tiran!

—Pues dejadlos a ellos y veníos con nosotros; nosotros tenemos cuartos…

Para completar el cuadro, imaginaos a aquel tenorio con la cabeza afeitada, con los grilletes y el traje listado, y bajo la guardia de centinelas.

Yo le pregunté a Akim Akímich, y él me dijo que podía volverme con la escolta al presidio, lo cual hice. Ya iba regresando la gente. Los primeros en volver eran los que trabajaban a destajo. El único medio de obligar a los presos a que trabajaran de firme era… señalarles tarea. A veces les señalaban unas tareas enormes; pero, no obstante, las terminaban el doble de pronto que cuando los

hacían trabajar toda la jornada, hasta el toque del tambor que anunciaba la hora del rancho. Tan pronto como daban remate a su tarea, se volvían los penados inmediatamente al presidio, y ya nadie los molestaba.

Comían, no todos juntos, sino a la ventura, según quienes llegaban primero; en la cocina no había tampoco sitio bastante para todos a la vez. Yo probé las sopas de coles; pero, por falta de costumbre, no pude comerlas, y me hice un poco de té. Tomé asiento en el pico de la mesa. Junto a mí tenía un compañero que, lo mismo que yo, era de familia noble.

Los presos entraban y salían. Había, por lo demás, sitio de sobra; aún no se habían reunido todos. Una partida de cinco hombres formaba grupo aparte en la amplia mesa. El furriel les dio a cada dos de ellos una fuente de sopa de coles y dejó encima de la mesa una fuente con pescado frito. Estaban de fiesta, y comían por dos. Nos miraban a los demás de reojo. Entró un polaco y se sentó junto a mí.

—¡No estaba en casa, lo sé todo! —exclamó en voz recia un preso alto, entrando en la cocina y pasando revista con la mirada a todos los presentes.

Tendría cincuenta años, y era musculoso y enjuto. Tenía en la cara algo de siniestro, al par que de cómico. Lo que más llamaba en él la atención era su labio inferior, grueso y prominente, lo que daba a su cara una expresión sumamente bufa.

—¡Salud, que buen provecho os haga! Pero ¿por qué ni siquiera saludáis? —añadió, sentándose junto a los que comían—. ¡Pan y sal! Recibid bien al huésped.

—¡Nosotros, hermanito, no somos de Kurs!

—¡Ah! ¡Quizá de Tambovsk!

—Tampoco de Tambovsk. Con nosotros, hermanito, no vas a sacar nada. Dirígete a algún ricacho y pídele.

—En mi panza, hermanitos, hoy, Iván Taskún y Maria Ikótischna[7]; pero ¿dónde está, dónde vive ese ricacho?

—Ahí tienes a Gazin, que es hombre adinerado; a él puedes dirigirte.

—Se quedó hoy Gazin, hermanitos, sin un cuarto; se emborrachó; todo se le fue en beber.

—Veinte rublos tiene… —observó otro—. Por lo visto, no es ningún mal

---

[7] Juan Carrera y María Hipo, alegoría de argot, para designar el hambre.

negocio el de tasquero.

—Pero qué, ¿no admitís convidados? Bueno; si es así, comeremos por cuenta de la casa.

—Anda y pide té. Mira: los señores lo están tomando.

—Aquí no hay señores; aquí todos son ahora lo mismo que yo —exclamó con mal genio un recluso que estaba sentado en un rincón. Hasta aquel instante no había hablado palabra.

—¡De buena gana me tomaría un té; pero me da vergüenza pedirlo; tenemos nuestro puntillo! —observó el preso del labio gordo, mirándonos con bonachona expresión.

—Si usted quiere, yo se lo ofrezco —dije, invitándole— con muchísimo gusto…

—¿Con muchísimo gusto? ¡Pues entonces cómo no había de aceptarlo! —se acercó a la mesa.

—Miren: en casa sólo comía sopa de coles, y aquí he probado el té por vez primera. ¡Poco que se me antojaba la bebida de los señores! —exclamó el preso de mal genio.

—Pero ¿es que aquí no hay quien beba té? —le pregunté yo; pero él no se dignó contestarme.

—Miren: ahí vienen con los bollos. ¡Ande, y deme también uno!

Entraron con los bollos. Un preso joven portaba todo un mazo de bollitos y los ofrecía a la venta entre los reclusos. Las vendedoras le cedían diez bollos, y a partir de éstos empezaban a contar.

—*Kalachi, kalachi!* —gritaba al entrar en la cocina—. ¡De Moscú, calentitos! Yo me los comería si no costasen dinero. ¡Vamos, hijos, que sólo me queda ya el último bollito! ¡Quién tuvo madre!

Esta invocación al amor maternal los conmovió a todos, y algunos le compraron bollitos.

—Pero… ¿no sabéis…? —añadió—. ¡Gazin hoy ha incurrido en pecado! ¡Por Dios! ¡Pues no se le ha ocurrido salir! ¡Con tal que no lo descubra nuestro *Ocho ojos*!

—Lo esconderán. Pero qué, ¿se puso hecho una cuba?

—Furioso es lo que está.

—Bueno; pues se encontrará con los puños…

—¿De quién hablan? —le pregunté al polaco que estaba sentado junto a mí.

—De Gazin, el preso. Se vuelve loco por el vino. En cuanto coge algún dinerillo, ya se lo está bebiendo. Es feroz y malo cuando bebe; fuera de esto, es el hombre más tranquilo del mundo, pero en cuanto bebe se dispara y acomete a la gente con el cuchillo empalmado. Sólo que aquí saben apaciguarlo.

—¿Cómo lo apaciguan?

—Pues se echan sobre él diez reclusos a la vez y se ponen a zurrarle con todas sus ganas, hasta que él no siente nada; es decir, que lo dejan medio muerto. Entonces lo llevan al petate y le echan encima un pellico.

—¡Pero un día van a matarlo!

—A otro lo matarían; a él, no. Es de una fortaleza terrible, más recio que todos los que estamos en el penal, y de una constitución robustísima. A la mañana siguiente se levanta como si tal cosa.

—Dígame, haga el favor —continué preguntándole al polaco—: ahora ellos están ingiriendo su comida, en tanto yo bebo té. Y todos me miran, como si me envidiasen mi té. Dígame: ¿qué significa eso?

—No es por el té —me contestó el polaco—. Lo miran con malos ojos por ser usted noble, como yo, y no parecernos a ellos. Más de uno quisiera armarnos camorra. Tienen siempre muchas ganas de ofendernos, de vejarnos. Usted todavía se asombra mucho de esta hostilidad. Aquí nos tienen un odio feroz a todos, cosa horrible. Lo más horrible en todos sentidos. Se necesita mucha ecuanimidad para acostumbrarse a esto. Usted tropezará más de una vez con esa hostilidad y aversión por el té y por la comida especial, no obstante haber aquí muchos que con gran frecuencia comen de lo suyo, y beben algunos constantemente té. Ellos pueden hacerlo, pero usted de ninguna manera.

Al decir esto, se levantó y se fue de la mesa.

No habían pasado algunos minutos, cuando se vieron confirmadas sus palabras.

Primeras impresiones (2)

No había hecho más que salir Matskii (el polaco con el que acababa de hablar), cuando Gazin, completamente borracho, irrumpió en la cocina.

Un preso borracho, a plena luz, en pleno día, cuando todos venían obligados a estar trabajando, tan cerca del mando del presidio que a cada instante podía presentarse allí, a dos dedos del suboficial encargado de la custodia de los presos, y que no se apartaba del edificio; tan a la vista de los centinelas, de los inválidos; en una palabra: de todos aquellos guardianes del penal, venía a desconcertar por completo todas las ideas que yo me había formado de la vida de los reclusos. Y mucho tiempo tuve que llevar viviendo en el presidio para poder explicarme todos esos hechos, que eran para mí otros tantos enigmas, durante los primeros días de mi cautiverio.

Ya dije que los presos tenían siempre su trabajo particular, y que ese trabajo era una exigencia natural de la vida presidiaria; que, aparte esta necesidad, el preso ama extraordinariamente el dinero y lo pone por encima de todo, casi al mismo nivel que la libertad, sintiéndose consolado cuando se lo oye sonar en el bolsillo. Por el contrario, se muestra apocado, tristón, inquieto y pierde los ánimos en cuanto se le acaba, siendo entonces capaz de robar lo que sea con tal de procurárselo. Pero, no obstante resultar en el penal tan precioso, el dinero, no contribuía a veces a la felicidad de quienes lo poseían. En primer lugar, les era muy difícil guardarlo, de modo que no se lo robaran ni se lo decomisasen. Como el mayor lograse dar con él, en alguna de sus inopinadas requisas, inmediatamente se lo confiscaba. Puede que lo emplease en mejorar el rancho de los presos; pero, por lo pronto, cargaba con él. Pero lo más frecuente era que se lo robasen; no había modo de ponerlo a buen recaudo. Más adelante descubrieron los reclusos el medio de guardar el dinero con absoluta confianza. Se lo entregaban en depósito a un viejo, *antiguo creyente*, que había ido a parar allí como adepto a la secta de cismáticos que formaban los campesinos de Starodúbovo… Pero no puedo menos de decir acerca de él algunas palabras, aunque me aparte de mi asunto.

Era un viejecito de sesenta años, pequeñito, canoso. Me hizo profunda impresión la primera vez que lo vi. Era enteramente distinto a los demás reclusos: algo de plácido y sereno se traslucía en su mirada, hasta tal punto, que recuerdo cuánto me complacía en mirarle a sus claros y radiantes ojos, circundados de menudas y finas arrugas. Con frecuencia conversábamos, y apenas si he encontrado en toda mi vida criatura tan buena y simpática. Le habían deportado por un delito de suma gravedad. Entre los aldeanos de Starodúbovo, adictos a la antigua fe, empezaron a operarse conversiones. El Gobierno protegía a los conversos, y empezó a poner en juego todos sus recursos para que se convirtiesen también los demás disidentes. Nuestro viejo, en unión de otros fanáticos, decidió

dar público testimonio de su fe, como él decía. Empezaron los otros a levantar una iglesia nueva, y ellos fueron y la incendiaron. Como uno de los inductores, enviaron a nuestro viejo a trabajos forzados. Era un comerciante rico, y tenía mujer e hijos; pero, sin desmayar, aceptó su suerte, por estimar, en su ceguera, aquello como un *martiriopor su fe*. Habiendo convivido con él algún tiempo, involuntariamente se hacía uno esta pregunta: «¿Cómo es posible que este hombre, tan apacible, ingenuo como un niño, haya sido un revolucionario?». Algunas veces yo le hablaba *de la fe…* No había quien lo apease de sus convicciones; pero nunca dejaba traslucir malignidad alguna ni ningún encono en sus palabras. Y, sin embargo, había quemado iglesias, y no lo negaba. A la cuenta, según sus ideas, su conducta y el *martirio* que le había acarreado debía de considerarlos una suerte. Pero jamás le noté ni le oí nada que pudiera ser indicio de vanagloria o de jactancia. Había allí otros adictos a la antigua fe, en gran parte siberianos. Eran gentes quisquillosas, hombres pendencieros, sumamente irritables y pedantuelos, y en lo suyo, fuertes dialécticos; individuos altaneros, presuntuosos camorristas e impacientes hasta lo increíble. Enteramente distinto era nuestro viejo. Más leído quizá que todos ellos, evitaba las discusiones. Tenía un genio la mar de sociable. Estaba siempre contento, y solía reírse no con esa risita sombría, cínica, con que se reían los presidiarios, sino con una risa clara, plácida, con una risa que rebosaba candor de alma infantil, y que tan bien le iba a sus canas. Puede que esté yo equivocado; pero creo que, por la manera de reírse, se puede conocer a los hombres, y que cuando sorprendemos una risa afectuosa en labios de alguien que no conocemos, podemos asegurar que se trata de una buena persona. En todo el penal encontraba el viejo general consideración, de lo que no se envanecía. Los presos lo llamaban abuelo, y jamás se metían con él. Pero, a despecho de la visible entereza con que sobrellevaba sus trabajos forzados, escondía en su alma un pesar profundo, inconsolable, que se esforzaba por disimular. Yo vivía en la misma cuadra que él. Una vez, a eso de las tres de la madrugada, hube de despertarme, y sentí un llanto quedo y reprimido. El anciano estaba sentado en la estufa (aquella misma estufa en la cual, antes que él, por las noches, se ponía a rezar aquel otro recluso que leía la Biblia y quiso matar al mayor), y estaba rezando en su libro manuscrito. Lloraba, y yo pude oír cómo, de cuando en cuando, decía: «¡Señor, no me abandones! ¡Señor, dame fuerzas! ¡Mis hijitos, chiquititos y buenos, nunca más me verán!». No podía expresar la pena que me dio. Bueno; pues a aquel viejecito, poco a poco, fueron todos los presos confiándole su dinero para que se lo guardase. En el presidio, casi todos eran rateros; pero, de pronto, todos, no sé por qué, adquirieron la convicción de que aquel viejo no podía robarles. Sabían que él también ocultaba en algún sitio las cantidades que le enviaban de casa; pero en un lugar tan seguro, que no era posible descubrirlas. Más adelante, a mí y a algunos de los polacos nos reveló su escondrijo. En una de las estacas de nuestra cerca había brotado una agalla que, al parecer, se había hincado firme en el tronco. Pero él levantó la agalla, y quedó al descubierto un gran hoyo. Allí era donde el abuelo ocultaba su dinero, volviendo a colocar luego en su sitio la agalla, de modo que nadie nunca pudiera sospechar lo más mínimo.

Pero me he apartado de mi relato. Habíamos quedado en esto: en la razón de que no les durase mucho a los presos el dinero en el bolsillo. Pero, además de lo difícil de guardarlo, había en el presidio otras causas de sobresalto; el preso, por naturaleza, es un ser hasta tal punto ganoso de libertad y también, en razón a su posición social, hasta tal punto aturdido y desordenado, que, naturalmente, le seduce la idea de *atracarse de todo*, de gastar de una vez todos sus caudales, con bulla y música, a fin de olvidar, aunque sólo sea por un minuto, su suerte. Resultaba extraño ver a algunos de ellos trabajar sin levantar la cabeza, a veces durante meses enteros, con el solo fin de un día dar de mano al trabajo en absoluto, para luego, otra vez, hasta nuevo holgorio, ponerse a trabajar otros tantos meses de firme. Muchos gustaban de ponerse un traje nuevo y, desde luego, algo raro: unos pantalones negros de forma especial o un cinturón o un pellico siberiano. De mucho uso eran también las camisas de color, de algodón, y el cinturón con hebillas de metal. Cuando estaban de holgorio por alguna fiesta, iban infaliblemente por todas las cuadras llamando a todo el mundo. La satisfacción de su tripa llena rayaba en lo infantil; y, en efecto, no pocos reclusos eran verdaderos niños. A decir verdad, todas aquellas prendas flamantes dejaban, como por ensalmo, de ser de su propiedad, y a veces aquella misma noche ya las estaban empeñando o vendiendo a un precio irrisorio. Por lo demás, siempre estaban de juerga. Surgía ésta, por lo general, o los días de fiesta o los días en que celebraba su santo el anfitrión. El preso que estaba de santo se levantaba aquel día muy temprano, encendía una vela de forma y rezaba; luego se acicalaba y encargaba la comida. Mandaba comprar carne de vaca y pescado y confeccionar empanadas siberianas; luego comía como un toro, generalmente él solito, pues rara vez invitaba a los compañeros a compartir su festín. Luego venía el aguardiente; el individuo bebía de cuadra en cuadra armando bulla y jaleo y esforzándose por demostrarles a todos que estaba borracho, que *se había desbordado*, granjeándose el general respeto. En todas partes, entre los rusos, se acoge con cierta simpatía al borracho; pero en el presidio casi se le rendían honores. En la jumera presidiaria había algo de aristocrático. El preso, no bien se ponía alegre, se entregaba a la música. Había en el presidio un polaco, que había desertado de las armas, muy repulsivo, pero que tocaba el violín y tenía uno propio: todo su capital. No tenía oficio ni beneficio; así que se le ocurrió dedicarse a tocar danzas alegres para los compañeros que se achispaban. Consistía su trabajo en ir siguiendo constantemente de cuadra en cuadra a su amo borracho, rascando el violín con todas sus fuerzas. A veces, reflejaba su rostro disgusto, angustia. Pero al grito de «Toca y toma dinero», hacía que se pusiese, con nuevos bríos, rasca que te rasca. El preso, al empezar a achisparse, podía tener la seguridad absoluta de que, en cuanto hubiese acabado de cogerla, lo notarían los compañeros y lo acostarían y buscarían algún medio de que no llegasen a enterarse los jefes, y todo ello con el mayor desinterés. Por su parte, el suboficial y los inválidos, encargados de velar por el orden dentro del presidio, podían estar completamente seguros de que el borracho no había de cometer en el penal ningún desaguisado. De éste cuidaban todas las cuadras, y en cuanto el beodo se extralimitaba y empezaba a ponerse pesado, inmediatamente le bajaban los humos y, si era menester, lo ataban sencillamente.

Pero también el mando inferior del presidio hacía la vista gorda con los borrachos y fingía no enterarse. De sobra sabían que, de no permitir el aguardiente sería peor… Pero ¿de dónde venía el aguardiente?

El aguardiente lo vendían en el penal mismo unos titulados taberneros. Había varios, y hacían un tráfico continuo y lucrativo, a pesar de que los borrachos y *desbordados* solían ser generalmente pocos, ya que para beber era preciso contar con dinero, y a los presos les costaba mucho trabajo procurárselo. Aquel tráfico había empezado, prosperando y desarrollándose de un modo bastante original. Supongamos un preso sin oficio y sin deseos de trabajo (de éstos no faltaban allí), pero con ganas de tener dinero y, además, hombre impaciente, que quiere ver pronto el fruto de sus afanes. Cuenta con algún dinerillo para empezar, y se decide a traficar en aguardiente: empresa atrevida que entraña graves riesgos. Podría suceder que lo tuviese que pagar con la espalda y se viese privado, al mismo tiempo, de su comercio y de su capital. Pero el tasquero apechuga con todo. Dinero al principio tiene alguno, y, además, la primera vez introduce él mismo el aguardiente en el penal, sacándole, naturalmente, su buena ganancia. Repite la operación por segunda y tercera vez, y como no se le atraviesen los jefes, rápidamente prospera su tráfico, y es entonces cuando se asienta sobre una amplia base: se erige en negociante, en capitalista, mantiene agentes y ayudantes, corre menos peligro y cada vez gana más. Por él se arriesgan sus ayudantes.

En el penal había siempre individuos derrochadores, jugadores, que se emborrachaban hasta gastarse la última copeica: individuos sin oficio, lamentables y desharrapados, pero dotados en grado sumo de osadía y resolución. Tales individuos, en cuanto a capital, sólo poseen uno: la espalda, que puede servirles para algo, y de ahí que se gastan ese último capital y se deciden a sacarle el jugo. Inmediatamente el individuo va a avistarse con el traficante, y se le ofrece para introducir aguardiente en el penal; el rico tabernero tiene siempre algunos de esos auxiliares, en cualquier parte, fuera del presidio, hay alguno así —un soldado, un campesino, a veces una muchachita—, que, a cuenta del traficante y por su precio convenido, relativamente en gran escala, compra en las tabernas aguardiente y va a ocultarlo en algún lugar de aquellos contornos por donde los presos han de pasar al dirigirse al trabajo. Siempre el proveedor empieza por dar a probar la excelencia del aguardiente; que sí, que no, al preso le es imposible resistirse demasiado, y por bien librado puede darse si no se deja allí todo el dinero a cambio de un aguardiente todo lo bueno que se quiera, pero, al fin y al cabo, aguardiente. Al referido proveedor, se le presentan, designados de antemano por el tasquero del presidio, acarreadores, que traen consigo los pellejos. Estos pellejos, primero los lavan, luego los llenan de agua, para que de este modo conserven su humedad y elasticidad primera y sean propios a contener el aguardiente. Luego que los llenan de agua, el preso se lía los pellejos a la cintura, y, si a mano viene, en las partes más ocultas de su cuerpo. Desde luego que para esto se necesita toda la destreza, toda la maña rateril del contrabandista. Se juega, en cierto modo, su honor: tiene que pasar por delante de los soldados del convoy y de los centinelas. Pero los engaña;

el buen ladrón siempre sabe engañar a los soldados del convoy, que a veces se reducen a algún recluta. Claro que primero se enteran del convoy, teniendo en cuenta también el momento y el lugar del trabajo. El preso es, por ejemplo, fumista, y se encarama a la estufa. ¿Cómo ver lo que allí hace? No va a encaramarse también allá arriba, detrás de él, el soldado. Al volver al presidio, lleva en la mano una monedita de quince o veinte copeicas, por si acaso, y aguarda en la puerta al cabo. Todo preso, al regresar del trabajo, es objeto de una inspección por parte del cabo de los centinelas, el cual lo mira y lo palpa por todos lados antes de abrirse las puertas del presidio. El introductor del aguardiente espera, por lo general, que en el cacheo no lleguen a registrarle determinadas partes del cuerpo. Pero se dan casos de que el cabo le cachee también allí y tope con el aguardiente. Entonces apela el preso a su último recurso: en silencio y a hurtadillas desliza en la mano del cabo la monedita que en la suya lleva. Suele ocurrir que, por efecto de tal maniobra, pueda entrar sin contratiempo en el penal conduciendo su aguardiente. Pero a veces le falla esa treta, y entonces no tiene más remedio que echar mano de su último capital: la espalda. Dan parte al mayor, paga bien con el capital referido, le decomisan la mercancía, y el matutero lo aguanta todo sin chistar y sin delatar al contratista; pero, entiéndase bien, no porque el papel de delator le repugne, sino tan sólo porque la denuncia no le ha de reportar ningún provecho: a él, de todos modos, le han de sentar la mano, y su único consuelo podría ser que a ambos se la sentaran. Pero el contratista le es muy necesario, aunque, según costumbre, y con arreglo a lo previamente convenido, aquél no le abona al matutero ni una copeica de indemnización por los latigazos que puedan llover sobre su espalda. Por lo que se refiere a las denuncias, suelen abundar. En el penal no se expone el delator al menor contratiempo: ni siquiera hay que pensar que vayan a mostrarle desvío. No le dan de lado; lo tratan amistosamente, hasta tal punto, que si os pusierais en el presidio a querer demostrar la vileza de la delación, no os entenderían. Un preso de la nobleza, depravado y ruin, con el que yo rompí toda suerte de relaciones, era un gran amigote de Fedka, el soplón del mayor, y hasta le servía de espía, y de todo lo que nos oía a los presos le iba con el cuento al mayor. Allí todos lo sabían, y nunca nadie pensó en castigarle, ni siquiera en afearle su conducta.

Pero me he desviado del asunto. Quedamos en que el aguardiente entraba en el penal y sin contratiempo alguno. Bueno; pues ya allí el tasquero se hace cargo de los pellejos que le llevan, abona su precio y pasa a echar sus cuentas. Al hacerlo así, advierte que la mercancía le resulta muy cara, por lo que, para obtener mayores beneficios, le bautiza de nuevo, echándole otra ración de agua, casi mitad y mitad; y de este modo, convenientemente apercibido, aguarda la llegada del cliente. El primer día de fiesta, y a veces entre semana, se presenta aquél: algún recluso que se ha llevado trabajando varios meses como un buey y ahorrando la copeica para poder gastárselo todo en un día de antemano elegido. Durante mucho tiempo el pobre trabajador estuvo soñando con ese día, de noche y en sus felices desvaríos, después del trabajo, y esa idea le ayudó a conllevar los mil sinsabores de la vida del presidio. Hasta que, por fin, apareció por el Oriente la aurora del día bendito; el dinero sigue en su poder; no se lo confiscaron ni robaron, y va a pasar

ahora mismo al bolsillo del tasquero. El cual, al principio, le da aguardiente, si a mano viene, puro, es decir, del sólo dos veces bautizado; pero, a medida que va menguando el frasco, todo lo que falta lo suple con agua. Por un vaso de aguardiente se paga allí cinco, seis veces más que en cualquier taberna. Imaginaos cuántos vasos de aguardiente tendrá que echarse al coleto el recluso y cuánto dinero tendrá que gastar para emborracharse. Pero, por la falta de costumbre de beber y por la anterior abstinencia, el preso no tarda en achisparse, y, por lo general, sigue bebiendo hasta que se le acaban los cuartos. Entonces salen a relucir toda clase de objetos: el tasquero es, al mismo tiempo, prestamista. A lo primero, le llevan los objetos de uso particular de adquisición reciente; luego, las prendas ya usadas, y, por último, los objetos de reglamento. Después de habérselo bebido todo, hasta el último harapo, el preso se va a acostar, y al otro día, al despertarse con una insufrible pesadez de cabeza, corre en vano al tabernero, en demanda de un sorbito de aguardiente para quitarse la jaqueca. Apesadumbrado, carga con la desdicha, y aquel mismo día se aplica nuevamente a la faena, y otra vez, durante meses, trabaja sin levantar la cabeza, soñando en el venturoso día de la última juerga, que perdurará eternamente en su memoria, hasta que, poco a poco, empieza a exaltarse y pensar en otro día parecido, todavía muy lejano, pero que también ha de llegar alguna vez.

Por lo que se refiere al tasquero, cuando, finalmente, logra reunir con su tráfico una cantidad importante, algunas decenas de rublos, prepara por última vez aguardiente, pero no le echa agua, porque aquella vez está destinado para él mismo. ¡Le llegó también su hora de juerguearse! Da comienzo el guateque con bebida, comida y música. Gran recurso: se les invita también a la orgía a las autoridades subalternas y más allegadas del presidio. El holgorio se prolonga a veces durante varios días. Ni que decir tiene que el aguardiente preparado no tarda en consumirse, y entonces el borracho anfitrión acude a otros tasqueros, que ya lo están aguardando y bebe de lo de ellos hasta gastarse su última copeica. Por mucho que los presos miren por el borracho, a veces lo sorprenden los jefes superiores, el mayor o el oficial de guardia. Entonces lo llevan al cuerpo de ídem, le quitan los cuartos, si se los encuentran, y, para conclusión, le dan de azotes. Bien zarandeado, vuelve al presidio, y al cabo de unos días ya está otra vez haciendo de tasquero. Algunos de esos borrachos, naturalmente con dinero, sueñan con el bello sexo. A fuerza de mucho dinero, abandonan a veces, en secreto, el tajo, y se trasladan a cierto sitio de los arrabales, con el acompañamiento de la sobornada escolta. Allí, en alguna cómoda casita, en el lindero mismo de la ciudad, le sirven un festín a todo el mundo y se derrocha el dinero. Con dinero todo se lo permiten los reclusos; el mismo soldado de la escolta participa de todo. Por lo general, los tales soldados de la escolta… son futuros candidatos al presidio. Por lo demás, en mediando dinero, todo puede hacerse, y semejantes excursiones suelen quedar en el secreto. Preciso es añadir que sólo muy de tarde en tarde se realizan: requieren dinero en gordo, y los amantes del bello sexo prefieren apelar a otros recursos más fáciles.

Durante los primeros días de mi vida penitenciaria, ya un joven recluso, mozo sumamente guapo, hubo de inspirarme especial curiosidad. Le llamaban Sirotkin. Era un sujeto bastante enigmático en varios sentidos. En primer lugar, me llamó la atención su cara bonita; no tendría más de veintitrés años. Pertenecía a la sección especial, esto es, a la perpetua, considerándosele, por tanto, como a uno de los delincuentes militares más graves. Sereno y sencillo, hablaba poco, y rara vez sonreía. Tenía ojos azules, facciones regulares, la cara imberbe, suave, los cabellos de un negro claro. Apenas si la cabeza rapada a medias lo afeaba: tan guapo era el muchacho. Oficio no tenía ninguno; pero dinero sí recibía, no mucho, pero con frecuencia. Era muy perezoso, y andaba mal vestido. Alguna vez había quien lo vestía bien, incluso con alguna linda camisa, y Sirotkin daba entonces muestras visibles de alegría por el regalo: iba de cuadra en cuadra luciéndose. No bebía ni jugaba a las cartas, y apenas si reñía con nadie. Solía andar por las cuadras, las manos en los bolsillos, muy tranquilo, caviloso. En qué pudiera pensar, difícil es imaginárselo. Si lo mirabais alguna vez por curiosidad, si le preguntabais alguna cosa, inmediatamente os respondía, y con urbanidad, no a lo presidiario, pero siempre de un modo lacónico, seco, y os miraba como un niño de diez años. Cuando tenía dinero, no se compraba nunca nada indispensable, no daba a repasar su ropa, ni se compraba zapatos nuevos, sino que mercaba un bollito, un pan de especias y lo saboreaba…, ¡nada…, como si tuviera tan sólo siete años! «Oye, tú, Sirotkin —solían decirle los presos—: eres la huérfana del presidio». En los días de asueto solía ponerse a andulear por las otras cuadras; casi todos tenían alguna faena entre manos; él era el único que nada hacía. Si le decían algo, casi siempre alguna chufla (solían reírse de él sus mismos compañeros), él, sin hablar palabra, se iba de allí a otra cuadra; y a veces, cuando le gastaban demasiadas bromas, se ponía encarnado. Con frecuencia pensaba yo: «¿Por qué esta criatura, tan apacible y mansa, habrá venido al presidio?». Una vez estaba yo enfermo en el hospital del presidio. Sirotkin también estaba enfermo, y tenía su cama junto a la mía; al caer la tarde, me puse a hablar con él; desde el principio se mostró animado, y, en resumidas cuentas, que me refirió cómo le hicieron soldado, lo mucho que lloró su madre y la tristeza que a él le dio de verse entre los reclutas. Añadió que jamás pudo sufrir la vida cuartelera; que allí eran todos duros, antipáticos, y casi siempre los oficiales estaban descontentos de él.

—¿Y en qué paró todo eso? —le pregunté yo—. ¿Por qué te enviaron acá? ¡Y, por si era poco, en la sección especial! ¡Ah, Sirotkin, Sirotkin!

—Pues, Aleksandr Petróvich, en que pasé todo un año en el batallón; y me enviaron aquí porque maté a Grigorii Petróvich, el comandante de mi compañía.

—Te oigo, Sirotkin, y no paso a creerte. Pero ¿es posible que fueses capaz de matar a alguien?

—Como lo digo, pasó, Aleksandr Petróvich. Bastante me pesa ya.

—Pero los otros reclutas, ¿no se acostumbraban a esa vida? Sin duda que a lo primero se les hace también cuesta arriba, pero luego se acostumbran y, mira, acaban por ser buenos soldados. A ti te ha debido de mimar mucho tu madre; te regalaría con tortas de anís y leche hasta los dieciocho años.

—Mi *mámascha*, en verdad, me quería mucho. Al entrar yo en quintas, dicen que se metió en la cama y no volvió a levantarse… A mí, a lo último, se me hizo odioso el cuartel. Los oficiales no me querían, por todo me castigaban… ¿Y por qué? Yo soy muy mirado en todo, hago una vida muy ordenada, no bebo aguardiente, no me apropio de lo ajeno, porque está muy mal, Aleksandr Petróvich, el apoderarse de lo que no es de uno… Todos en torno mío tienen el corazón de piedra…, no hay a quien confiarle sus cuitas… A veces te ibas allá a un rincón y te echabas a llorar. Pues bueno; una vez estaba yo de centinela. Era ya de noche; me habían puesto junto al astillero. Viento; era otoño; estaba todo tan oscuro, que hasta lastimaba los ojos. ¡Y qué pena tenía yo, qué pena! Voy y cojo el fusil por la culata, y le quito la bayoneta y la pongo a un lado; me descalzo el pie derecho, me apoyo el cañón del fusil contra el pecho, me echo encima de él y con el dedo gordo del pie le doy al gatillo… Miro…; ¡nada! Repaso el fusil, le limpio el alma, coloco un nuevo cartucho, y otra vez me echo encima de él con el pecho. Pero ¿qué pasa? El cartucho se encasquilla, y otra vez falla el tiro… «Pero ¿qué será esto?», me digo. Voy, me calzo de nuevo la bota, vuelvo a calar la bayoneta, me aguanto y me pongo a dar paseos de acá para allá. Y de pronto resuelvo lo que tengo que hacer: irme no sé dónde, pero lejos de la milicia. Al cabo de media hora se presenta el comandante con un piquete. Se viene a mí derechito: «Pero ¿así se hace, centinela?». Yo levanté el fusil y le hundí la bayoneta hasta el cañón. Cuatro mil palos, y luego aquí, a la sección especial…

No mentía. Por aquello le habían mandado a la sección especial. A los delincuentes ordinarios les imponían castigos más leves. Por lo demás, Sirotkin era el único de todos sus compañeros que tenía tan buena presencia. En cuanto a los demás de su clase, de los que había entre nosotros hasta cincuenta, daba pena mirarlos: sólo dos o tres caras resultaban todavía pasaderas; los demás tenían las orejas colgantes, eran feos y sucios; algunos tenían ya canas. Si las circunstancias lo permiten, hablaré de toda esa taifa más detalladamente. Sirotkin solía estar en buena amistad incluso con Gazin, el mismo hablando del cual empecé este capítulo, recordando cómo entró borracho en la cocina y vino a desmentir así las ideas que yo me había forjado acerca de la vida en el presidio.

Aquel Gazin era un individuo terrible. Le hacía a todos una impresión extraña, penosa. A mí me parecía siempre que no podía hacer nada más feroz y espantoso. Había visto yo en Tóbolsk al bandido Kaménev, famoso por sus fechorías, y había visto también luego a Sokólov, un preso que estaba pendiente de causa, desertor y feroz asesino. Pero ninguno de ellos me hizo la impresión tan desagradable que Gazin. A veces me imaginaba tener delante de mí una araña enorme, gigantesca, en forma humana. Era tártaro; de unas fuerzas terribles, más

fuerte que todos los del penal; de estatura mediana, de constitución hercúlea, con una cabezota deforme, desproporcionadamente grande, andaba encorvado, y miraba de abajo arriba. En el presidio corrían acerca de él rumores extraños; sabían que pertenecía a la clase militar, pero los presos murmuraban entre sí, no sé si con razón, que había desertado de Nérchinsk; en Siberia había estado ya más de una vez, se había fugado más de una vez también y cambiado de nombre, hasta que, por fin, vino a parar allí, a la sección especial. Contaban de él asimismo que antes le gustaba matar a las chicas por puro placer; las llevaba a un sitio solitario y empezaba a meterles miedo, a asustarlas, y luego que ya tenía en el colmo del espanto y toda temblorosa a la pobre víctima, iba y le cortaba el cuello, pero poquito a poco, despacito, con delectación. Todo esto pensaba yo que serían figuraciones sugeridas por la penosa impresión que hacía en todos Gazin; tales suposiciones se avenían perfectamente con él, las sugería su propio rostro. Pero, a pesar de todo, en el penal, cuando no estaba borracho, se conducía el hombre bastante discretamente. Se mostraba siempre tranquilo, no reñía con nadie, hasta rehuía las discusiones, pero como si despreciase a los demás, como si se considerase superior a todos ellos; hablaba muy poco, y era como deliberadamente arisco. Todos sus movimientos eran lentos, tranquilos, firmes. Pero en sus ojos podía verse que no tenía nada de lerdo, sino que, por el contrario, era muy listo, sino que siempre había en su cara y en su sonrisa algo de extraordinariamente zumbón y cruel. Traficaba en aguardiente, y era en el penal uno de los más acaudalados taberneros. Pero dos veces en el año se emborrachaba él también, y entonces quedaba al descubierto todo lo bestial de su condición. Se emborrachaba poco a poco, y empezaba por zaherir a los demás con sus sarcasmos, más malignos, calculados y como preparados desde tiempo atrás, hasta que, por último, ya borracho del todo, le entraba un furor tremendo, empuñaba el cuchillo y arremetía contra la gente. Los presos, que conocían su enorme fuerza, huían de él y se escondían, y él arremetía contra el primero que encontraba a su paso. Pero pronto dieron con el medio de hacerle entrar en razón. Diez hombres de su cuadra se echaban sobre él de pronto, de una vez, y empezaba la lucha. Imposible imaginarse nada más horrible que esa lucha: le golpeaban en el pecho, debajo del corazón, en la boca del estómago, en el vientre; eran muchos, y lo aporreaban largo rato, sin soltarlo hasta que perdía el sentido y se quedaba como muerto. A otro no se hubiesen atrevido a zurrarle así: pegar de ese modo a una persona equivalía a matarla; pero no a Gazin. Después de la paliza, completamente sin conocimiento, lo cubrían con un pellico corto y lo llevaban a su petate. «¡Recóbrate, tiña!». Y, en efecto, a la siguiente mañana se levantaba como si tal cosa y, taciturno y adusto, se encaminaba al trabajo. Y cada vez que Gazin bebía hasta emborracharse, ya todo el mundo sabía en el penal que aquel día habría de terminar, inevitablemente para él, con una tunda. También él lo sabía, y, sin embargo, se emborrachaba. Así sucedió durante varios años, hasta que, por último, observaron que Gazin empezaba a decaer. Se quejaba de diversos males, y se había quedado muy flaco; cada vez con más frecuencia ingresaba en la enfermería. «¡Se rindió!», decían entre sí los reclusos.

Irrumpió en la cocina, seguido de aquel vil polaco del violín, que, por lo general, contrataban los borrachos para complemento de su juerga, y se quedó allí plantado, en silencio y mirando insidiosamente a todos los presentes. Todos callaban. Por último, reparando en mí y en mi compañero, nos lanzó una mirada hostil y burlona, sonrió con mucha fatuidad, como satisfecho de sí mismo, y, contoneándose recio, avanzó hasta nuestra mesa.

—Permítame usted que le pregunte —empezó (hablaba ruso)— con qué medios cuenta para permitirse el lujo de tomar aquí té.

Yo no contesté, y cambié una mirada con mi compañero, suponiendo que sería preferible callar y no responderle. A la primera réplica habría montado en cólera.

—¿Es que, por casualidad, tiene usted dinero? —continuó él preguntando —. Conque tenemos dinero, ¿eh? ¿Acaso habrá usted venido al presidio para tomar té? ¿Cómo se las arregla para tomar té? ¡Vamos, hable!…

Pero al ver que nosotros estábamos decididos a no hablar y a no reparar en él, se puso furioso, tanto, que temblaba de ira. Junto a él, en un rincón, había una gran batea, en la que ponían todo el pan, ya cortado y listo para la comida de los presos. Era tan enorme, que en ella cabía todo el pan para medio presidio; ahora estaba vacía. Él asió de ella con ambas manos y la enarboló por encima de nosotros. Un poco más y nos hubiera abierto la cabeza. Pese a que el homicidio o la intención de matar inspiraba extraordinaria aversión a todo el presidio —empezarían las indagaciones, los registros, las obligadas medidas de rigor, por todo lo cual los presos procuraban celosamente no lanzarse a tales extremos—, a pesar de ello, todos ahora estaban muy tranquilos y expectantes. Ni una sola palabra en nuestra defensa. Ni un grito a Gazin. ¡Hasta tal punto era poderosa la envidia que nos tenían! Era evidente que les complacía vernos en aquel trance peligroso… Pero el lance terminó felizmente sólo porque, al ir él a descargar sobre nosotros la batea, fue uno y le gritó desde la sombra:

—¡Gazin, que te roban el aguardiente!

Tiro él la batea al suelo y, como loco, se salió de la cocina.

«¡Bueno; Dios los ha salvado!», dijeron entre sí los reclusos. Y mucho tiempo después todavía lo decían.

No pude comprobar luego si aquella noticia del robo del aguardiente era cierta o inventada exclusivamente para salvarnos.

Por la noche, ya oscurecido, antes de cerrar las cuadras, salí a vagar en torno a la cerca, y una pesada tristeza cayó sobre mi alma, y nunca después volví a sentir

tal tristeza en toda mi vida de presidiario. Duro de soportar el primer día de destierro, dondequiera que sea: en el penal, en el cuartel, en las galeras… Pero recuerdo que, más que nada, me preocupaba un pensamiento, que luego, de un modo ineludible, me acompañó todo el tiempo de mi vida en el presidio —pensamiento, en parte, insoluble—, insoluble para mí aun ahora: el de la desproporción de las penas para los mismos delitos. En verdad, no pueden compararse unos delitos con otros ni aproximadamente. Por ejemplo: supongamos que dos hombres han cometido un homicidio, se han examinado las circunstancias de uno y otro crimen y a entrambos se les ha aplicado casi la misma pena. Y, sin embargo, ved qué diferencia entre crimen y crimen: uno, por ejemplo, mató a un hombre por una futesa, ¡por una cebolla! Salió al campo, se lo tropezó en el camino y asesinó a un transeúnte. ¡Todo por una cebolla! «¡Vaya, padrecito! Tú me enviaste a buscar; maté a un hombre, y todo por una cebolla». «¡Tonto! ¡Una cebolla, que vale una copeica! ¡Cien almas…, cien cebollas! ¡Ahí tienes un rublo!». (Leyenda presidiaria). Otro, en cambio, mató por defender contra un tirano inexorable el honor de su novia, de su hermana, de su hija. Uno mató por su nomadismo, asediado por un tropel de perseguidores, defendiendo su libertad, su vida, y no pocas veces medio muerto de inanición, en tanto otro mató a unas pobres chicas por el placer de degollarlas, de sentir en sus manos su tibia sangre, complaciéndose en su dolor, en sus postreros aleteos de paloma bajo el filo del cuchillo. ¿Y qué? Pues tanto al uno como al otro los mandan a presidio. Cierto que hay diferencias en la cuantía de las penas. Pero esas diferencias no son relativamente grandes, mientras que la diferencia entre uno y otro delito… lo es infinitamente. Según el carácter, es la diferencia. Supongamos que medir, puntualizar esta diferencia es imposible; que éste es, por su misma naturaleza, un problema insoluble: algo así como la cuadratura del círculo, por ejemplo. Pero si no sentís esa diferencia, atended a esta otra: a la diferencia entre las consecuencias del castigo… Aquí tenéis a un hombre que en el presidio se consume, se apaga como una lucecilla; y aquí tenéis a este otro que, hasta que ingresó en el penal, no supo que hubiese en el mundo una vida tan alegre, una reunión tan simpática de bravos camaradas. Sí, los hay de esa condición en el penal. He aquí, por ejemplo, un hombre educado, con una conciencia desarrollada, con juicio, con corazón. El dolor de su propio corazón entre cada castigo lo mata con su mismo martirio. A sí mismo se juzga, por su crimen, más implacable, más severamente que la ley más cruel. Y he aquí, en parangón con él, ese otro, que ni siquiera una vez se para a pensar en el crimen que cometió en toda su vida de presidiario. Es más: hasta se considera inocente. Y los hay así, que expresamente cometen un crimen con el solo objeto de ir a parar a la cárcel, y de ese modo se libran de la vida, incomparablemente más forzada en libertad que en el presidio. Allí vive en el último grado de la humillación, jamás come lo suficiente, y trabaja para su patrono desde la mañana hasta la noche; mientras que en el presidio el trabajo es más leve que en casa; el pan, doble y como hasta entonces no lo probó; y los días de fiesta, carne de vaca; y la ocasión, la posibilidad de ganarse una copeica trabajando. ¿Y la compañía? Gente lista, ingeniosa, que todo lo sabe. De suerte que nuestro hombre mira a sus compañeros con respetuoso asombro: jamás hasta entonces los viera

semejantes; los considera como la más elevada sociedad que sea posible encontrar en el mundo. ¿Por ventura el castigo les inspirará el mismo sentimiento a estos dos hombres? Pero, después de todo, ¡a qué quebrarse la cabeza con cuestiones insolubles! Sonó el tambor: hora es ya de volvernos a las cuadras.

Primeras impresiones (3)

Empezó el último recuento. Después de él, se cerraban ya las cuadras, cada cual con sus llaves especiales, y los presos quedaban encerrados herméticamente hasta la alborada.

Verificaba el recuento un suboficial con dos soldados. Para esto formaban algunas veces los presos en el patio y acudía el oficial de los centinelas. Pero era lo más frecuente que toda esa ceremonia se llevase a cabo de un modo doméstico: nos pasaban lista en las cuadras. Así ocurría ahora. Los encargados del recuento solían equivocarse, se engañaban en su cálculo, y hacían tabla rasa y volvían a empezar de nuevo. Hasta que, por último, los pobres centinelas contaban hasta la cifra apetecida y cerraban las cuadras. En ellas se alojaban hasta treinta hombres, que se acomodaban, con bastante estrechez, en los petates. Para dormir era todavía bastante temprano. Cada cual tenía, por lo visto, que ocuparse en alguna tarea.

De las autoridades del presidio, sólo se quedaban en la cuadra un inválido, del cual ya antes hice mérito. En cada cuadra había también un decano de los presos, designado, naturalmente, por el mayor, en atención a su buena conducta. Con mucha frecuencia sucedía que los decanos, a su vez, incurrían en alguna falta grave; entonces los azotaban, los destituían en el acto y nombraban otros. En nuestra cuadra, el decano era Akim Akímich, el cual, con asombro mío, no pocas veces les reñía a los presos. Éstos solían contestarle con cuchufletas. El inválido tenía más talento que él, y no se entremetía en cosa alguna, y si, por acaso, le ocurría irse de la lengua con alguno, lo hacía únicamente por el buen ver, por tranquilizar su conciencia. Se sentaba calladito en su hamaca, y se ponía a coserse las botas. Los presos no le hacían el menor caso.

Aquel primer día de mi vida de presidiario no hacía yo más que observar, y luego pude comprobar que mis observaciones eran atinadas. Sobre todo, la de que cuantos, no siendo presos, fuesen quienes fuesen, empezando por los que no mantenían estrecho contacto con los reclusos, como los soldados del convoy, los centinelas y, en general, todos aquellos que tenían alguna relación con la vida presidial, vigilaban exageradamente a los reclusos. Parecía como si esperasen de un momento a otro que un preso se destacase y los acometiera con un cuchillo. Pero lo que es más notable todavía: los presos mismos reconocían que les tenían miedo, lo que les infundía algo de bravura. Y, sin embargo, el jefe mejor para los penados es precisamente aquel que no les teme. Y hasta, por lo general, no

obstante la bravura, a los presos mismos se les hace más simpático quien mejor los trata. Así es posible hasta atraérselos. Sucedió en mi época presidial, aunque muy de tarde en tarde, que algún individuo del mando penetrase en el penal sin escolta. Preciso era ver cómo esto los impresionaba a los reclusos y cómo los impresionaba por el lado bueno. Tales intrépidos visitantes siempre se granjeaban respeto, y hasta si había de ocurrir algo desagradable, no ocurría en su presencia. El miedo que los presos inspiran es general doquiera que hay presos, y, en verdad, que no sé a qué se debe a punto fijo. Sin duda que tiene algún fundamento, empezando por el mismo aspecto exterior del penado, malhechor reconocido; aparte de que todo aquel que pasa por el presidio siente que toda aquella pandilla de individuos están allí no por su voluntad, y que, pese a cuantas medidas se tomen, no es posible hacer del hombre vivo un cadáver, pues conserva sus sentimientos, su sed de venganza y de vida, sus pasiones y la necesidad de satisfacerlas. Pero, a pesar de todo eso, yo estoy firmemente convencido de que no hay razón alguna para temerle a los presos. No tan de ligero ni tan rápidamente se lanza un hombre, con el cuchillo empalmado, sobre un semejante. En resumidas cuentas: que aun suponiendo que pueda existir algún peligro y que, efectivamente, lo haya, sólo puede encontrarse allí donde, por lo raro de semejantes desdichados sucesos, puede concluirse que es insignificante. Desde luego que me refiero únicamente a los presos ya declarados, muchos de los cuales se alegran de hallarse, por fin, en el presidio (¡hasta tal punto parece a veces buena la vida!) y están, por tanto, decididos allí a vivir en paz y tranquilidad. Pero, aun prescindiendo de esto, incluso los inquietos de suyo no encuentran allí muchos motivos de envalentonarse. Cada penado, por temerario y terco que fuere, le teme a todo en el presidio. En cuanto al preso pendiente de castigo…, es otra cosa. Éste, en efecto, puede acometer a un desconocido por cualquier futesa: sencillamente porque al otro día, por ejemplo, tiene que salir para cumplir condena y, si comete otro crimen, aleja de sí el castigo. Ésta es la causa, la finalidad de la agresión: *aplazar su destino*, sea como fuere, y cuanto antes. Conozco también un extraño caso psicológico de esta naturaleza.

Entre nosotros, en el presidio, en la sección militar, había un recluso, un soldado, no privado de sus derechos civiles, al que lo habían condenado a dos años de prisión, y que era un fanfarrón consumado y un cobarde de primera. Por lo general, la fanfarronería y la cobardía no suelen darse sino muy raramente en el soldado ruso. Nuestro soldado parece siempre tan ocupado, que, aunque quisiera fanfarronear, no podría. Pero si, por causalidad, fanfarronea, entonces casi siempre resulta también infinitamente cobarde. Dútov (tal era el apellido del preso) había extinguido, por fin, su breve condena y volvió de nuevo a su batallón de línea. Pero como todos los de su calaña, enviados al presidio para su corrección, se malean en él definitivamente, por lo general sucede que, al verse en libertad, al cabo de dos o tres semanas, vuelven a encontrarse sujetos a causa y aparecen otra vez por el presidio, sólo que ya no por dos o tres años, sino formando parte de la categoría *perpetua*, por quince o veinte. Así ocurrió también ahora. Al cabo de tres semanas de su salida del presidio, Dútov cometió un robo con fractura, y, además,

armó un escándalo y se desató en improperios. Le formaron causa y lo condenaron a presidio. Temeroso hasta lo imposible, hasta el último extremo, del castigo que se le avecinaba, como el más vergonzoso cobardón, aguardó al mismo día en que habían de conducirlo allá y se lanzó, cuchillo en mano, contra un oficial del retén que penetró en su departamento. Naturalmente que de sobra sabía que con aquel acto agravaba bastante su pena y aumentaba sus años de trabajos forzados. Pero él se echaba la cuenta de que así aplazaba, aunque sólo fuese por unos días, por unas horas, el temible instante del castigo. Hasta tal punto era cobarde, que al arremeter cuchillo en mano contra el oficial, ni siquiera llegó a herirle, sino que todo aquello lo hizo por pura fórmula, por cometer un nuevo delito por el cual tuvieran que volver a juzgarlo.

El momento que precede al castigo es, sin duda alguna, terrible para el condenado, y yo, en algunos años, tuve ocasión de ver a más de uno la víspera del día para ellos fatal. Solía encontrarme con presos pendientes de castigo en el hospital del presidio, las veces que allí tenía que ingresar como enfermo, lo que ocurría con bastante frecuencia. Sabido es de todos los presos rusos que las personas que más compasivas se muestran con ellos son… los médicos. Los cuales jamás establecen distinciones entre los reclusos, como, por lo general, lo hace casi todo el mundo, salvo quizá la sencilla gente del pueblo. Ésta no recrimina nunca al preso por su delito, por grave que haya sido, y se lo perdona todo, en atención al castigo que le ha acarreado y en mérito también de su desgracia. No en balde todo el pueblo, en toda Rusia, llama al delito desgracia, y al delincuente, desgraciado. Definición henchida de profundo sentido. Y resulta tanto más notable cuanto que es algo inconsciente, instintivo. El médico también… es un verdadero refugio para el preso en muchas ocasiones, pero sobre todo para los presos pendientes de castigo, que soportan duros sufrimientos. Así, pues, el preso de esta índole, al calcular el plazo probable en que ha de llegar el día para él tan temido, suele acogerse a la enfermería, con ansia de alejar, aunque sea por poco tiempo, aquel penoso instante. Cuando sale de allí, sabiendo casi con toda exactitud que al otro día se cumple el plazo fatal, casi siempre enferma gravemente. Algunos se esfuerzan por ocultar sus sentimientos, por pura vanagloria; pero su valor fingido, forzado, no engaña a sus compañeros. Todos piensan en lo mismo, y se callan por humanidad. Conocí a un preso, un chico joven, homicida, soldado, condenado a una carrera completa de baquetas. Hasta tal punto sentía pánico, que la víspera del castigo se decidió a tomarse un vaso de aguardiente, en el que había echado polvo de tabaco. En efecto, el aguardiente no les falta nunca a los presos antes del castigo. Lo tienen en su poder mucho tiempo antes de la fecha temida; lo compran muy caro, pero antes se privarían de lo más indispensable que exponerse a carecer del dinero necesario para procurarse un cuartillo de aguardiente y bebérselo un cuarto de hora antes de la ejecución de su pena. Entre los presos existe la creencia general de que el borracho no siente tanto los azotes o los palos. Pero me estoy apartando de mi tema. El pobre muchacho, tan pronto como ingirió el aguardiente, se puso de veras enfermo: empezó a echar sangre por la boca, y se lo llevaron a la enfermería casi privado de conocimiento. Aquella hemoptisis hasta tal punto le destrozó el

pecho, que a los pocos días le descubrieron síntomas de verdadera tuberculosis, de la que murió al medio año. Los médicos que le trataban la tisis ignoraban a qué se debía.

Pero hablando de los delincuentes apocados a vista del castigo que suelen encontrarse, debo añadir que algunos, por el contrario, desconciertan al espectador por su impasibilidad extraordinaria. Recuerdo algunos ejemplos de intrepidez rayana en la insensibilidad, ejemplos que no eran nada raros. Especialmente recuerdo mi conocimiento con un extraño delincuente. Un día de verano se difundió en la enfermería del presidio el rumor de que aquella tarde iban a imponerle el castigo al célebre bandido Orlov, desertor del Ejército, y que después lo conducirían allí. Los presos enfermos, entre tanto venía Orlov, afirmaban que lo habían de castigar cruelmente. Todos estaban poseídos de cierta emoción y, lo confieso, yo también aguardaba la aparición del famoso bandido con viva curiosidad. Tiempo hacía que oyera hablar de él maravillas. Era perverso como pocos, degollaba sin compasión alguna a viejos y niños, hombre de fuerza poco común, de voluntad, y francamente ufano de sus bríos. Pesaban sobre él varios crímenes y lo habían condenado a sufrir carrera de baquetas. Lo llevaron ya atardecido. En la enfermería reinaba ya oscuridad y encendieron luces. Orlov venía casi sin conocimiento, intensamente pálido, con los cabellos apelmazados, tiesos, negros como la pez. La espalda la tenía inflamada y de un color sanguinolento, amoratado. Toda la noche estuvieron velando los presos, le llevaban agua, lo cambiaban de costado, le daban medicinas, lo cuidaban exactamente como a un hijo, como a algún santo varón. Al día siguiente ya se levantó y dio dos paseos por la enfermería. Aquello me dejó atónito; había llegado a la enfermería sumamente débil y postrado. Había recibido de una vez la mitad de los baquetazos a que lo condenaran. El médico no mandó suspender la ejecución hasta que vio que si la prolongaban era inminente la muerte del sentenciado. Por lo demás, Orlov era bajito de estatura y de constitución débil, y había quedado sin fuerzas por su largo sufrimiento durante el castigo. Cuando por acaso se encontraba uno alguna vez con reclusos sentenciados, se acordaba luego mucho tiempo de sus rostros espantados, consumidos y pálidos, y de sus miradas de delirio. No obstante lo cual, Orlov no tardó en reponerse. Sin duda alguna, su energía interior, anímica, ayudó fuertemente a la naturaleza. Con efecto, era un hombre del todo extraordinario. Por curiosidad lo traté de cerca, y toda una semana lo estuve estudiando. De un modo rotundo puedo decir que jamás en la vida encontré un carácter de hombre más fuerte, más férreo que el suyo. Yo había tenido ya ocasión de conocer en Tóbolsk a una celebridad de la misma índole, a un ex capitán de bandidos. Aquél era enteramente una fiera, y al verse delante de él, aunque ignoraseis su nombre, habríais presentido, por instinto, que os hallabais en presencia de un ser terrible. Pero en él me aterró su carencia de alma. Hasta tal punto predominaba la sensualidad sobre todas sus potencias espirituales, que con sólo verle la cara comprendíais al punto que allí sólo quedaba una salvaje ansia de placeres, satisfacciones y regodeos carnales. Estoy convencido de que Koreniev —tal era el nombre del bandido— perdería también los ánimos y temblaría de

espanto ante el castigo, no obstante ser capaz de degollar al prójimo sin pestañear. Todo lo contrario sucedía con Orlov. Éste era un verdadero vencedor de la sensualidad. Saltaba a la vista que aquel hombre tenía un poder ilimitado sobre sí mismo, despreciaba todos los padecimientos y castigos y no le temía a nada en este mundo. Advertíais en él una infinita energía, ansia de venganza, ansia por alcanzar la finalidad propuesta. Entre otras cosas, me asombraba su singular arrogancia. Todo lo miraba como desde una altura inverosímil, pero sin esforzarse para montar en zancos, sino de un modo natural. Pienso que no ha habido criatura en este mundo capaz de imponérsele por su sola autoridad. Todo lo miraba con extraña flema, cual si no hubiera nada en el mundo que pudiera asombrarle. Y aunque sabía que los demás reclusos le tenían respeto, jamás se propasó con ellos. Y diz que la vanidad y el engreimiento son patrimonio de casi todos los reclusos, sin excepción. Era sumamente franco y extraordinariamente sincero, aunque nada hablador. A mis preguntas me contestó en seguida que aguardaba a restablecerse para acabar de cumplir cuanto antes su castigo, y que antes de él había temido no poder soportarlo.

—Pero ahora —añadió, guiñándome un ojo—, asunto concluido. Aguantaré el número de golpes que me quedan y en seguida a marchar en partida a Perchinsk, ¡sólo que me fugaré en el camino! ¡Vaya si me fugo! ¡En cuanto se me ponga buena la espalda!

Y todos aquellos cinco días estuvo con impaciencia aguardando el momento en que pudiera pedir el alta. En expectativa de ella se mostraba a veces muy animado y alegre. Yo intenté hacer que me hablase de sus aventuras. Él fruncía algo el ceño ante tales preguntas, pero me respondía siempre con franqueza. Al advertir que yo andaba rastreando en su conciencia y buscándole algún indicio de arrepentimiento, me miró de un modo tan resueltamente despectivo y arrogante, cual si de pronto me hubiese convertido a sus ojos en un chico estúpido con el cual no se pudiera razonar como con un hombre hecho y derecho. También algo de piedad de mí se reflejó en su rostro. Al cabo de un rato se echó a reír, con la risa más franca, sin pizca de ironía, y seguro estoy de que, al quedarse luego solo y recordar mis palabras es muy posible que volviera a reírse. Finalmente, le dieron de alta, aunque todavía no tenía bien del todo la espalda; a mí también me dieron de alta entonces, de suerte que hubimos de salir juntos de la enfermería: yo, para volver al presidio, y él, para restituirse al cuerpo de guardia, donde antes estaba alojado. Al despedirnos me estrechó la mano, lo cual en él era señal de gran confianza. Pienso que hizo aquello por estar en aquel instante muy satisfecho de sí mismo. En realidad, no tenía más remedio que despreciarme a mí, e inevitablemente había de mirarme como a un ser humilde, débil, digno de lástima y por todos conceptos inferior a él. Al otro día le ejecutaron la otra mitad de la sentencia… Cuando cerraban nuestra cuadra asumía ésta de pronto cierto aspecto especial, el aspecto de una verdadera vivienda, de un verdadero hogar. Ahora es cuando puedo mirar a mis compañeros, los presos, completamente como de casa. Durante el día, los suboficiales, los centinelas y, en general, los superiores, pueden

a cada momento presentarse en el penal, y por ello todos sus habitantes se conducen de otro modo, cual si sintieran alguna inquietud, cual si a cada momento esperasen oír algún grito de alarma. Pero no bien cierran la cuadra, cuando inmediatamente se va cada uno con toda tranquilidad a su sitio, y casi todos se aplican a alguna faena manual. La cuadra se ilumina de pronto. Todos tienen su vela y su candelero, por lo general de madera. El uno se pone a recoserse el calzado; el otro a corcusirse alguna prenda. El mefítico ambiente de la cuadra se agrava de hora en hora. Una partida de gandules se sienta en un rincón a la turca, y sobre un tapiz hecho jirones se ponen a jugar a las cartas. En casi toda cuadra hay un preso así, que posee un tapiz estropeadísimo, de una vara de largo, una vela y una baraja grasienta y manida hasta lo inverosímil. A todo esto junto le llamaban *maidan*[8]. El dueño de las prendas cobra a todos los jugadores una cantidad: quince copeicas por noche, lo cual es su ganancia. Los jugadores suelen jugar a las tres cartas, al monte, etcétera. Todos, juegos de azar. Cada jugador pone delante de sí un montoncito de calderilla: todo lo que tiene en el bolsillo, y no se levanta de su postura en cuclillas sino cuando se ha jugado hasta los pelos o ha dejado a sus compañeros sin blanca. El juego termina a hora bastante avanzada de la noche, y a veces se prolonga hasta la madrugada, hasta el momento mismo de abrirse las puertas del presidio. En la nuestra, como en todas las demás cuadras, siempre había mendigos, pordioseros que, o se lo habían jugado y bebido todo, o, sencillamente, eran pedigüeños por naturaleza. Digo *por naturaleza*, y particularmente insisto en esta expresión. Efectivamente, en todas partes, adondequiera que vayamos, cualquiera que sea el ambiente, cualesquiera que sean las circunstancias, siempre hay y habrá algunos extraños sujetos, apacibles y con frecuencia nada lerdos, pero a los cuales les tiene predestinados la suerte para que por los siglos de los siglos sean unos mendigos. Siempre son unos pobres diablos, unos pordioseros, siempre parecen intimidados y agobiados, no se sabe por qué, y siempre tienen que ser los correveidiles de alguien, su correo de gabinete, generalmente de los que se divierten y de los que de un modo súbito se enriquecen o encumbran. Todo comienzo, toda iniciativa… es para ellos dolorosa y ardua. Diríase que nacieron con la condición de no acometer nunca nada los primeros, limitándose a secundar a los otros, a vivir pendientes de su voluntad, a bailar al son que les tocan; su destino…, cumplir el de los otros. Aunque todo se consume, ninguna circunstancia, ni cambio alguno, pueden enriquecerlos. Siempre serán mendigos. Pude observar que tales individuos no forman una sola casta, sino que se les encuentra en todas las sociedades, clases, partidos, Redacciones de periódicos y grupos de accionistas. Pues eso mismo sucedía en cada cuadra, en todo el presidio, y bastaba que se hablase de *maidan* para que al punto se presentase alguno de esos tipos oficiosos. Hasta en general no podría haber *maidan* sin uno de ellos. Lo contrataban para todos los juegos en general, abonándole por cada noche cinco copeicas, y era su principal misión estar toda la noche de centinela. De ordinario tenía que pasarse siete u ocho horas en la oscuridad pegado al muro, con treinta grados bajo cero, y atento el oído a cualquier rumor, al menor

8] Infierno.

susurro, a cada paso que sonase en el patio. El mayor de la plaza, o los centinelas, se presentaban a veces en el presidio a hora bastante avanzada de la noche, y entraban muy quedos y sorprendían velas encendidas, que desde el patio mismo podían verse. Por lo menos, cuando de pronto empezaban a rechinar las cerraduras de las puertas de los muros de los patios, era tarde ya para esconderse, apagar las luces y tenderse en los petates. Pero como en tales ocasiones, el centinela alquilado por los jugadores lo pasaba bastante mal, los casos de semejantes sorpresas eran sumamente raros. Cinco copeicas son, sin duda alguna, una paga ridícula, insignificante, aun para el presidio; pero a mí siempre me chocaron allí la inhumanidad y falta de compasión de los que encargaban a otro de algún cometido «¡Tomaste el dinero, pues sírveme!».

Éste era un argumento que no admitía réplica. Por el grosch dado, el patrono exigía todo lo que es posible exigir, y hasta más todavía, y aún seguía pensando que se había quedado corto. El borracho que tiraba el dinero a diestro y siniestro esquilmaba implacablemente a su servidor, y esto pude observarlo, no sólo en el presidio ni sólo en el *maidan*.

Ya dije que en la cuadra casi todos se ocupaban en algún trabajo particular; aparte los jugadores, no pasarían de cinco los individuos completamente desocupados, los cuales en seguida se tendían para dormir. Mi sitio en los petates caía junto a la misma puerta. Al otro lado de mi petate, dando con mi cabeza, estaba Akim Akímich. Hasta las diez o las once de la noche se estaba trabajando en la confección de un farolillo chinesco de muchos colorines, que le habían encargado en la ciudad, mediante una amplia retribución. Esos farolillos los hacía de modo magistral; trabajaba metódicamente, sin interrupción, y cuando ponía fin a su tarea, recogía, con mucho cuidado, sus trebejos, extendía su yacija, hacía su oración y se echaba muy dignamente a dormir. La decencia y el orden los extremaba visiblemente, hasta el más minucioso pedantismo; saltaba a la vista que debía de tenerse por un hombre sumamente listo, cual les sucede a todos los individuos de cortos alcances. A mí no me fue simpático el primer día, aunque recuerdo que ya aquel mismo día primero me dio mucho que pensar, admirándome, sobre todo, que un individuo como él, en vez de triunfar en la vida, hubiese ido a parar a un presidio. Más adelante tendré más de una ocasión de volver a hablar de Akim Akímich.

Pero describiré brevemente el resto de nuestra cuadra. En ella tuve que vivir muchos años, y todos aquellos individuos habían de ser mis futuros vecinos y camaradas. Comprensible, pues, que los mirase con viva curiosidad. A mi izquierda, en los petates, había toda una banda de montañeses del Cáucaso, condenados, en su mayor parte, por robo, a distintas penas. De ellos había dos lesguines, un chechén y tres tártaros del Daguestán. El chechén era un hombre adusto y sombrío; apenas si hablaba con alguien y siempre estaba mirando en torno suyo con recelo y de reojo, y con una sonrisita que rebosaba maldad y sarcasmo. Uno de los lesguines era ya viejecito, con una nariz larga, aguda,

acaballada, de una traza marcada de bandido. En cambio, el otro, Nurra, me hizo desde el primer día una impresión sumamente agradable, sumamente simpática. Era un hombre aún no viejo, de estatura no alta, de naturaleza hercúlea, enteramente rubio, con ojos azules, la naricilla corta, en una cara de finés, y las piernas zambas por la costumbre de ir siempre a caballo. Todo su cuerpo lo tenía señalado, marcado con cicatrices de bayonetazos y balazos. En el Cáucaso era de los montañeses amigos, pero solía unirse a escondidas con los montañeses hostiles, acometiendo con ellos a los rusos. En el presidio todos le querían. Estaba siempre contento, cariñoso con todos; trabajaba despacio, de buen grado y tranquilo, aunque a veces miraba con enojo la vergüenza y suciedad de la vida del presidiario y se ponía a gruñir con vehemencia ante cualquier exceso, ante la ratería, la borrachera y, en general, por cuanto no estaba bien, pero sin buscar camorra a nadie, sino apartándose de todos por efecto de su disgusto. En toda la duración de su vida presidiaria no robó nada nunca ni incurrió en nada feo. Era extraordinariamente devoto. Rezaba sus oraciones con sujeción estricta a la regla; en los días de ayuno que preceden a las fiestas mahometanas ayunaba como un fanático y se pasaba rezando las noches enteras. En el presidio todos lo querían y tenían fe en su honradez. «Nurra… es un león», decían los presos; de suerte que se había quedado con el remoquete del *león*. Estaba firmemente convencido de que, luego de cumplida su condena en el penal, lo mandarían otra vez a su casa en el Cáucaso, y de esta esperanza vivía. Creo que habría muerto si le hubieran quitado esa ilusión. Desde mi primer día en el presidio me fijé mucho en él. No era posible no fijarse en su rostro bonachón y simpático entre aquellas otras caras enfurruñadas, ariscas y zumbonas de los demás reclusos. A la media hora de haber yo ingresado en el presidio, pasó él junto a mí y me dio un golpecito en el hombro, sonriéndome afectuosamente con los ojos. No pude comprender al principio lo que aquello significaba. Hablaba el ruso muy mal. Al poco rato volvió a pasar junto a mí y otra vez, sonriendo, me dio otro golpecito en el pecho. Después se repitió aquello una y otra vez. Aquello significaba, según yo adivinaba y después supe, que le inspiraba lástima, que comprendía cuán penoso se me hacía el presidio, y quería brindarme su amistad, darme ánimos y asegurarme su protección. ¡Bueno e ingenuo Nurra!

Los tártaros del Daguestán eran tres, y todos hermanos. Dos de ellos eran ya hombres maduros, pero el tercero, Alei, sólo tenía veintidós años, y parecía aún más joven. Su lugar en los petates caía junto al mío. Su rostro hermosísimo, inteligente y al mismo tiempo dulce y candoroso, cautivó desde el primer instante mi corazón, y celebré en el alma que el Destino me hubiese deparado aquel vecino y no otro. Toda su alma se asomaba a su bello y hasta, puedo decirlo…, bellísimo semblante. Su sonrisa era tan ingenua cual la de un niño inocente; sus negros ojazos eran tan suaves, tan acariciantes, que yo sentía siempre una satisfacción especial y hasta como un alivio de mis pesares e inquietudes al mirarlo. Hablo sin exageración. El mayor de los hermanos (hermanos mayores que él tenía cinco; a los otros dos los habían enviado a las minas), estando allá en la aldea, le mandó una vez que se pusiese el gorro y montase a caballo para acompañarlo a alguna

correría. El respeto al mayorazgo entre los montañeses del Cáucaso es tan grande, que el muchacho no se paró a preguntar y ni siquiera se le ocurrió inquirir adónde iban. Los otros no estimaron necesario decírselo. Todos se lanzaron al campo al pillaje, se encontraron en el camino con un rico mercader armenio y lo despojaron. He aquí cómo fue aquello: desbarataron la escolta, dieron muerte al armenio y su séquito y cargaron con sus mercancías. Pero se descubrió la cosa; los detuvieron a los seis, los procesaron, los juzgaron y los condenaron a Siberia a trabajos forzados. Toda la benignidad que tuvieron los jueces con Alei se redujo en imponerle una condena más breve: cuatro años. Sus hermanos lo querían mucho, con un amor más bien paternal que fraterno. Les servía de consuelo en su prisión, y con ser de suyo generalmente ariscos y seriotes, siempre se sonreían al verlo, y cuando hablaban con él (le hablaban, en verdad, muy poco, como si lo considerasen demasiado mozo para tratar con él nada serio), los graves semblantes se les iluminaban y yo comprendía que le decían algo jocoso, casi infantil, pues por lo menos se miraban unos a otros y se sonreían afectuosamente al escuchar sus respuestas. Él de por sí no osaba hablarles a ellos, que hasta ese punto los respetaba. Trabajo cuesta imaginar cómo aquel muchacho pudo conservar en todo el tiempo de su cautiverio aquella ternura de corazón, aquella docilidad y simpatía, sin enfadarse ni perder nunca la calma. Era, por lo demás, una naturaleza vigorosa y firme, no obstante toda su evidente blandura. Yo llegué, con el tiempo, a conocerlo a fondo. Era pudoroso como una solterita decente, y cualquier cosa desagradable, cínica, fea o impropia, forzada, que viera en el penal, encendía el fuego de la indignación en sus hermosísimos ojos, que en esos casos se volvían aún más bellos. Pero rehuía toda reyerta y discusión, aunque, en general, no era de esos que se dejan ofender impunemente, sabiendo volver por su dignidad. Sólo que no tenía altercados con nadie; a él todos lo querían y lo mimaban. Al principio conmigo se limitaba a ser cortés. Pero a poco empecé a cultivar su trato; a las pocas semanas ya sabía muy bien el ruso, cosa que no lograron sus hermanos en todo el tiempo de su estancia en el presidio. Se me reveló como un muchacho sumamente listo, sumamente modesto y delicado, y hasta muy juicioso. En general, me apresuro a decirlo, considero a Alei como una criatura en modo alguno vulgar, y recuerdo mi conocimiento con él como uno de los mejores encuentros que en mi vida haya tenido. Hay naturalezas hasta tal punto hermosas de suyo, hasta tal extremo agraciadas por Dios, que el solo pensamiento de que alguna vez pudieran malearse os parece imposible. Respecto a ellas, estamos siempre tranquilos. Yo lo estoy ahora con respecto a Alei. ¿Dónde se hallará en este momento?…

Una vez, cuando ya llevaba yo bastante tiempo en el presidio, estaba tendido en mi petate y pensando en algo harto triste. Alei, siempre laborioso y ocupado, aquella vez no estaba haciendo nada, no obstante ser aún temprano para echarse a dormir. Pero se ha de tener presente que por entonces celebraban ellos una fiesta musulmana y guardaban asueto. Estaba acostado, con la cabeza apoyada en la mano, pensando también quién sabía en qué. De pronto me preguntó:

—¿Qué? ¿Estás ahora muy triste?

Yo lo miré con curiosidad, y me pareció extraña aquella inopinada y directa pregunta de Alei, siempre tan delicado, siempre tan discreto, siempre tan perspicaz; pero al mirarlo atentamente le advertí un semblante tan triste, tan torturado por los recuerdos, que inmediatamente comprendí que también él tenía el corazón henchido de pena, sobre todo en aquel instante. Le insinué mi presunción. Él suspiró y sonrió tristemente. Yo amaba su sonrisa, siempre tierna y cordial. Además, que al sonreírse dejaba ver dos hileras de dientes perlinos, de cuya belleza habría podido estar ufana la primera beldad de este mando.

—¡Cómo, Alei!, ¿no es verdad que tú ahora estabas pensando en las fiestas que celebráis por este tiempo en el Daguestán? Se pasa allí bien, ¿no es eso?

—¡Oh, sí! —respondió él con entusiasmo, y sus pupilas refulgían—. Pero ¿por dónde sabes que yo estaba pensando en eso?

—¡Cómo no saberlo! ¿No se está allí mejor que aquí?

—¡Oh! ¿Por qué me dices eso?…

—¡Allá en vuestra tierra tiene que haber ahora unas flores, una luz…!

—¡Oh!… No sigas… —mostraba un vivo pesar.

—Oye, Alei: ¿tú tienes hermana?

—La tengo… ¿Por qué me lo preguntas?

—Pues porque como se parezca a ti, tiene que ser muy guapa.

—¡A mí! ¡Tan guapa es, que no hay otra como ella en todo el Daguestán! ¡Oh y qué guapa es mi hermana! ¡No has visto otra igual en tu vida! También mi madre era muy guapa.

—¿Y te quería mucho tu madre?

—¡Oh! ¿Qué dices? Probablemente se habrá muerto de pena por mí. Yo era su hijo predilecto. Me quería más que a mi hermana, más que a todos… Siempre sueño con ella y rompo a llorar.

Calló, y en toda aquella noche ya no volvió a hablar palabra. Por aquel tiempo buscaba siempre ocasión de hablar conmigo, aunque, debido al respeto que yo, sin saber por qué, le inspiraba…, nunca se atrevía a interpelarme el primero. En cambio, se ponía muy contento cuando yo le dirigía la palabra. Yo le hacía preguntas acerca del Cáucaso y de su vida anterior. Sus hermanos no le prohibían hablar conmigo, más bien lo veían con gusto. También al ver el creciente cariño

que yo sentía por Alei, empezaron a mostrarse más atentos conmigo.

Alei me ayudaba en el trabajo, me prestaba cuantos servicios podía en las cuadras, y a las claras se veía que hubiera celebrado mucho poder suavizar mi suerte y complacerme en todo, y en este afán por complacerme no había la menor bajeza ni el más mínimo deseo de lucro, sino un vivo sentimiento amistoso, que ya no me ocultaba. Entre otras cosas, se daba mucha maña para la mecánica; sabía a conciencia coser la ropa blanca, remendar el calzado; aprendió también luego, hasta donde era posible, carpintería. Sus hermanos lo celebraban y estaban muy orgullosos de él.

—Mira, Alei —le dije yo una vez—; ¿por qué no aprendes a leer y escribir ruso? ¿No sabes de cuánto te puede esto servir aquí en Siberia y después?

—Yo bien querría aprender. Pero ¿quién va a enseñarme?

—¡Sí, aquí hay pocos que sepan leer y escribir! Pero, si quieres, ¡yo mismo te enseñaré!

—¡Ah, pues enséñame! —y se incorporó en el petate y me tendió los brazos en ademán de súplica.

Empezamos a la velada siguiente. Yo tenía una versión rusa del Nuevo Testamento —libro que no estaba prohibido en el penal—. Todo el alfabeto, en este libro sólo lo aprendió Alei bastante bien en unas cuantas semanas. A los tres meses ya entendía la lengua del libro… Aprendía con entusiasmo, con delectación.

Una vez leímos todo el sermón de la Montaña. Yo observé que algunos pasajes los leía como recalcándolos de un modo especial.

Le pregunté si le gustaba lo que habíamos leído.

Él me miró de frente y se le arreboló el semblante.

—¡Ah, sí! —respondió—. ¡Sí, Isa era un santo profeta; Isa hablaba palabra de Dios! ¡Qué hermoso!

—Pero ¿qué es de todo lo que más te gusta?

—Pues donde dice: «Perdona, ama, no hagas mal a nadie, ama a tus mismos enemigos». ¡Ah, qué hermosamente habla!

Se volvió a sus hermanos, que asistían a nuestro diálogo, y se puso a hablarles con vehemencia. Largo rato y en serio estuvieron conversando entre sí y moviendo afirmativamente la cabeza. Luego, con una sonrisa grave y afectuosa, es

decir, musulmana (que es muy de mi agrado, siendo la gravedad precisamente lo que más gusta de esa sonrisa), se encararon conmigo y afirmaron que Isa era un profeta de Dios, y que había obrado grandes milagros; que una vez hizo un pájaro de barro y el pájaro echó a volar…, y que así estaba escrito en sus libros. Al decir esto, estaban muy creídos de que me proporcionaban una gran alegría ponderando a Isa, y Alei se consideraba muy feliz al ver que sus hermanos estaban resueltos y deseosos de darme a mí esa satisfacción.

También obtuvimos un gran triunfo respecto a la escritura. Alei se procuró papel (y no me permitió a mí costeárselo con mi dinero), plumas y tintero, y a los dos meses ya había aprendido a escribir muy bien. Lo cual encantó también a sus hermanos. Su orgullo y satisfacción no conocían límites. No sabían cómo expresarme su agradecimiento. En la faena, si nos tocaba hacerlo en el mismo tajo, me estaban ayudando continuamente, y se consideraban felices de poder hacerlo. No diré nada de Alei. Éste me quería, puede que como a un hermano. Jamás olvidaré su salida del presidio. Me llevó a espaldas de la cuadra, y allí me echó los brazos al cuello y rompió a llorar. Nunca hasta entonces me había dado un beso ni se me había puesto a llorar. «¡Tanto como has hecho por mí, tanto como has hecho —decía—, que ni mi padre y mi madre juntos hicieron tanto; tú me has hecho hombre. Dios te lo pagará, pero yo nunca te olvidaré!».

¿Dónde, dónde estás ahora, mi bueno, mi dulce, dulce Alei?

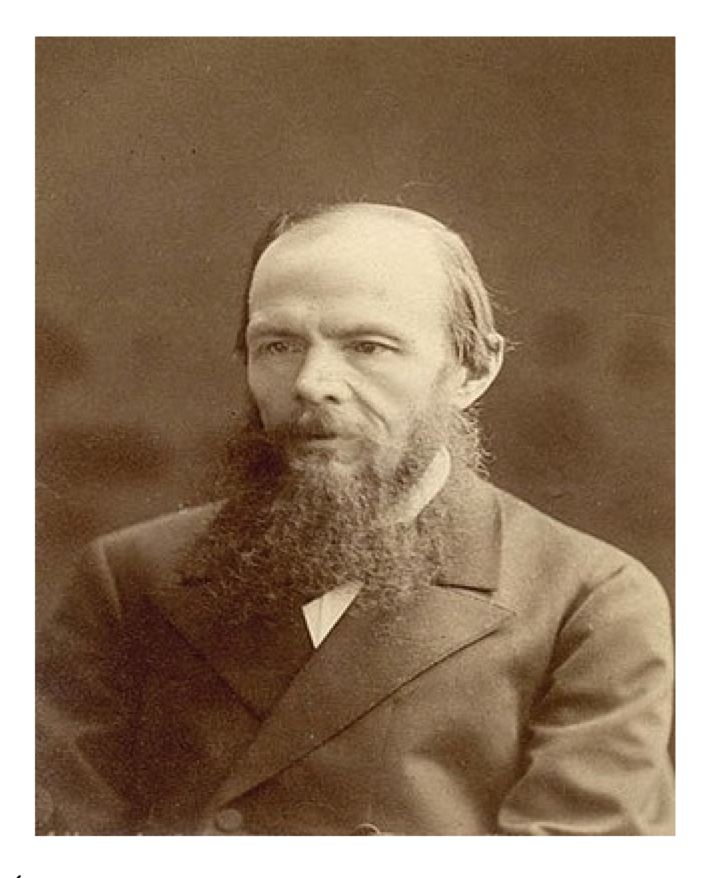
Fuera de los cherqueses, en nuestras cuadras, había una partida de polacos, que componían una sección enteramente familiar, que apenas si se comunicaba con los demás reclusos. Ya dije que por su exclusivismo, por su malquerencia a los presos rusos, se hacían a su vez antipáticos a todos. Eran caracteres atormentados, enfermizos; se reducían a seis hombres. Algunos de ellos eran individuos instruidos, de los que hablaré particular y detalladamente más adelante. Algunos, en el transcurso de mis años de vida carcelaria, me prestaron algunos libros. El primero de los libros que leí hubo de hacerme una fuerte, extraña, especial impresión. De ella hablaré en alguna ocasión más particularmente. Para mí eran ellos demasiado curiosos, y seguro estoy de que muchas cosas las encontrarían completamente incomprensibles. Cuando no se tiene experiencia, no se puede juzgar de algunas cosas. Diré únicamente esto: que las privaciones morales son más difíciles de sobrellevar que todos los tormentos físicos. La gente del pueblo que cae en el presidio se encuentra allí en su mundo, y acaso en un ambiente más adelantado. Pierde, sin duda alguna, muchas cosas: terruño, familia, todo; pero su medio continúa siendo el mismo. El hombre ilustrado, condenado por la ley a sufrir el mismo castigo que la gente ignara, pierde incomparablemente más que ésta. Se ve obligado a renunciar a todas sus exigencias, a todas sus costumbres; a moverse en un medio para él insuficiente, a aprender a respirar otros aires… Viene a ser un pez al que sacan del agua sobre la arena… Y con frecuencia el castigo impuesto para todos, igual por la ley, le resulta a él diez veces más duro. Esto es lo cierto…, aunque sólo se trate de las costumbres materiales que es preciso sacrificar.

Pero los polacos componían toda una partida especial. Eran seis y vivían todos juntos. De todos los reclusos de nuestra cuadra sólo querían a un judío, y quizá por la sola razón de que los divertía. A nuestro juicio, por lo demás lo querían también los demás reclusos, aunque decididamente todos, sin excepción lo tomaban a chacota. Era el único judío que allí había, y aún hoy mismo no puedo acordarme de él sin reírme. Cada vez que lo miraba se me venía a la memoria aquel judiíllo Ankel, del *Taras-Bulba*, de Gógol, que al desnudarse para meterse de noche con su judía en la cama se parecía terriblemente a un pollo desplumado. Isai Fomich, nuestro judío, se semejaba también, como una gota de agua a otra, a un polluelo sin plumas. Era un hombre ya no joven, alrededor de los cincuenta, bajito y enclenque, ladino y al mismo tiempo decididamente estúpido. Era audaz y fanfarrón, al par que terriblemente cobarde. Todo él era una pura arruga y tenía en la frente y las mejillas señales con que le habían marcado en la picota. Nunca he podido comprender cómo pudo resistir los sesenta azotes. Lo mandaron a presidio como culpable de homicidio. Guardaba cuidadosamente la receta que le dio el médico de su judería inmediatamente después del castigo. A tal receta le atribuía tanto poder, que en dos semanas, gracias a ella, se le habían de quitar las señales de la cara. A explotar ese poder en el presidio no se atrevía y aguardaba a cumplir sus doce años de condena para, tan pronto como se viera en la colonia, ponerse a explotar infaliblemente la receta. «De no ser así no voy a poder casarme —me decía una vez—, y yo no tengo más remedio que casarme». (Decía *cazarme*, ceceando). Yo era muy amigo suyo. Siempre se encontraba en una disposición de ánimo, excelente. En el presidio, la vida le era fácil; era de oficio joyero, tenía encargos de sobra de la ciudad, en la que no había ningún orfebre, así que se libraba de los trabajos pesados. Ni que decir tiene que al mismo tiempo era usurero. Y con los correspondientes porcentajes y garantías prestaba dinero a todo el penal. Había ingresado en el presidio antes que yo, y uno de los polacos me describió con todos sus pormenores su llegada. Se trata de una historia muy notable que más adelante contaré; de Isai Fomich he de hablar no una vez sola.

El resto de los vecinos de nuestra cuadra se componía de cuatro viejos creyentes, ancianos y muy leídos, entre los cuales se hallaba también el viejo de Starodúbovo; de dos o tres pequeños rusos, sujetos de mala catadura, de un presidiario joven, con la nariz en punta, de unos veintitrés años, que ya había dado muerte a ocho personas: de una pandilla de falsificadores de moneda, uno de los cuales era el hazmerreír de toda nuestra cuadra y, finalmente, de algunos tíos sombríos y siniestros, rapados y desfigurados, taciturnos y envidiosos, que miraban con recelo y la vista baja en torno suyo, y predestinados a mirar, entristecerse, callar y envidiar todavía largos años…, todo el tiempo de su condena. Todo eso se me mostraba como a través de una niebla aquella primera, triste noche de mi nueva vida; se me mostraba así entre el humo y el ruido, entre insultos y palabras de un cinismo inexpresable, en un ambiente mefítico, y entre ruidos de cadenas, juramentos y risas desvergonzadas. Yo me tendí en los descubiertos petates, coloqué debajo de mi cabeza mi ropa (todavía no tenía almohada) y me tapé con mi piel; pero durante largo rato no pude pegar los ojos,

no obstante estar muy cansado y rendido de todas las extrañas e inesperadas impresiones de aquel día primero. Pero mi nueva vida no había hecho sino empezar. Todavía me aguardaban muchas cosas que nunca había imaginado ni siquiera presentía…

Sobre el Autor



FIÓDOR MIJÁILOVICH DOSTOYEVSKI nació en Moscú en 1821, hijo de un médico militar. Estudió en un colegio privado de su ciudad natal y en la Escuela Militar de Ingenieros de San Petersburgo. En 1845, su primera novela, *Pobre gente*, fue saludada con entusiasmo por el influyente crítico Bielinski, aunque no así sus siguientes narraciones. En 1849, su participación en un acto literario prohibido le valió una condena de ocho años de trabajos forzados en Siberia, la mitad de los cuales los cumplió sirviendo en el ejército en Semipalatinsk. De regreso a San Petersburgo en 1859, publicó la novela *La aldea de Stepánchikovo y sus habitantes*. Sus recuerdos de presidio, *Memorias de la casa muerta*, vieron la luz en forma de libro en 1862, un año después que su primera novela larga, *Humillados y ofendidos*. Fundó con su hermano Mijaíl la revista *Tiempo* y, posteriormente, *Época*, cuyo fracaso le supuso grandes deudas. La muerte de su hermano y de su esposa el mismo año de 1864, la relación «infernal» con su amante, Apolinaria Suslova, la pasión por el juego, un nuevo matrimonio y la pérdida de una hija le llevaron a una vida nómada y trágica, perseguido por acreedores y sujeto a contratos editoriales desesperados. Sin embargo, desde la publicación en 1866 de *Crimen y castigo*, su prestigio y su influencia fueron centrales en la literatura rusa, y sus novelas posteriores no hicieron sino incrementarlos: *El jugador* (1867), *El idiota* (1868), *El eterno marido* (1870), *Los demonios* (1872), *El adolescente* (1875) y,

especialmente, *Los hermanos Karamázov* (1878-1880). Sus artículos periodísticos se hallan recogidos en su monumental *Diario de un escritor* (1873-1881). Dostoievski murió en San Petersburgo en 1881.